



**Universidad Nacional
de La Matanza**
Escuela de Posgrado

**TESIS DE
MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS**

***“LA PULSIÓN DE MUERTE, UNA HIPÓTESIS
POLÉMICA”***

Autor: Lic. Irene Apesteguía

Director: Mag. Andrea Martínez Filomeno

Buenos Aires, abril del 2012

“Creo que no se escribe para decir algo que de antemano se sabe, sino para llegar a saber que se quiere decir y para verificar hasta dónde ese querer decir logra encarnarse en lo que efectivamente se dice. (...) Se escribe para convertir lo amorfo de nuestra interioridad sin voz en exterioridad, en pronunciamiento, en objetividad. No extraemos de nuestra interioridad lo que decimos. A la inversa: mediante lo que decimos construimos nuestra interioridad.”

Santiago Kovadloff, *Hombre en la tarde*, 2003.

DEDICATORIA

A mi padre, estudioso apasionado de culturas ancestrales. Por haberme transmitido el deseo que habitaba en él: deseo de saber, de investigar... ansias de ampliar horizontes. Y por su insistencia en que desarrollara un pensamiento y criterio propios.

A Irene y Amalia, mis maestras de primaria del Normal N°6. Si bien no recuerdo sus apellidos, dejaron en mí una huella indeleble. Por su entusiasmo y apasionamiento a la hora de explorar nuevos mundos, de descubrir y conquistar nuevos territorios –se refieran estos a la anatomía de la lombriz o a la estructura de una frase-.

Se lo dedico asimismo a todos esos otros que en mi formación como psicoanalista me estimularon a adentrarme en ese vasto y complejo mundo en el que consiste el psicoanálisis.

AGRADECIMIENTOS

Le agradezco a la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados por brindar un lugar de pertenencia en el cual se tolera el pensar diferente en un clima de calidez y respeto. Por acoger en su seno a psicoanalistas de muy diversas formaciones y propiciar el intercambio entre quienes piensan diferente, estimulando la producción y trasmisión de un psicoanálisis vivo, abierto y complejo.

Le agradezco a Andrea Martínez Filomeno haber aceptado ser la directora de mi tesis y haberme hecho un lugar en su ajetreada agenda. Sus comentarios y sugerencias han sido de suma utilidad para mí.

INDICE

INTRODUCCIÓN -----	11
CAPITULO 1: PULSIÓN DE MUERTE EN FREUD -----	21
Más allá del principio de placer -----	21
Cuestiones relativas a la compulsión de repetición de lo displacentero-----	25
Razones freudianas de la postulación de la pulsión de muerte-----	31
Postulación de la nueva dualidad pulsional-----	35
Una concepción dualista de la vida pulsional-----	39
Fundamentación psicoanalítica de la pulsión de muerte-----	41
Más allá del principio de placer. Reflexiones finales de Freud-----	44
Pulsión de muerte. Dos pulsiones, ¿una energía? -----	46
Sobre la pulsión de muerte y el masoquismo primario -----	49
Sobre las tendencias destructivas y su relación con la pulsión de muerte -----	51
Pulsión de muerte. Sobre la tendencia a la disolución de nexos -----	54
El concepto de pulsión en sentido estricto y el concepto de pulsión en sentido laxo o general -----	55
Síntesis de las principales afirmaciones freudianas sobre la pulsión de muerte y los principales puntos de inconsistencia de las mismas -----	59
CAPÍTULO 2: PULSIÓN DE MUERTE Y BIOLOGÍA -----	61
Doctrina de las pulsiones. Tensión entre el desarrollo del psicoanálisis como campo de saber independiente y la apelación a la biología -----	62
Pulsión de muerte ¿hipótesis psicoanalítica? -----	65
Intentos de solución al biologicismo de la pulsión de muerte -----	68
Análisis de la “solución” hallada al biologicismo de la hipótesis freudiana -----	72
Para finalizar -----	77
CAPITULO 3: PULSIÓN DE MUERTE Y COMPULSIÓN DE REPETICIÓN DE LO DISPLACENTERO -----	81
La sexualidad ¿pulsión de muerte? -----	85
La compulsión de repetición. ¿Histórica o genéticamente determinada? -----	93

La compulsión de repetición de lo displacentero. Su determinación histórico-representacional-----	97
Conclusiones-----	102
CAPÍTULO 4: PULSION DE MUERTE Y AGRESIVIDAD-----	105
Sobre la agresividad y destructividad no eróticas, un hecho clínico no cuestionado-----	107
La agresividad. Su origen narcisita-----	110
La pulsión de muerte, una pulsión sin energía propia-----	115
Algunas consideraciones sobre el masoquismo “primario”. Dos formas de entenderlo-----	117
Una tercera manera de pensar el masoquismo “primario”-----	124
Complejidad del fenómeno agresivo. Otros fines además de fin destructivo-----	128
Para finalizar-----	132
CAPÍTULO 5: PULSIÓN DE MUERTE Y PRINCIPIOS DE FUNCIONAMIENTO PSÍQUICO-----	135
Principio de inercia neuronal y tendencia a la constancia-----	135
Principio de placer y principio de realidad-----	137
Postulación de los principios de constancia y el principio de nirvana a propósito del intento de fundamentación de la pulsión de muerte-----	140
Pulsión de muerte y principio de constancia-----	141
Pulsión de muerte y principio de nirvana-----	144
Algunas consideraciones en torno al principio de nirvana-----	147
Para finalizar-----	153
CONCLUSIONES GENERALES-----	155
BIBLIOGRAFÍA-----	165

INTRODUCCIÓN

El motivo que suscitó la formulación del problema objeto de la presente investigación tuvo que ver con el ejercicio profesional en la práctica hospitalaria. Hace trece años, mientras realizaba mi residencia en Salud Mental en el Hospital de Urgencias Psiquiátricas Torcuato de Alvear, una conferencia realizada por un psicoanalista considerado informante clave (quien además tiene varios libros publicados en su haber) me conmocionó. En el tono polémico que le caracteriza, analizando las vicisitudes pulsionales del protagonista de la película "Adiós a las Vegas" aseveró, para asombro de todos los residentes que lo escuchábamos, que eso que todos interpretábamos como efectos de la pulsión de muerte (desbarrancarse hasta la muerte, destructividad pura, desligazón, etc.) era todo lo contrario: se trataba de los efectos de la pulsión de vida, pulsión desmedida, alocada, que no encontraba coto.¹ Mi sensación fue de desconcierto y de no haber entendido para nada la hipótesis propuesta por Freud en "Más allá del principio del Placer". Esto que hoy no es más que una anécdota, me llevó en los años posteriores a tratar de responder la pregunta: ¿Qué se entiende en psicoanálisis por pulsión de muerte?

A diferencia de otras preguntas que fueron surgiendo durante mi formación como psicoanalista y que fui respondiendo (gracias al trípode análisis personal, supervisión y estudio) con ésta no sucedió lo mismo. Más que respuestas fui sumando preguntas por un lado porque me fui encontrando con los puntos inconsistentes de la postulación freudiana y por otro porque a lo largo de los años fui cosechando diferentes *lecturas o interpretaciones teóricas sobre dicha hipótesis*, muchas veces contradictorias entre sí, que no siempre remitían a escuelas teóricas distintas que justificaran tamaña disidencia. Ello me fue convenciendo de la necesidad de hacer una profunda revisión sobre dicha problemática a los fines de echar luz a tan confuso panorama.

Ya Freud advertía sobre lo "*especulativo*" de dicha postulación y como *este "tercer paso" en la doctrina de las pulsiones no podía pretender el mismo grado de certeza que los dos dados anteriormente, a saber, la ampliación del concepto de sexualidad y la tesis sobre el narcisismo* (Freud, 1920). A pesar de que no encontrara evidencias sobre

¹ Se recordará que el protagonista de la película luego de que su mujer lo abandonara y de que lo despidieran del trabajo, incendia sus pertenencias -entre ellas una foto de su mujer e hijo-, se va a Las Vegas con todo el dinero que le queda y se dedica a beber alcohol hasta morir.

su existencia, Freud no sólo no descarta explícitamente dicha hipótesis sino que su convicción en ella se acrecienta en los años subsiguientes a su postulación. Convicción que parece más de índole subjetiva que objetiva ya que, a pesar de sus reiterados intentos de subsanar los puntos de inconsistencia de dicha postulación, se le torna dificultoso lograrlo. Sin embargo cabe mencionar que con el correr de los años Freud se refiere cada vez menos a las pulsiones de muerte y en cambio pasa a referirse cada vez más a las menos controvertidas pulsiones de destrucción.

Hipótesis polémica en sus inicios, no ha dejado de serlo en la actualidad, ya que es evidente que no hay consenso en la comunidad psicoanalítica con respecto a que postura tomar con respecto a ella. Diferentes autores de diferentes corrientes teóricas dentro del psicoanálisis se han detenido a reflexionar respecto de estos puntos inconsistentes de la postulación freudiana y han tomado diferentes posiciones.

Algunos han intentado -cada uno de una manera diferente- resolver estos puntos inciertos, oscuros, difíciles de sostener y en algunas ocasiones contradictorios, con el fin de darle a la última dualidad pulsional freudiana, y más específicamente a la hipótesis de la pulsión de muerte, el mismo grado de certeza que otras postulaciones psicoanalíticas. Jean Laplanche, André Green y Eero Rechartt son algunos de esos autores. De ello resulta que uno se encuentre con desarrollos teóricos disímiles, muchas veces contrapuestos, aún en psicoanalistas de formación teórica similar. Lecturas teóricas diferentes que intentan resolver algunos de los puntos inconsistentes de las teorizaciones en torno a la hipótesis mencionada y que en su mayoría, para lograrlo, privilegian tan sólo *un aspecto* de la postulación freudiana.

Algunos psicoanalistas contemporáneos toman como eje de su interpretación los desarrollos en torno a la destructividad y la agresividad, otros no acuerdan con esta posición e insisten en que Freud no le daba un contenido particular sino que entendía a la pulsión de muerte como una tendencia general del psiquismo. Algunos otros se inclinan por interpretarlo desde el ángulo del principio de nirvana y alguna otra posición entiende la pulsión de muerte como la sexualidad no ligada. Y uno podría agregar más lecturas e intentos de respuesta a la polémica que gira en torno a dicha hipótesis, ya que amplio es el abanico con el cual uno se tropieza.

Algunos psicoanalistas en cambio no siguen el camino antes mencionado y sostienen que la hipótesis de la pulsión de muerte es una hipótesis imposible de sostener, la piensan "como la unidad formal de varias ideas conexas pero no idénticas", como si se

tratara de una “especie de monstruo” lógico e insisten en reinterpretar las diferentes ideas ligadas a ellas encontrándoles otro lugar en la teoría psicoanalítica. Este es el caso de Daniel Lagache -según refiere Jean Laplanche en *Vida y muerte en psicoanálisis*- o de Terencio Gioia.

Algunos autores, como es el caso de Hugo Bleichmar, simplemente evitan entrar en dicha polémica y, luego de aclarar su no adscripción al sostenimiento de la hipótesis sobre una pulsión de muerte, avanzan sobre otros desarrollos que consideran muchísimo más fructíferos como, por ejemplo, el concepto de compulsión de repetición.

Es necesario destacar que la diversidad de posiciones, que han ido surgiendo en el psicoanálisis contemporáneo con respecto a la especulación freudiana referida a la pulsión de muerte, torna a la hipótesis aún más ambigua y contradictoria de lo que era en la época de Freud. Aunque es importante subrayar que la ambigüedad y las contradicciones que le aportan las teorizaciones contemporáneas a la hipótesis parecen remitir a los puntos de inconsistencia de la propia formulación freudiana, es decir, parecen desprenderse de los puntos inciertos, ambiguos y contradictorios que el postulado freudiano mismo tiene ya en su origen.

En función de lo expuesto anteriormente el problema objeto de investigación es:

- ¿Cuáles son las posibles inconsistencias o contradicciones internas a la teoría freudiana que surgen a partir de la reformulación de la teoría de la libido con la incorporación de la hipótesis de la pulsión de muerte?
- ¿Cómo resuelven dichas inconsistencias o contradicciones las teorizaciones de los psicoanalistas pos-freudianos, si es que lo hacen?

En relación con la problemática de la ambigüedad, muchos autores dentro y fuera del psicoanálisis han insistido en la importancia del uso no ambiguo de los conceptos. Fonagy & Target (2003) postulan al *uso no ambiguo de los términos y conceptos* como una de las cuatro condiciones que debiera cumplir la acumulación de observaciones clínicas para fundar adecuadamente la teoría psicoanalítica. Juan Pablo Jiménez considera que ésta como otras *consideraciones epistemológicas* no han sido condiciones que se han cumplido adecuadamente dentro del psicoanálisis y han sido “(...) un

problema descuidado históricamente y al que actualmente se le da creciente importancia” (Jiménez, 2004, p.3)

Demás está decir que esta situación a la que alude Jiménez ha sido y continúa siendo objeto de permanentes críticas hacia el psicoanálisis tanto desde dentro como desde fuera de nuestra disciplina. Por ello se hace necesario ubicar aquellos conceptos “ambiguos” y poco “claros” dentro de la teoría psicoanalítica freudiana así como realizar un rastreo por los diferentes intentos de solución dados por los autores que vinieron. Esto permitiría analizar hasta que punto estos puntos oscuros y confusos – reconocidos por el mismo Freud- fueron aclarados o por el contrario siguen sin poder resolverse. Por otro lado como lo señala el mismo Jiménez:

“A diferencia de otras ciencias, en psicoanálisis los conocimientos, más que acumularse ordenadamente, parecen ‘amontonarse’ sin mucha ‘disciplina’, hasta el punto de que Fonagy (1999) habla de *fragmentación* del conocimiento psicoanalítico y Tomă de la ‘apariencia caótica del psicoanálisis moderno’.” (Jiménez, 2004, p.3)

Es lo que ocurre los desarrollos en torno a la hipótesis de la pulsión de muerte ya que en la actualidad uno puede ver como se van sumando de manera no sistemática los diferentes intentos de respuesta a lo problemático de dicha teorización. Como dice Jiménez si el psicoanálisis pretende constituir *una* disciplina es necesario la comparación, articulación y sistematización de sus postulados. Adscribo a su opinión. Según el autor, esta etapa de extrema pluralidad que estamos atravesando en psicoanálisis hace necesaria la tarea de poder clarificar tanto las similitudes como las diferencias de las diferentes posiciones, tarea que tiene como fin poder responder a la pregunta sobre la posibilidad de articulación de las diferentes teorizaciones, si es que esta es posible, ya que no siempre los enfoques son conmensurables.

Muchos autores alertan sobre los riesgos que enfrenta el psicoanálisis en este nuevo siglo que empieza. Y algunos consideran que la creciente fragmentación que enfrenta el psicoanálisis puede empujarlo a la dispersión y su posible desaparición. Pero así como se sitúan riesgos al mismo tiempo se plantean desafíos. Silvia Bleichmar, en su artículo “Sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre. Una propuesta respecto del futuro del psicoanálisis”, subraya la importancia de poder tomar una posición con respecto a la

obra freudiana, posición que dice -siguiendo a Laplanche- debe ser problemática, histórica y crítica. Sostiene a la autora:

“El futuro del psicoanálisis depende no sólo de nuestra capacidad de descubrimiento y de la posibilidad de enfrentarnos a las nuevas cuestiones que plantea esta etapa de la humanidad, sino, y esto es lo fundamental, de embarcarnos en un proceso de revisión del modo mismo con el cual quedamos adheridos no sólo a las viejas respuestas, sino a las antiguas preguntas que hoy devienen un lastre que paraliza nuestra marcha”. (Bleichmar, 2000, p.9)

En dicho artículo Silvia Bleichmar ubica la necesidad de hacer una lectura revisionista sobre los postulados freudianos, en especial algunos de ellos, que considera objetables. Entre dichos postulados freudianos sitúa la hipótesis de la pulsión de muerte y plantea la siguiente interrogación:

“¿Puede sostenerse la teoría de la compulsión de repetición si se la desgaja de los componentes de una biología mítica que la coloca en el marco de la pulsión de muerte? O aún, ¿sería posible, desde el interior mismo de la obra dar un contenido distinto al concepto de pulsión de muerte, y desprenderla de los modos filogenéticos o incluso de una teleología de la vida y la muerte mediante la cual Freud reinscribe el dualismo pulsional?” (Bleichmar, 2000, p.2)

Preguntas que resonaron en mi interior habida cuenta del recorrido que fui haciendo los últimos años en tanto me fui adentrando en el estudio del tema y que muchos otros se han formulado antes que yo. Baste recordar las palabras de otro psicoanalista, Daniel Widlöcher, que resumen las cuestiones que se plantearon los participantes del Simposio de Marsella de 1984, especialmente dedicado al tema ^{de la pulsión de muerte} que nos ocupa:

“¿Qué retener de la teoría de la pulsión de muerte habida cuenta de nuestra práctica y del modelo de funcionamiento mental necesario para su ejercicio? ¿Se trata verdaderamente de un concepto necesario? Y sobre todo ¿nos ayuda a comprender la naturaleza fundamentalmente conflictual del juego pulsional, a otorgar todo su peso al trabajo de la idea de muerte en la actividad psíquica, a

explicar los límites de la acción terapéutica o a dar razón de estructuras psicopatológicas inexplicables con el sólo modelo del conflicto neurótico?" (Green y otros, 1986, p.11)

Se menciona este Simposio a modo de ejemplo de tantos encuentros científicos de diversa índole que se han realizado sobre la hipótesis de la pulsión de muerte, habida cuenta de ser juzgado por muchos un tema de relevancia cognitiva para el psicoanálisis. En síntesis, en función de lo expuesto, se considera de importancia la realización de esta tesis ya que apunta a la clarificación conceptual, lo que la torna relevante desde el punto de vista teórico-conceptual.

Por otro lado tanto en el ámbito de la formación teórica como en el ámbito de la formación clínica, todo psicoanalista en formación inevitablemente se topa con una hipótesis vigente y útil para muchos colegas, pero al mismo tiempo inconsistente y contradictoria con muchos otros desarrollos psicoanalíticos freudianos. Situación problemática para el analista en formación y para aquellos encargados de transmitir el psicoanálisis.

Por otro lado esta situación problemática no sólo "alcanza" a los analistas en formación y a los dedicados a la transmisión del psicoanálisis, sino también a algunos investigadores. Muchos psicoanalistas dedicados a la investigación utilizan la hipótesis de la pulsión de muerte como hipótesis útil para pensar diferentes patologías – psicósomática, adicciones, depresión post-parto, etc.- y en esos casos uno puede comprobar que los puntos oscuros, confusos y/o contradictorios inherentes a la hipótesis pasan a introducirse en dichos desarrollos. Por ello muchas veces se hace difícil adscribir a dichas investigaciones, en especial en aquellos casos en que los autores reconocen lo polémico de la hipótesis pero aun así... la usan.

Estas paradojas inherentes a la hipótesis muchas veces pasan a estar presentes aún en las teorizaciones de aquellos psicoanalistas que han intentado echar luz sobre la controversia que rodea al concepto. El extremo lo encontramos cuando leemos como algunos autores -de reconocida trayectoria dentro del psicoanálisis- proponen una interpretación que según ellos torna "aceptable" la hipótesis de la pulsión de muerte y al mismo tiempo "confiesan" ¡no adscribir al sostenimiento de dicha hipótesis! Uno queda inevitablemente interrogado, preguntándose: ¿Qué lectura hacer con respecto a este tema tan controvertido? ¿Qué posición tomar?

Dentro del psicoanálisis necesitamos adoptar una posición clara que guíe nuestra forma de entender el funcionamiento psíquico y por ende la clínica psicoanalítica y lo necesitamos tanto si somos analistas en formación como si somos psicoanalistas dedicados a la transmisión del psicoanálisis. Asimismo lo necesitamos si nos dedicamos a la investigación y al desarrollo de la teoría psicoanalítica. Por ello se juzga que la presente tesis tiene también relevancia práctico-social.

Con respecto a la hipótesis, la presente tesis postula que pareciera que la especulación freudiana de la pulsión de muerte es la unidad formal de varias ideas conexas pero disímiles y de diferente nivel de análisis. Freud recurre a situaciones clínicas y postulaciones teóricas de *diferente índole* que parecería homologar –en tanto manifestaciones de una misma tendencia- a los fines de fundamentar la hipótesis de la existencia de una pulsión de muerte.

Desde el punto de vista clínico Freud intenta fundamentar la hipótesis de una pulsión de muerte con las situaciones clínicas de la compulsión de repetición y la agresividad. Por otro lado, desde el punto de vista teórico, Freud intenta fundamentar dicha hipótesis con el principio de Nirvana, postulado teórico de mayor nivel de abstracción.

Parecería que Freud no logró construir una argumentación sólida para la hipótesis de la pulsión de muerte en torno a ninguna de estas tres vías de fundamentación y que hasta la actualidad no se han podido subsanar los puntos de inconsistencia de dicha postulación.

Los objetivos generales de la presente investigación son:

- Describir las posibles *inconsistencias o contradicciones* que surgen en la teoría psicoanalítica freudiana a partir de la introducción de la hipótesis de la pulsión de muerte, en la reformulación de la teoría de la libido realizada por Freud en 1920.
- Establecer las posibles *soluciones a las inconsistencias o contradicciones* que aparecen en la teoría psicoanalítica freudiana a partir de la introducción la hipótesis de la pulsión de muerte, tomando como eje de análisis las postulaciones de psicoanalistas posfreudianos.

Los objetivos específicos son:

- Precisar *como conceptualiza Freud la pulsión de muerte*, situando las consecuencias que trae su postulación en la conceptualización freudiana del concepto de pulsión previa a 1920.
- Precisar los puntos cuestionables en torno al *biologicismo* de la hipótesis de la pulsión de muerte y las respuestas o soluciones de los psicoanalistas contemporáneos a dichas críticas.
- Precisar los puntos inconsistentes de la articulación de la hipótesis de la pulsión de muerte con la *compulsión de repetición*, situando las soluciones que pudieron encontrarse que salvaran dichas inconsistencias.
- Precisar los puntos inconsistentes de la articulación de la hipótesis de la pulsión de muerte con el fenómeno de la *agresividad*, estableciendo las posibles soluciones que se encontraron que salvaran dichas inconsistencias de la teoría.
- Precisar los puntos inconsistentes de la articulación de la hipótesis de la pulsión de muerte con los *principios de nirvana, constancia y placer*, ubicando las soluciones halladas, si las hubiera, que resolvieran dichas inconsistencias.

En el primer capítulo de la presente tesis se presentarán las principales postulaciones freudianas referidas a la pulsión de muerte, especulación que como se mostrará Freud no logró fundamentar. Se ubicará tanto lo medular de dichas postulaciones como los puntos inconsistentes y contradictorios de las mismas. Se abordará detenidamente “Más allá del principio de placer”, texto de 1920 en donde Freud introduce la última dualidad pulsional y en donde se encuentran sus más denodados esfuerzos por fundamentar la hipótesis de la pulsión de muerte. También se analizarán los desarrollos posteriores a 1920 referidos a dicha especulación, en especial los volcados en “El yo y el ello” (1923), “El problema económico del masoquismo” (1924) y “¿Por qué la guerra?” (1933). Por último, se situará el cambio que la introducción de la última dualidad pulsional conlleva en la forma de conceptualizar a la pulsión.

En el segundo capítulo se abordará la tensión existente en la doctrina de las pulsiones freudiana entre la tendencia a apelar a desarrollos enteramente psicoanalíticos en tanto el psicoanálisis se fue afirmando con el correr del tiempo como campo de saber

independiente y la inclinación a volver a apelar al campo de la biología, lo cual es señalado por muchos psicoanalistas como un retroceso. Se mencionarán los intentos de solución al nominado "biologicismo" de la pulsión de muerte freudiana y el gran consenso que existe entre muchos psicoanalistas de entenderla en términos psicoanalíticos. Se analizará dicha "solución" a fin de situar si lo es verdaderamente.

En el tercer capítulo se analizará una lectura muy difundida en el psicoanálisis contemporáneo que interpreta la pulsión de muerte freudiana como referida a la sexualidad humana -que para Freud estaba referida a la compulsión de repetición de lo placentero-. Se mostrará como dicha lectura y los autores que la propusieron- J. Lacan y J. Laplanche- no aportan argumentos a la fundamentación de la pulsión de muerte propuesta por Freud. Luego se procederá a analizar si los desarrollos pos-freudianos relativos al fenómeno de la compulsión de repetición de lo displacentero lograron aportar una fundamentación a la postulación freudiana como Freud pretendía. Se situará el carácter histórico-representacional de la compulsión de repetición de lo displacentero y como ello no sólo no aporta argumentos a la fundamentación de la pulsión de muerte sino que cuestiona la relación que Freud intuía podía existir entre dicho fenómeno y su especulación.

En el cuarto capítulo se analizarán las dilucidaciones pos-freudianas en torno a las relaciones que pudieran existir entre la pulsión de muerte y el segundo fenómeno en el cual Freud pretendía fundamentar dicha pulsión: el fenómeno de la agresividad humana. Se compartirá un descubrimiento de la revisión bibliográfica: que ningún desarrollo aporta argumentaciones para dejar de considerar que el fenómeno agresivo tiene un origen narcisista, es decir, libidinal yoico -como Freud postulaba en "Pulsiones y destinos de pulsión" y en "El yo y el ello"- y por consiguiente, que sigue siendo innecesaria la postulación de una pulsión de naturaleza diferente a la sexual para explicar la agresividad humana. Se abordará la problemática de la falta de evidencias de una energía diferente a la sexual, es decir, la falta de evidencias de una energía propia de la pulsión de muerte y los intentos de salvar ese punto de inconsistencia de la postulación freudiana. Además se reseñarán las principales dilucidaciones en torno al masoquismo "primario" -de J. Laplanche, de A. Green, de A. Garma- y se mostrará como ninguna de ellas aporta argumentos para la fundamentación de la pulsión de muerte e incluso cuestionan el origen primario del masoquismo. Por último se situará como diferentes autores han señalado la complejidad del fenómeno agresivo y como

dichos aportes advierten de concebir simplistamente el fenómeno agresivo como tendiendo siempre a un fin destructivo –y buscando siempre la muerte propia o ajena-.

En el quinto capítulo se abordará el intento freudiano de fundamentar la pulsión de muerte en dos postulaciones teóricas: el principio de nirvana y el principio de constancia. Se hará un recorrido por los diferentes principios de funcionamiento neuronal y psíquico propuestos por Freud a lo largo de su obra para luego analizar la fundamentación freudiana y los desarrollos pos-freudianos tendientes a dilucidar los puntos oscuros, poco desarrollados e inconsistentes de dicha fundamentación.

Por último, se retomarán las conclusiones parciales de cada capítulo y se presentarán las conclusiones finales de la presente investigación.

Con respecto a la metodología, el problema objeto de investigación requerirá de un *abordaje teórico-conceptual*, puesto que se analizará la hipótesis de la pulsión de muerte a fin de determinar posibles inconsistencias en su validación. Asimismo se procederá a relevar posturas posfreudianas a fin de determinar la posibilidad de resolver algunas de las inconsistencias inferidas del análisis de la postulación freudiana, postulación contextualizada en la reformulación de la teoría pulsional de 1920.

CAPÍTULO 1: PULSIÓN DE MUERTE EN FREUD

Más allá del principio de placer

En “Más allá del principio de placer” Freud reformula su teoría o *doctrina* de las pulsiones –para usar un término que él emplea- en lo que muchos autores han denominado el giro de 1920. En dicho texto Freud postula una nueva dualidad pulsional, la última propuesta por él, integrada por las pulsiones de vida y de muerte. Haciendo un brevísimo racconto de los opuestos pulsionales previos cabe mencionar que la primera dualidad pulsional propuesta por Freud fue la de las pulsiones de autoconservación y pulsiones sexuales, dualidad concebida a partir de la oposición hambre y amor. Al poco tiempo Freud atribuirá al yo la representación de lo autoconservativo por lo que remplazará la denominación pulsiones de autoconservación por la de pulsiones yoicas, aunque no dejará de usarla, como puede verse en numerosos textos a lo largo de su obra entre los que se incluye “Más allá del principio de placer”. Cabe agregar además que a pesar de sostener durante años la postulación de las pulsiones yoicas y su energía -el interés-, no desarrolló mucho sobre ellas, por lo que el mismo Freud reconoció que fueron discernidas “de manera muy insatisfactoria” (Freud, 1920, p. 49) y que “No pudo averiguarse nada más en cuanto a otras distinciones necesarias.” (Freud, 1920, p. 50) además de decir que estaban relacionadas con la autoconservación del individuo, es decir, a las necesidades de las funciones corporales: nutrición, micción, defecación, etc.² Por el contrario Freud no dejó de ir sumando descubrimientos respecto a las otras pulsiones, las sexuales, y su obra se fue construyendo en torno a dichos desarrollos.

Un momento de viraje importante en su teoría pulsional se dio a partir de los descubrimientos en torno al narcisismo. Como señala Freud:

² Como señala Jean Laplanche en “Vida y muerte en psicoanálisis” respecto a la postulación de la primera dualidad pulsional como eje del conflicto psíquico: “(...) si se examinan con más detenimiento los escritos clínicos de Freud, y también los de sus discípulos, se puede decir que esta teoría *nunca* fue verdaderamente aplicada al análisis concreto del conflicto” (Laplanche, 2001, p. 70) Lo que se desprende de la lectura de los escritos tanto teóricos como clínicos freudianos es que lo que se opone a la sexualidad es el yo. No se puede más que coincidir con la afirmación de Laplanche: “Lo que se opone a la sexualidad, lo que es atacado por ella (...) es el yo” (Laplanche, 2001, p. 67) Para más detalle de la problemática relativa a la primera dualidad pulsional remitirse al libro citado, en el que Jean Laplanche hace un fino análisis respecto a estas cuestiones en los capítulos: “El orden vital y la génesis de la sexualidad humana”, “La sexualidad y el orden vital en el conflicto psíquico” y “El yo y el orden vital”.

“(…) llamó la atención de la observación psicoanalítica, en su cuidadoso avance, la regularidad con que la libido era quitada del objeto y dirigida al yo (introversión); y, estudiando el desarrollo libidinal del niño en sus fases más tempranas, llegó a la intelección de que el yo era el reservorio {*Reservoir*} genuino y originario de la libido, la cual sólo desde ahí se extendía al objeto. El yo pasó a formar parte de los objetos sexuales, y en seguida se discernió en él al más encumbrado de ellos. La libido fue llamada narcisista cuando permanecía dentro del yo. Desde luego, esta libido narcisista era también una exteriorización de fuerzas de pulsiones sexuales en sentido analítico, pero era preciso identificarla con las ‘pulsiones de autoconservación’ admitidas desde el comienzo mismo. De este modo la oposición originaria entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales se volvía insuficiente. Una parte de las pulsiones yoicas fue reconocida como libidinosa; en el interior del yo actuaban –junto a otras, probablemente- también pulsiones sexuales. (Freud, 1920, p. 50-51)

Como puede verse las investigaciones en torno al yo desarrolladas años antes lo llevaron a Freud al descubrimiento del *carácter libidinal del yo* y dualidad/oposición pulsional postulada hasta ese momento por él –pulsiones sexuales y pulsiones yoicas- se desvanecía como por arte de magia en tanto descubría en el yo la energía propia de las pulsiones sexuales. Los avances de las investigaciones psicoanalíticas habían descubierto que no sólo se encontraba libido del lado de las pulsiones sexuales sino que también se la encontraba del lado del yo a quien se le tribuaban las otras pulsiones. No sólo eso Freud descubre y postula que *el yo es el reservorio {Reservoir} genuino y originario de la libido*.³ ¿Cómo oponer entonces lo sexual a las pulsiones del yo? La sexualidad, lo libidinal se encontraba en ambos polos de la oposición. Freud arriba a la siguiente conclusión: no debe entenderse, como se pensaba, que el psicoanálisis había descubierto dos pulsiones de *naturaleza o cualidad* diferente sino más bien, que la diferencia entre ellas era *tópica*. Es decir que *los opuestos generadores de conflicto* no remitían a dos pulsiones de naturaleza diferente sino a la *ubicación de la libido*, por ello

³ En “El yo y el ello” corregirá esta afirmación y dirá que es el ello el gran reservorio libidinal. Libido que a pesar de esta corrección inviste al yo de igual forma.

nominará a estos opuestos libido del yo y libido de objeto.⁴ A continuación de las palabras anteriormente citadas Freud sostiene:

“Y a pesar de ello, se está autorizado a decir que la vieja fórmula según la cual la psiconeurosis consiste en un conflicto entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, no contiene nada que hoy deba desestimarse. Sencillamente, la diferencia entre ambas variedades de pulsiones, que en el origen se había entendido con alguna inflexión cualitativa, ahora debía definirse de otro modo, a saber, *tópico*. La neurosis de transferencia, en particular, el genuino objeto de estudio del psicoanálisis, seguía siendo el resultado de un conflicto entre el yo y la investidura libidinosa de objeto. (...) Si también las pulsiones de autoconservación son de naturaleza libidinosa, acaso no tengamos otras pulsiones que las libidinosas. Al menos no se ven otras.” (Freud, 1920, p. 51)

Pero como se puso de manifiesto en “Más allá del principio de placer”, Freud se reconoce dualista y por tanto no concibe la posibilidad de postular una única pulsión, la sexual. En 1920 postula una nueva dualidad pulsional: Eros o pulsiones de vida –que reunirán en su seno a las pulsiones sexuales y a las cuestionadas pulsiones yoicas o de autoconservación de las que Freud no termina de desprenderse- y, antagónica a este grupo pulsional, la pulsión de muerte.⁵

Si bien Freud no muestra muchos reparos con respecto a la postulación de las pulsiones de vida no pasa lo mismo con la postulación de la pulsión de muerte. A pesar de que Freud remarcó en más de una oportunidad la importancia de los cambios introducidos en su teoría pulsional, no se puede obviar que *hizo públicas sus dudas con respecto a la hipótesis que postulaba la existencia de una pulsión de muerte*. Estas dudas giraban en torno a la *dificultad que encontraba Freud en hallar “evidencias” que le dieran a esta hipótesis el grado de certeza que consideraba necesario*. Como dice hacia el final de “Más allá del principio de placer”, texto en el cual se dedica como en ningún otro a desarrollar dicha hipótesis:

⁴ Es importante señalar que este racconto que el propio Freud realiza en “Más allá del principio del placer” remite a una reformulación de la teoría pulsional sostenida hasta entonces respecto al conflicto psíquico y no una mera adición como muchas veces se trasmite, con la que a la primera dualidad pulsional se le “suma” la especificación respecto a las pulsiones sexuales de los lugares posibles de ubicación de la libido.

⁵ La mayoría de las veces Freud se refiere en singular cuando alude a la pulsión de muerte a diferencia de lo que ocurre respecto a las pulsiones de vida en donde habitualmente usa el plural.

“Podría preguntárseme si yo mismo estoy convencido de las hipótesis desarrolladas aquí, y hasta donde lo estoy. Mi respuesta sería: ni yo mismo estoy convencido, ni pido a los demás que crean en ellas.” (Freud, 1920, p. 57)

Hipótesis que, como veremos, están referidas tanto a la pulsión de muerte como a las pulsiones de vida.

Si ésta es una de las últimas reflexiones con las que Freud cierra el texto en el cual introduce la última dualidad por él propuesta es porque “*Más allá del principio de placer*” es un texto complejo, de difícil lectura, rico en ideas y replanteos, que abre cuestiones a pensar más de lo que cierra o resuelve. En dicho trabajo Freud pasa a revisar cuestiones de diverso orden en el intento de responder a ciertos cuestionamientos que algunos hechos de la experiencia le planteara a la teoría psicoanalítica desarrollada hasta ese momento y ensaya *diferentes* respuestas a dichos cuestionamientos. Una es la introducción de la compulsión de repetición de lo displacentero y la otra es la postulación de una pulsión de muerte, dos respuestas que intenta enlazar sin éxito, como veremos más adelante. Por ello tal vez *lo más adecuado es tomar las respuestas que Freud propone a las preguntas que se formula como intentos de lograr una reformulación de los postulados sostenidos hasta entonces por el psicoanálisis, y no tomar dichas respuestas como algo establecido, claro y preciso.* Freud mismo lo dice en la cita anterior en la que no se mostraba totalmente convencido de las hipótesis postuladas, ni pedía convencimiento a sus interlocutores, y en la siguiente:

“Dada la *oscuridad* que hoy envuelve a la doctrina de las pulsiones, no haríamos bien desechando ocurrencias que nos prometieran *esclarecimiento*” (La cursiva es mía) (Freud, 1920, p. 52)

Por ese motivo en este capítulo se ubicarán no sólo los principales desarrollos sobre la pulsión de muerte -volcados en “*Más allá del principio de placer*” y en textos posteriores- sino también aquellos puntos que una lectura atenta de los desarrollos freudianos puede mostrar como confusos, ambiguos o contradictorios, algunos de los cuales fueron señalados por el mismo Freud.

Cuestiones relativas a la compulsión de repetición de lo displacentero

Las argumentaciones desarrolladas en los tres primeros capítulos de "Más allá del principio de placer" son bastante claras y es posible seguirlo a Freud sin mucha dificultad. Va analizando los fenómenos clínicos que terminan a su juicio cuestionando el reinado indiscutible del principio de placer sostenido por el psicoanálisis hasta entonces. De ahí la importancia que tiene este texto, importancia subrayada por muchísimos autores. La neurosis traumática, cierto tipo de juego infantil, la neurosis de transferencia y la compulsión de destino son analizadas detenidamente por Freud a fin de determinar la necesidad o no de introducir modificaciones a la teoría psicoanalítica.

Si bien en los primeros cuatro capítulos Freud no menciona la hipótesis de una pulsión de muerte, en ellos se encuentran las razones que lo empujan a postularla. Sólo una lectura atenta de estos capítulos nos va a permitir pesquisar lo que a Freud se le constituye como pregunta, como problema sin respuesta. Área de conocimiento vacante de la cual intenta dar cuenta la hipótesis que postula. Por esa razón no puede dejarse de mencionar, aunque sea brevemente, lo que puede definirse como los lineamientos generales de dichos capítulos.

En el capítulo I Freud repasa los conocimientos que hasta 1920 el psicoanálisis había alcanzado con respecto al principio de placer y a las fuerzas que lo contrariaban. Estas últimas eran el principio de realidad por un lado y la represión de las mociones pulsionales inconciliables por parte del yo por el otro. Termina el capítulo afirmando que no constituyen una restricción considerable del principio de placer ninguna de las dos de displacer:

- 1) por las mociones pulsionales insatisfechas producto de la postergación de la satisfacción a propósito de la intervención del principio de realidad y
- 2) por la posibilidad de placer que es transformada en fuente de displacer por el yo,

Se desprende de ello que existen ciertos tipos de displacer que no contrarían el principio de placer.

En el capítulo II Freud aborda dos observables que podrían cuestionar los supuestos sostenidos por el psicoanálisis con respecto al imperio del principio del placer como

rector de la vida anímica. Estos dos observables son las neurosis traumáticas y cierto tipo de juego infantil. Pero lo desarrollado en dicho apartado no termina siendo suficiente como para convencerlo de cuestionar sus presupuestos anteriores. Con respecto a los sueños que reconducen a la situación del accidente sostendrá que se puede decir que la función del sueño resultó afectada o que -en todo caso- habría que pensar en las tendencias masoquistas del yo. Con respecto al juego del fort da dirá que el repetir una situación displacentera a través del juego puede tener que ver con la pulsión de apoderamiento (apoderarse y elaborar la situación displacentera) como también con la satisfacción de las mociones hostiles (en donde se observaría entonces una ganancia de placer). Terminará el capítulo diciendo:

“Así nos convencemos de que aún bajo el imperio del principio del placer existen suficientes medios y vías para convertir en objeto de recuerdo y elaboración anímica lo que en sí mismo es displacentero. (...) presuponen la existencia y el imperio del principio de placer y no atestiguan la acción de tendencias situadas más allá de éste, vale decir, tendencias que serían más originarias que el principio de placer e independientes de él.” (Freud, 1920, p.17)

En el capítulo III Freud introduce lo que denomina “compulsión de repetición” refiriéndose a la neurosis de transferencia y a como los pacientes repiten lo reprimido en vez de recordarlo. Adscribe por un lado esta compulsión de repetición a lo reprimido “que no aspira a otra cosa que a irrumpir hasta la conciencia” o a la “descarga” y por otro la resistencia al yo, que de ello nada quiere saber. Es decir, ubica la resistencia del analizado como partiendo de su yo y la compulsión de repetición a lo reprimido inconciente. *Lo nuevo que descubre Freud es que junto con las mociones pulsionales reprimidas:*

“(...) la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces.” (Freud, 1920, p. 20)

Como puede apreciarse –y como subraya Edward Birbring y Hugo Bleichmar retoma–

se repite tanto lo placentero como lo displacentero. Freud ubica en este capítulo la existencia de una compulsión a repetir lo placentero, esto es, a repetir la satisfacción de las mociones pulsionales –a veces inconciliables para el yo con la generación secundaria de displacer que ello conlleva- pero *también* una compulsión a repetir lo displacentero, *compulsión que de ninguna forma remite a una satisfacción pulsional pasada o actual*. Se refiere por ello a las “más penosas ocasiones” y a las “sensaciones hondamente dolorosas” que inevitablemente se dan en toda vida sexual infantil, que dejan “como secuela un daño permanente del sentimiento de sí, en calidad de cicatriz narcisista”.⁶ Junto a estos *fenómenos de transferencia* en donde los pacientes repiten estas situaciones afectivas dolorosas Freud ubica el “eterno retorno de lo igual” traído por la *compulsión de “destino”*. Debido a estos dos fenómenos sostiene:

“(…) osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio del placer. Y ahora nos inclinaremos a referir a ella los sueños de los enfermos de neurosis traumática y la impulsión al juego en el niño.” (Freud, 1920, p. 22)

Es decir que termina postulando una *compulsión de repetición de lo displacentero* que pasa a dar cuenta de:

- 1) de los fenómenos de transferencia en donde se reviven situaciones afectivas dolorosas,
- 2) de la compulsión de destino,
- 3) de los sueños traumáticos de las neurosis traumáticas y
- 4) de la impulsión en el niño a realizar juegos referidos a situaciones displacenteras y/o traumáticas.

Claro que aclara que sólo en raros casos se pueden aprehender puros los efectos de dicha compulsión, lo que no implica que no exista. Interesante acotación que

⁶ Si bien Freud se refiere a las frustraciones que encuentra el niño al no obtener la satisfacción de sus mociones incestuosas se pueden sumar muchas otras fuentes de dolor psíquico que Freud no menciona explícitamente sin por ello traicionar su pensamiento. El ampliar el espectro de vivencias dolorosas y traumáticas que un niño puede vivir y que retornarán en su vida adulta va en total sintonía con lo que Freud está planteando en este texto con la introducción de la compulsión de repetición de lo traumático. Muchos desarrollos psicoanalíticos posteriores prosiguieron el estudio y la investigación sobre lo que aquí Freud ubica como los daños y secuelas narcisistas que pueden sobrevenir en la vida de un ser humano, marcas no tramitadas que retornan al modo de la compulsión de repetición de lo displacentero.

retomaremos más adelante, ya que nos pone sobre la pista de que la compulsión de repetición de lo displacentero en la mayoría de las ocasiones aparece enlazada con la compulsión de repetición de lo placentero.

Afirma luego que la compulsión a la repetición de lo displacentero se le aparece:

“(...) como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona.” (Freud, 1920, p. 23)

Hasta aquí es posible seguirlo a Freud en su argumentación. Lo único llamativo es que describa esta compulsión como “más pulsional” luego de haber aclarado de que la compulsión de repetición *no* remite a ejercicio pulsional alguno, sin más bien trae vivencias displacenteras y dolorosas. Tal vez por ello Strachey aclara que Freud usa el término “*Triebhaft*”, término de vieja raigambre en la literatura alemana que remite a lo impulsivo, apasionado, irreflexivo opuesto a lo racional. Por esta razón habría que tomar ese “pulsional” en un sentido amplio, aunque claro está que Freud no es inocente al usar dicho término. ¿Qué razón podría llevar a Freud a usar dicho término?

Al final de este capítulo Freud se formula las siguientes preguntas, que se verá si las responde más adelante:

- 1) ¿Qué función le corresponde a la compulsión de repetición?
- 2) ¿Bajo qué condiciones puede aflorar?
- 3) ¿Qué relación concebir entre ella y el principio de placer?

Freud empieza el capítulo IV afirmando:

“Lo que sigue es especulación, a menudo de largo vuelo, que cada cual estimará o desdeñará de acuerdo con su posición subjetiva. Es, además, un intento de explorar consecuentemente una idea, por curiosidad de saber adónde lleva.”
(Freud, 1920, p. 24)

Dos reflexiones al respecto. Por un lado cabe pensar que *de lo que se trata*, en psicoanálisis como en cualquier otra disciplina, *es de estimar o desdeñar las especulaciones no a partir de la posición subjetiva de cada cual -como se hace muchas veces- sino a partir de razones que intenten por lo menos ser de índole objetiva.* Freud

es un buen ejemplo de ello aunque diga aquí lo contrario. Por otro lado es para subrayar que Freud mismo nos avisa sobre lo que está a punto de hacer y *reconoce el derecho de acordar o no con su "especulación"*. Aunque como se verá, la "especulación" recién empieza en el capítulo siguiente.

En este capítulo en cambio Freud propone representar el organismo vivo como una vesícula indiferenciada de sustancia estimulable. Y se la representa dotada de una barrera antiestímulo que en ciertas ocasiones puede verse perforada por grandes volúmenes de estímulos, que termina provocando en ella un efecto traumático. Esta representación le permite comprender los casos de *compulsión de repetición* en que el principio del placer aparece contrariado. Postula entonces que en estas circunstancias en donde la economía energética del organismo aparece perturbada *la tarea planteada es más bien:*

"(...) dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después a su tramitación" (Freud, 1920, p. 29)

Ubicada esta tarea o función del aparato psíquico ante estas circunstancias dirá que en la neurosis traumática los sueños que reconducen al accidente no están al servicio del cumplimiento de un deseo (primado del principio del placer) sino que buscan recuperar el dominio sobre el estímulo. Sostiene:

"Nos proporcionan así una perspectiva sobre una función del aparato anímico que, sin contradecir al principio de placer, es empero independiente de él y parece más originaria que el propósito de ganar placer y evitar displacer" (Freud, 1920, p. 31)

Ubica en los sueños que retrotraen a los traumas psíquicos de la infancia esta misma compulsión de repetición, este mismo interés de ligazón psíquica de las impresiones traumáticas que la neurosis traumática muestra claramente.

Antes de proseguir resulta oportuno hacerse una pregunta: ¿Es posible seguirlo a Freud en los desarrollos de este capítulo? Podría pensarse que la respuesta es afirmativa a pesar de que en sus argumentaciones aparecen entremezclados los órdenes de lo biológico y lo psíquico como si fueran dos órdenes homogéneos, cosa que no lo son.

Si se hace el ejercicio de separar lo concerniente a lo biológico desarrollado aquí (que sabemos a Freud le sirve como modelo) se infiere que Freud encuentra una respuesta lógica de orden psíquico a las preguntas que se planteara hacia el final del capítulo tres que se recordará eran las siguientes:

- 1) ¿Qué función le corresponde a la compulsión de repetición⁷?
- 2) ¿Bajo qué condiciones puede aflorar?
- 3) ¿Qué relación concebir entre ella y el principio de placer?

En síntesis, se podrían resumir las respuestas de la siguiente manera:

1) La compulsión de repetición tiene como *función* ligar psíquicamente los estímulos que ingresan al aparato psíquico a fin de conducirlos a su tramitación.

2) Las *condiciones de aparición* de la compulsión de repetición están dadas cuando existen estímulos que desbordan la capacidad del aparato psíquico de tramitarlos produciendo entonces un efecto traumático en él.

3) Se puede concebir la compulsión de repetición como una función del aparato anímico *diferente* a la función de buscar el placer y evitar el displacer representadas por el principio de funcionamiento psíquico denominado principio de placer. No sólo eso sino que se puede concebir a la compulsión de repetición como una función *independiente* al principio de placer, que tiende a la tramitación de lo displacentero, doloroso y/o traumático a pesar del desarrollo de displacer que ello pueda originar. Además de ser independiente Freud la concibe como más *originaria* y *elemental* que el principio de placer y *necesaria* para que la vida psíquica pueda ser regulada por dicho principio. *Sólo la tramitación de las vivencias displacenteras, dolorosas y/o traumáticas permite que la vida psíquica sea regida por la búsqueda del placer y la evitación del displacer.*

“Más allá del principio del placer” podría haber terminado allí habiendo reformulado considerablemente los postulados teóricos hasta entonces sostenidos por Freud, permitiendo la conceptualización de numerosos hechos clínicos que la teoría hasta

⁷Cabe una aclaración terminológica. Si bien al principio del texto Freud se refiere a la existencia de una compulsión de repetición de lo placentero, luego de postulada una compulsión de repetición de lo displacentero Freud utiliza habitualmente el término compulsión de repetición para referirse a ésta última, acepción actual más común.

entonces no explicaba o explicaba parcialmente al introducir *un nuevo principio de funcionamiento psíquico*. Pero Freud no se detuvo allí y postuló la pulsión de muerte. ¿Qué lo llevó a hacerlo?

Razones freudianas de la postulación de la pulsión de muerte

En el capítulo V Freud retoma las explicaciones que da en el capítulo anterior y que como se ha visto le permiten dar cuenta *no sólo* de los sueños que retrotraen al momento del accidente en el caso de la neurosis traumática *sino también* de los sueños que retrotraen a los traumas de la infancia y de la repetición transferencial de vivencias afectivas dolorosas. Freud retoma dichas explicaciones sobre la necesidad de tramitar las vivencias traumáticas con el fin de explicar el efecto que pueden llegar a tener las pulsiones -estímulos internos de los cuales no se puede escapar- ante las cuales no hay barrera antiestímulo que proteja. Afirma:

"(...) la tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería de ligar la excitación de las pulsiones que entra en operación en el proceso primario. El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática; sólo tras una ligazón lograda podría establecerse el imperio irrestricto del principio del placer (y de su modificación en el principio de realidad)." (Freud, 1920, p. 34-35)

Llama la atención lo postulado por Freud ya que hasta este momento las mociones pulsionales libremente móviles desplegadas en el inconciente, reguladas por el proceso primario, no tenían el carácter traumático que parece ahora adjudicarle. Si bien en los inicios de su obra Freud construyó una teoría traumática sobre la sintomatología neurótica, esta teoría -conocida como la teoría de la seducción- postulaba que dicha sintomatología era producto del efecto traumático causado por las escenas de seducción efectivamente vividas y padecidas por un sujeto -generalmente un niño-. Pero como señalan Laplanche y Pontalis:

"Ya es sabido que Freud se vio inducido a dudar de la veracidad de las escenas de seducción y a abandonar la teoría correspondiente. (...) Clásicamente se

considera que el abandono por Freud de la teoría de la seducción (1897) constituye un paso decisivo en el advenimiento de la teoría psicoanalítica (...)” (Laplanche y Pontalis, 1993, p. 395)

A partir de ese momento Freud fue construyendo su teoría a partir del *develamiento progresivo de la sexualidad infantil*. Puede comprobarse como en sus escritos Freud deja de apelar a la teoría del traumatismo y lo traumático pasa a dar lugar a lo intolerable, a lo inconciliable para el yo. Eso inconciliable para el yo, eso de lo cual se defiende es la sexualidad, el yo se siente atacado y se defiende de las pulsiones sexuales. Freud pasa a hacer una lectura de los síntomas neuróticos como resultante del conflicto entre mociones sexuales y defensa, lectura princeps de la teoría psicoanalítica hasta 1920.

Como puede comprobarse en los textos freudianos hasta 1920, la sexualidad no sólo *no* fue pensada como traumática o displacentera sino que Freud fue explícito al adjudicarle la característica de ser placentera. La concebía como aquel placer erógeno, corporal, que no podía reducirse a la satisfacción de las necesidades fisiológicas y que surgía en los márgenes de dichas satisfacciones por apoyatura, tornándose luego independiente y autónomo respecto a dichas satisfacciones. Como sostiene Silvia Bleichmar, sexualidad es plus de placer. Toda la conceptualización freudiana de cuerpo erógeno y de pulsión se apoya en esa premisa.⁸

No cabe duda que los desarrollos freudianos en torno a los conceptos de pulsión estaban hasta “Más allá del principio de placer” íntimamente ligados con la formulación del principio del placer. Es más, en el primer capítulo de este texto ambos conceptos son solidarios, por ello Freud revisa algunas limitaciones del *ejercicio pulsional* que podrían cuestionar el dominio del *principio de placer* como rector de la vida anímica. Si lo hace es porque para él Freud una limitación a la búsqueda de satisfacción de las pulsiones es sinónimo de un posible cuestionamiento de que el aparato se guíe siempre por la búsqueda de *placer*. ¿Por qué será entonces que postula la excitación sexual como

⁸ Numerosos autores señalan el carácter placentero que Freud adjudicaba a la sexualidad y a las pulsiones sexuales. Por dar otro ejemplo, léase la siguiente definición de sexualidad que dan Laplanche y Pontalis En su Diccionario de Psicoanálisis: “En la experiencia y en la teoría psicoanalítica, la palabra *sexualidad* no designa solamente las actividades y el placer dependientes del funcionamiento del aparato genital, sino toda una serie de excitaciones y de actividades, existentes desde la infancia, que producen un placer que no puede reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica fundamental (respiración, hambre, función excretora, etc.) y que se encuentran también a título de componentes en la forma llamada normal del amor sexual.” (Laplanche y Pontalis, 1993, p. 401) Como lo señalan los autores, para Freud y para el psicoanálisis, sexualidad es sinónimo de excitaciones y actividades placenteras.

traumática?⁹ Volviendo al capítulo, Freud pasa a preguntarse:

“(…) ¿de qué modo se entrama lo pulsional con la compulsión de repetición?”
(Freud, 1920, p. 36)

Pareciera que Freud intenta relacionar lo que es del ámbito pulsional –placentero hasta este momento- con lo que es atribuible al campo de lo traumático. A Freud le insiste – aunque modificada- la pregunta por la relación entre el principio de placer y la compulsión de repetición, pregunta que a la cual ya había encontrado una respuesta.

Recapitulando, Freud acaba de postular que *el funcionamiento psíquico es regido por dos funciones distintas*, una de las cuales acaba de ser descubierta por Freud a partir de que analizara detenidamente ciertas situaciones clínicas que a su juicio cuestionaban el reinado indiscutible de la regulación del aparato psíquico por el principio de placer. Una de las funciones había sido postulada hace mucho por Freud: es la evitación del displacer y la búsqueda del placer representada de manera princeps por lo pulsional. Y la otra función es la necesidad de tramitación de lo displacentero evidenciado en la compulsión de repetición de lo doloroso. Sintetizándolo en un cuadro:

⁹ Incluso si uno retoma la teoría traumática de los inicios de la teoría freudiana y la utiliza para pensar los casos de abuso sexual efectivamente padecidos en la infancia, lo que se torna traumático y difícil de tramitar *no es la sexualidad del niño sino la sexualidad adulta*. Es decir, que al no haber operado la interdicción del incesto (en el adulto) el niño no fue objeto del cuidado por parte de quien lo criaba sino que fue objeto de la satisfacción de sus pulsiones. En ese sentido estos casos pueden interpretarse en la misma línea de lo que Freud planteaba en el capítulo anterior, y la sintomatología que retorna entenderse como el retorno de vivencias dolorosas, displacenteras y traumáticas padecidas en la infancia.

REGULACION DE LA VIDA PSIQUICA

Principio:	Principio de placer	Principio de tramitación de lo displacentero ¹⁰
Función:	Evitación del displacer ¹¹ generado por la insatisfacción pulsional y búsqueda del placer generado por la satisfacción pulsional ¹²	Búsqueda de tramitación de lo displacentero (doloroso, traumático que <i>no</i> remite a ejercicio pulsional alguno o a vivencias en donde aparezca placer alguno)
Evidencia:	Ejercicio pulsional Compulsión de repetición de lo <i>placentero</i> ¹³	N.traumática, Transferencia, Sueños, Juego Compulsión de repetición de lo <i>displacentero</i>

¿Acaso lo revolucionario de su descubrimiento -para la teoría psicoanalítica hasta ese momento desarrollada- no radica en que la compulsión de repetición de lo originalmente displacentero es una tendencia *independiente* de lo que es del orden del ejercicio pulsional, que remite a una función rectora de la vida anímica desconocida hasta ese momento y no asimilable a lo sostenido hasta entonces? ¿Por qué se pregunta nuevamente sobre la relación entre la compulsión de repetición y lo pulsional? ¿*Implica esta pregunta la creencia freudiana de que nada puede escapar al orden de lo pulsional, a la regulación del principio de placer, estos es, a la búsqueda de satisfacciones pulsionales y a la evitación de lo displacentero?*¹⁴

Más allá de las respuestas que se puedan encontrar a estas preguntas la lectura de la primer parte del “Más allá del principio de placer” invita a suponer que:

¹⁰ Se trata claramente de un principio de regulación psíquica aunque Freud no lo hay nominado así. La denominación mencionada remite directamente a la necesidad de tramitación de lo displacentero/doloroso/traumático a la que alude Freud. Esta denominación es más abarcativa que la de Principio de ligazón que proponen algunos autores, ya que la tramitación de lo displacentero se puede dar no sólo vía ligazón con una representación sino también mediante la descarga directa de la tensión. Claro está que el efecto de alivio es menos duradero y en tanto lo traumático no se elabora simbólicamente no deja de retornar una y otra vez con la misma fuerza. Por ello el psicoanálisis oferta la palabra como instrumento para poder hacer mermar el sufrimiento de quien consulta, sufrimiento que muchas veces remite a un placer que no puede ser vivido como tal, pero otras veces está relacionado a vivencias originalmente displacenteras.

¹¹ Por la suba de la tensión.

¹² Por la descarga de la tensión.

¹³ Aunque pueda ser displacentero para el yo.

¹⁴ Resulta sumamente interesante el planteo de J. Laplanche respecto a lo que denomina extravío: “Demostrar un extravío consiste en poner en evidencia el error, la vía falsa, pero también en intentar mostrar sus causas, y es allí donde las cosas se complican: ningún extravío es inocente, ninguno deja de tener una causa (...)” (Laplanche, 1993, p. 16)

1) La "especulación de largo vuelo" que Freud desarrolla a posteriori –y que remite a la hipótesis de una pulsión de muerte- *no busca* explicar las diferentes situaciones clínicas que contrariaban la teoría psicoanalítica –como se dice habitualmente- ya que es evidente que los desarrollos referidos a la compulsión de repetición de lo displacentero y a la necesidad de tramitación de lo traumático permiten hacerlo.

2) La hipótesis de la pulsión de muerte *se esmera* en encontrar una respuesta a la pregunta freudiana sobre la relación que pudiera existir entre:

-la compulsión de repetición de lo displacentero/doloroso/traumático y

-la tendencia a la evitación de lo displacentero y búsqueda de lo placentero propia del dominio de lo pulsional.

La respuesta que da a su pregunta –por lo demás válida, totalmente vigente y a retomar– es la postulación de una hipótesis novedosa, incierta y sorprendente, tachada por muchos de inconsistente. Hipótesis que *más que relacionar las dos tendencias recién postuladas como rectoras de la vida psíquica* –tendencias hasta este capítulo totalmente distintas- *propone aunarlas transformándolas en una sola.*

Postulación de la nueva dualidad pulsional

Freud lee en lo desarrollado una pista de un *carácter universal de las pulsiones* y quizá de toda vida orgánica en general y postula:

"Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia de la vida orgánica." (Freud, 1920, p. 36)

Como puede verse vuelve al *terreno de la biología* con lo que las argumentaciones en torno a lo pulsional dejan de ser argumentaciones de índole psicoanalítica además de ser en muchas ocasiones difíciles de seguir. Freud reconoce no resistir la "tentación" de seguir hasta sus "últimas consecuencias" la hipótesis mencionada, es decir, que todas las pulsiones quieren reproducir algo anterior y sostiene:

"No importa si lo que de esto saliere tiene aire de 'profundo' o suena a algo místico; por nuestra parte, nos sabemos bien libres del reproche de buscar semejante cosa. Nos afanamos por alcanzar los sobrios resultados de la investigación o de la reflexión basada en ella, y no procuramos que tengan otro carácter que el de la certeza." (Freud, 1920, p. 37)

Se verá si eso es lo que consigue. Prosigue su argumentación en torno al "*ser vivo elemental*" y a las "*pulsiones orgánicas conservadoras*" y entendiendo que la meta final de todo "*bregar orgánico*" es alcanzar un estado antiguo, inicial y sosteniéndose en la evidencia de que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, dice:

"La meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo." (Freud, 1920, p. 38)

Sostiene que en determinado momento se produjo en la materia inanimada la vida a partir de la intervención de fuerzas inimaginables para nosotros. Supone luego que apareció entonces una pulsión que bregó por regresar a lo inanimado.

"Durante largo tiempo, quizá, la sustancia viva fue recreada siempre de nuevo y murió con facilidad cada vez, hasta que decisivos influjos externos se alteraron de tal modo que forzaron a la sustancia aún sobreviviente a desviarse más y más respecto de su camino vital originario, y a dar unos rodeos más y más complicados, antes de alcanzar la meta de la muerte. Acaso son estos rodeos para llegar a la muerte, retenidos fielmente por las pulsiones conservadoras, los que hoy nos ofrecen el cuadro {Bild} de los fenómenos vitales." (Freud, 1920, p. 38)

Luego de reflexionar sobre el lugar de las pulsiones de autoconservación y las pulsiones sexuales en estas "(...) *conjeturas acerca del origen y la meta de la vida* (...)" y de sostener que las pulsiones sexuales son conservadoras porque conservan la vida por lapsos más largos y por ellos son las "genuinas pulsiones de vida" en tanto contrarían la meta de las otras que buscan el retorno a lo inanimado y por ende llevan a la muerte, sostiene la existencia de un "ritmo titubeante en la vida de los organismos":

“(...) uno de los grupos pulsionales se lanza, impetuoso, hacia delante, para alcanzar lo más rápido posible la meta final de la vida; el otro, llegado a cierto lugar de este camino, se lanza hacia atrás para volver a retomarlo desde cierto punto y así prolongar la duración del trayecto.” (Freud, 1920, p. 40)

Luego hace un alto para preguntarse si sus especulaciones carecen de fundamento. Pero *no sólo no analiza el recorrido hecho sino que da por sentado lo desarrollado* y avanza para incorporar un nuevo concepto. *Hasta este momento la postulación por parte de Freud de este tipo de pulsión nueva, es decir, de la pulsión*

Pasa entonces a analizar la posibilidad de existencia de otras pulsiones además de estos dos grupos que señaló antes. Es decir se pregunta si hay otras pulsiones que las pulsiones sexuales y las pulsiones que acaba de postular -esto es las que pretenden restablecer un estado anterior-. Empieza rechazando, a partir de las evidencias de la biología y del psicoanálisis, la posibilidad de existencia de una *pulsión de perfeccionamiento*:

“(...) yo no creo en una pulsión interior de esa índole, y no veo ningún camino que permitiría preservar esa consoladora ilusión.” (Freud, 1920, p. 41)

No sólo lo afirma sino que *Freud hace un racconto de los desarrollos psicoanalíticos en los cuales se respalda para ser tan terminante en la opinión de que no hay evidencias de existencia de una pulsión de perfeccionamiento*. Para empezar, que lo más valioso que hay en la cultura humana se ha edificado como resultado de la *represión de las pulsiones*, tesis que no deja de sostener nunca. Es decir que lo más valioso del hombre, lo más valorado socialmente no se debe a los logros de una pulsión -que podría denominarse de perfeccionamiento- sino debido a lo contrario, esto es, a la represión de las pulsiones sexuales. Es porque la pulsión se ve coartada de la posibilidad de acceder a ciertas satisfacciones que busca y encuentra otras sustitutivas y socialmente permitidas y valoradas.

Por otro lado Freud sitúa que *la pulsión reprimida no cesa de aspirar a su satisfacción plena*, es decir, de aspirar a la repetición de la vivencia primaria de satisfacción. Justamente lo que denomina el factor pulsionante -de las pulsiones, valga la redundancia- es producto de la diferencia entre la satisfacción hallada y la buscada. Este resto nunca satisfecho es lo que empuja una y otra vez a buscar satisfacer la pulsión.

Freud sostiene luego que *"el camino hacia atrás", hacia la satisfacción plena es obstruido, impedido:*

"(...) por las resistencias en virtud de las cuales las represiones se mantienen en pie; y entonces no queda más que avanzar por la otra dirección del desarrollo, todavía expedita, en verdad sin perspectivas de clausular la marcha ni de alcanzar la meta". (Freud, 1920, p. 42)

Como puede apreciarse Freud sitúa en la represión y en el sostenimiento de las resistencias que mantienen dicha represión en pie el causal de la imposibilidad de "volver hacia atrás", hacia la satisfacción plena provista por la vivencia primaria de satisfacción, aunque hacia allí tiende, empuja la pulsión *-y no hacia la muerte biológica del organismo-*. Este breve racconto realizado por Freud viene con posterioridad de haber afirmado:

"(...) el infatigable esfuerzo que se observa en una minoría de individuos humanos hacia un mayor perfeccionamiento puede comprenderse sin violencia como resultado de la represión de las pulsiones, sobre la cual se edifica lo más valioso que hay en la cultura humana." (Freud, 1920, p. 41)

Lo postulado por Freud es claro: *la posibilidad de perfeccionamiento y lo más valioso de la cultura se deben a la represión de las pulsiones, lo opuesto a decir que se debe a alguna pulsión en particular.* Freud no duda de sus desarrollos de tantos años respecto a las pulsiones sexuales y el conflicto que surge en torno a dichas pulsiones. *Paradójicamente e ignorando sus propios descubrimientos y argumentaciones Freud termina el capítulo diciendo:*

"Apuntemos de pasada la posibilidad de que el afán del Eros por conjugar lo orgánico en unidades cada vez mayores haga las veces de sustituto de esa 'pulsión de perfeccionamiento' que no podemos admitir." (Freud, 1920, p. 42)

¿Qué pensar de lo que finalmente hace Freud?! ¿Acaso un cambio de nombre -Eros en vez de pulsión de perfeccionamiento- puede convencernos de sostener la posibilidad de existencia de lo que *él mismo afirma es algo imposible de admitir?* Si los

descubrimientos del psicoanálisis no permiten sostener la existencia de una pulsión de perfeccionamiento, entonces tampoco permiten aseverar la existencia de una pulsión denominada Eros que viene a ocupar el lugar de aquella pulsión inadmisibles y contradictoria con la teoría psicoanalítica. En estas pocas líneas y de una forma que no puede menos que sorprendernos Freud introduce las pulsiones de vida que se le imponen *a pesar de sus propios razonamientos*.

Queda en evidencia que la postulación de Eros como pulsión no es una inferencia de la investigación psicoanalítica sino, por el contrario, es una postulación teórica que entra en contradicción con los desarrollos de la teoría psicoanalítica por Freud mencionados.

A esta altura del escrito se puede afirmar sin faltar a la verdad que la dualidad recién postulada por Freud se compone entonces por una especulación sin apoyatura en la clínica y teoría psicoanalítica -la pulsión de muerte- y una postulación contradictoria con los desarrollos teóricos centrales del psicoanálisis -la pulsión de vida-. A lo largo de esta tesis se verá si la pulsión de muerte puede considerarse una hipótesis demostrada o por el contrario no es más que una simple especulación que cada cual puede tomar o no de acuerdo a su propio parecer -tal como Freud lo propone al final de este escrito-.

Una concepción dualista de la vida pulsional

¿Qué situar del capítulo VI? En él Freud intenta refutar desde la biología el supuesto que ha adoptado anteriormente, es decir, que todo ser vivo tiene que morir por causas internas. En ese caso se caerían todas las conclusiones que construyó a partir de dicho supuesto. Recorre algunos pasajes de los desarrollos de A. Weismann y dice: "No se ha cumplido nuestra expectativa de que la biología habría de desechar de plano el reconocimiento de la pulsión de muerte" (Freud, 1920, p. 48) ¿Acaso esa era la expectativa de Freud? ¿Por otro lado, se trata de fundamentar o refutar las postulaciones psicoanalíticas con los desarrollos de otras ciencias? ¿Es que la especulación sobre la pulsión de muerte es una hipótesis psicoanalítica? Preguntas inevitables de ser formuladas.

Freud pasa luego a abordar su *concepción dualista de la vida pulsional*. Hace un recorrido de los cambios que sufrió la concepción de las pulsiones, racconto que mencionamos al principio del capítulo. Como se ha mencionado las investigaciones en torno al narcisismo lo llevaron a cuestionar su teoría pulsional dualista. Como se recordó Freud reconoce:

“Si también las pulsiones de autoconservación son de naturaleza libidinosa, acaso no tengamos otras pulsiones que las libidinosas. Al menos no se ven otras.” (Freud, 1920, p. 51)

Pero rápidamente agrega lo que claramente es una toma de posición:

“Nuestra concepción fue desde el comienzo *dualista*, y lo es de manera más tajante hoy, cuando hemos dejado de llamar a los opuestos pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, para darles el nombre de pulsiones de vida y pulsiones de muerte. En cambio la teoría de la libido de Jung es *monista*; el hecho que llamara “libido” a su única fuerza pulsional tuvo que sembrar confusión, pero no debe influirnos más. (...) Sigue siendo fastidioso que el análisis hasta ahora sólo nos haya permitido pesquisar pulsiones [yoicas] libidinosas. Mas no por ello avalaríamos la inferencia de que no hay otras” (Freud, 1920, p. 52)

¿No se trasluce claramente el empeño de Freud de insistir en la postulación de una teoría pulsional dualista a pesar de que *no se evidencian muestras* de otra energía que la libidinal? ¿No es evidente que esa convicción férrea prima sobre cualquier razonamiento? ¿No es evidente que la introducción de la que pasaría a ser la última dualidad pulsional no es más que un forzamiento teórico tremendo? Somos testigos de cómo Freud se niega a postular una energía única, de índole libidinal, a pesar de que tantos años de estudio e investigación sobre las pulsiones no le permiten avanzar sobre la pista de una pulsión de naturaleza diferente a la sexual. A pesar de ello sostuvo por muchos años la primera dualidad pulsional donde a las consabidas pulsiones sexuales opuso las poco cognoscibles pulsiones de autoconservación, *pulsiones discernidas de manera muy insatisfactoria según el propio Freud*. Una vez reconocido el hecho de que el psicoanálisis no pudo pesquisar otras pulsiones más que las libidinosas, acto seguido postula las pulsiones de muerte a fin de oponer dicha pulsión a lo libidinal. Aunque uno podría pensar que deja de sostener el primer dualismo pulsional porque tiene otro en la manga para postular. Pero esta pulsión de muerte -que viene a ocupar el lugar de pulsión opuesta a lo libidinal- al igual que las pulsiones de autoconservación también resultará ser una pulsión poco cognoscible y discernida de manera muy insatisfactoria por Freud y por el psicoanálisis.

Se sostiene muchas veces que Freud tiene una concepción dualista de las pulsiones

porque así puede explicar el conflicto intrapsíquico, caso contrario el psicoanálisis no podría hacerlo. Habría que revisar esa afirmación ya que el mismo Freud da junto a esta explicación del conflicto intrapsíquico -en tanto pugna o enfrentamiento entre dos pulsiones antagónicas de *naturaleza* distinta-¹⁵ otra que pone el eje del conflicto en otro nivel: esto es entre las diferentes instancias. Por dar un ejemplo, en el caso del conflicto neurótico, entre las mociones pulsionales que habitan en el ello y buscan su satisfacción plena y la represión por parte del yo que no permite que ello acontezca -como el racconto del capítulo anterior recuerda- conflicto éste que claramente no remite al antagonismo de pulsiones de naturaleza distinta, sino al conflicto entre dos instancias distintas.¹⁶

Fundamentación psicoanalítica de la pulsión de muerte

Lo que se lee a continuación en lo que resta del capítulo VI no es el intento de Freud de refutar desde el psicoanálisis la hipótesis de una pulsión de muerte -como intentó hacerlo desde la biología al principio del capítulo- sino todo lo contrario. Se ve como intenta desesperadamente fundamentar *desde el psicoanálisis* dicha hipótesis y la nueva dualidad por él propuesta.

1) En primer lugar Freud toma un observable, la *oposición amor-odio* e intenta ponerla en "relación recíproca" con la dualidad Eros-pulsión de muerte, a fin de reconducir la primer dualidad -observable cabe aclarar- a la otra -de un nivel máximo de abstracción- Da al sadismo como ejemplo de la pulsión de muerte, sadismo que en la mayoría de los casos aparece fusionado con lo libidinal y que aparece en su estado originario en la conocida ambivalencia amor-odio en donde no se produjo

¹⁵ Que ubicará en 1923 como aconteciendo en el ello, enlazando de esa manera su teoría dualista de las pulsiones con la segunda tópica, como bien señala P. Ricoeur.

¹⁶ Resultan sumamente interesantes las reflexiones de J. Laplanche volcadas en "Vida y Muerte en psicoanálisis" (1973) en donde luego de negarle estatuto de pulsión a las funciones vitales, a lo instintivo, interpreta de una manera ligeramente diferente el conflicto entre las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas. El autor entiende -y lo fundamenta- que el conflicto al que se refiere Freud es el existente entre las pulsiones sexuales y el yo, y no como se interpreta habitualmente entre dos pulsiones de diferente índole.

Por otro lado cabe mencionar que a partir de la postulación de la segunda tópica resulta más claro que Freud explica del conflicto intrapsíquico a partir del interjuego entre las tres instancias y la realidad. Por dar un ejemplo en "Neurosis y Psicosis" (1923) Freud es explícito y explica el conflicto psíquico del neurótico como enfrentamiento entre el ello y el yo y el conflicto psicótico como perturbación de los vínculos del yo con la realidad, y en ninguno de los dos casos apela al enfrentamiento entre pulsiones de diferente naturaleza.

atemperamiento o fusión entre el amor y el odio. Pero si se analiza *dicha postulación en ella Freud reconoce finalmente no conseguir evidencias de que ambas dualidades estén relacionadas, es decir, no encuentra forma de relacionar los fenómenos del amor y el odio con la pulsión de vida y de muerte.* Luego de postular el sadismo como ejemplo de la pulsión de muerte Freud afirma finalmente:

“Sólo que esta concepción está alejadísima de toda evidencia, y produce una impresión directamente mística. Cae sobre nosotros la sospecha de que habríamos buscado a toda costa un expediente para salir de un estado de gran perplejidad” (Freud, 1920, p. 53)

A pesar de estas duras palabras insiste en su intento de sostener la hipótesis propuesta y plantea la *posibilidad de existencia* de un masoquismo primario, anterior al masoquismo secundario por él postulado en “Tres ensayos” (1905) y en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915). ¿Acaso uno no es testigo de cómo Freud va sumando “posibilidades” de existencia alejadas de toda evidencia teórica y clínica?

2) Busca otro asidero en donde apoyar la postulación de una pulsión de muerte y se refiere al *principio de nirvana*. Sostiene:

“Y puesto que hemos discernido como la tendencia dominante de la vida anímica, y quizá de la vida nerviosa en general, la de rebajar, mantener constante, suprimir la tensión interna de estímulo (el *principio de Nirvana*, según la terminología de Bárbara Low (...)), de lo cual es expresión el principio de placer, ese constituye uno de nuestros más fuertes motivos para creer en la existencia de pulsiones de muerte” (Freud, 1920, p. 54)

Pero si se lo analiza detenidamente ¿Es que las tendencias de la vida anímica que Freud fue conceptualizando con los principios de Nirvana y de constancia, que tienden a suprimir, mantener constante o rebajar la tensión interna de estímulo, son prueba suficiente para afirmar la existencia de una pulsión que tiende a retornar a lo inorgánico? ¿No hay un salto argumentativo allí?

3) A pesar de los intentos de responder a la pregunta que lo llevó a formular la

hipótesis de una pulsión de muerte Freud siente que no logra hacerlo.¹⁷ El desconcierto se desprende de sus palabras:

“No obstante, seguimos sintiendo como un notable escollo para nuestra argumentación que no podamos pesquisar, justamente respecto de la pulsión sexual, aquél carácter de compulsión de repetición que nos puso sobre la pista de las pulsiones de muerte” (Freud, 1920, p. 54)

¿Cómo entender esta frase? Freud es explícito: no logra encontrar en el ámbito de las pulsiones sexuales –de los desarrollos relativos a las pulsiones sexuales- aquel carácter de *compulsión de repetición* recientemente descubierto que había mencionado no remitía a moción pulsional alguna. Busca pesquisar en el ámbito de lo pulsional –de los desarrollos sobre lo pulsional- aquello que hace a la repetición de lo displacentero y no logra hallarlo. Busca en el ámbito del principio del placer y del ejercicio pulsional aquello que es del orden del más allá de ese ámbito.

Acaba de postular una pulsión –la pulsión de muerte- pero *no logra encontrar evidencias de dicha pulsión*. Igual uno es testigo de cómo insiste en buscarlas en la oposición amor-odio, en el par sadismo-masochismo, en el principio de nirvana y en la compulsión de repetición de lo displacentero.

Luego de su *fallido intento* –palabras textuales de Freud- de echar luz sobre la relación entre pulsión sexual y compulsión de repetición, recurre una vez más a la *biología* para finalmente decir:

“Lo que hallamos en la ciencia acerca de la génesis de la sexualidad es tan poco que este problema puede compararse con un recinto oscuro donde no ha penetrado siquiera la vislumbre de una hipótesis.” (Freud, 1920, p. 56)

Y no se le ocurre ninguna hipótesis más salvo una de “naturaleza fantástica”, según la propia apreciación de Freud, hipótesis que no termina de considerar una “explicación

¹⁷La pregunta era: ¿Cómo relacionar la compulsión de repetición –de lo displacentero- con el principio de placer? (capítulo tres) y aparece luego reformulada como: ¿De qué modo se entrama la compulsión de repetición –de lo displacentero- con lo pulsional? (capítulo seis).

científica” a pesar de la cual la usa, hipótesis proveniente de otro campo de conocimiento, esta vez de la *filosofía*. La encuentra en el Banquete de Platón, en el mito del andrógino desdoblado en dos partes y en el anhelo de cada mitad de reencontrar a la otra, es decir, el anhelo de restablecer un estado anterior. Allí Freud termina su fundamentación.

Más allá del principio de placer. Reflexiones finales de Freud

Luego del arduo trabajo emprendido por Freud en los capítulos cinco y seis, y del *esfuerzo descomunal* de fundamentar la hipótesis de la pulsión de muerte termina el capítulo diciendo:

“Podría preguntárseme si yo mismo estoy convencido de las hipótesis desarrolladas aquí, y hasta donde lo estoy. Mi respuesta sería: ni yo mismo estoy convencido, ni pido a los demás que crean en ellas. Me parece que nada tiene que hacer aquí el valor afectivo del convencimiento.” (Freud, 1920, p. 57)

Importante recordar estas palabras ya que muchas veces se olvida todos los puntos endebles o inciertos de la postulación de la pulsión de muerte. No sólo eso sino que se insiste en el convencimiento posterior de Freud sobre la existencia de una pulsión de muerte, y se olvida que, como dijo Freud, el convencimiento afectivo y a veces pasional que se pueda tener al respecto no viene a cuento en el debate. Sigue Freud el mismo párrafo:

“Es plenamente lícito entregarse a una argumentación, perseguirla hasta donde lleve, sólo por curiosidad científica o, si se quiere, como un *advocatus diaboli* que no por eso ha entregado su alma al diablo. No desconozco que el tercer paso de la doctrina de las pulsiones, este que emprendo aquí, no puede reclamar la misma certeza que los dos anteriores, a saber, la ampliación del concepto de sexualidad y la tesis del narcisismo. Esas innovaciones eran trasposiciones directas de la observación a la teoría; no adolecían de fuentes de error mayores que las inevitables en tales casos.” (Freud, 1920, p. 57)

Puede verse como Freud sitúa que no desconoce que este último paso en su doctrina de

las pulsiones *no posee la misma certeza* que otros desarrollos íntimamente ligados con la clínica psicoanalítica y ampliamente corroborados. Prosigue:

“La afirmación del carácter *regresivo* de las pulsiones descansa también, es cierto, en un material observado, a saber, los hechos de la compulsión de repetición. Solo que quizá he sobrestimado su importancia.” (Freud, 1920, p. 57)

No se desprende de la lectura de los primeros capítulos de “Mas allá del principio de placer” que Freud sobrestimara la importancia de la compulsión de repetición. Más bien es la *postulación del carácter regresivo de las pulsiones y a partir de allí, la postulación de la hipótesis de una pulsión de muerte, lo que terminó mostrándose -al decir de Freud- incierto*. No quedan lugar a dudas que los desarrollos en torno a la compulsión de repetición de lo displacentero, a la necesidad de tramitación de lo traumático, a la necesidad de ligazón representacional de aquello que perturba, y a las graves consecuencias en el psiquismo cuando esto no acontece, dieron lugar a *numerosos desarrollos en psicoanálisis* que dan cuenta de un vasto campo psicopatológico del que gradualmente el psicoanálisis fue dando cuenta.

Pareciera mas bien, que los capítulos V y VI en donde Freud postula y busca fundamentar la hipótesis de la pulsión de muerte dan cuenta, por el contrario, de la dificultad de asimilar el descubrimiento de que no todo lo que empuja al hombre, que no todo repetir, tiene que ver con lo pulsional y la problemática que gira en torno suyo –sea sexual o derive de lo sexual-.

Y como si fuera poco Freud mismo agrega, mostrando que no se le escapa nada, que “la incerteza de su especulación” -textuales palabras- se vio aumentada por el hecho de haber recurrido a la biología.

En el capítulo final Freud afirma que sigue irresuelta la tarea de ubicar la relación de los procesos “pulsionales” de repetición con el imperio del principio de placer, al mismo tiempo que recuerda lo descubierto, es decir, la importante función del aparato psíquico de ligar las mociones “pulsionales” entrantes, sustituyendo el proceso psíquico primario por el secundario al trasmudar la energía de las investiduras de libremente móvil a predominantemente quiescente.

“En el curso de esta transposición no es posible advertir el desarrollo de

displacer, mas no por ello se deroga el principio del placer. La transposición acontece más bien al servicio del principio del placer; la ligazón es un acto preparatorio que introduce y asegura el imperio del principio del placer” (Freud, 1920, p. 60)

Para finalizar el análisis de este difícil y complejo texto resulta interesante recordar los versos con los que Freud concluye este escrito:

“Lo que no puede tomarse volando
hay que alcanzarlo cojeando.

.....

La Escritura dice: cojear no es pecado”

Llama la atención su elección ya que los desarrollos relativos a la especulación de alto vuelo que emprende Freud en este texto deja una sensación diferente: que Freud no cojea, vuela. En este punto cabe mencionar que la presente tesis se detendrá a analizar con detenimiento la especulación freudiana que postula -a manera de hipótesis- la existencia de una pulsión de muerte, especulación incierta tanto para Freud como para muchos que vinieron después de él. Será un intento de avanzar con los pies en la tierra en tan controvertido tema, con el objetivo de arribar a los sobrios pero certeros resultados a los que Freud nos tiene acostumbrados.

Pulsión de muerte. Dos pulsiones, ¿una energía?

Resulta pertinente avanzar sobre otros textos posteriores a 1920. En “El yo y el ello” (1923) Freud retoma algunas cuestiones desarrolladas en “Más allá del principio de placer”. Entre otras cosas se detiene a analizar la cuestión de la mezcla y desmezcla pulsional:

“Con cada una de estas dos clases de pulsiones se coordinaría un proceso fisiológico particular (anabolismo y catabolismo); en cada fragmento de sustancia viva estarían activas las dos clases de pulsiones, si bien en una mezcla desigual, de suerte que una sustancia podría tomar sobre sí la subrogación

principal del Eros” (...) Una vez que hemos adoptado la representación {la imagen} de una mezcla de las dos clases de pulsiones, se nos impone también la posibilidad de una desmezcla –más o menos completa- de ellas. En los componentes sádicos de la pulsión sexual, estaríamos frente a un ejemplo clásico de una mezcla pulsional al servicio de un fin; y en el sadismo devenido autónomo, como perversión, el modelo de una desmezcla, si bien no llevada al extremo” (Freud, 1923, p. 42)

Como puede verse, en 1923 la biología sigue estando presente en sus elucubraciones. Y analizando las mezclas, desmezclas y mezclas pulsionales no consumadas (estas últimas referidas a la ambivalencia que hasta este momento pensaba de carácter narcisista más que pulsional) pasa a revisar las relaciones entre el par amor - odio para ver si es sostenible postular la existencia de dos pulsiones cualitativamente diferentes. La forma que encuentra para hacerlo es a través de la adopción de un supuesto:

“Hemos interpolado un conmutador, como si en la vida anímica hubiera –ya sea en el yo o en el ello- una energía desplazable, en sí indiferente, que pudiera agregarse a una moción erótica o a una destructiva cualitativamente diferenciadas, y elevar su investidura total. Sin el supuesto de una energía desplazable de esa índole no salimos adelante.” (Freud, 1923, p. 43)

Energía que, dirá, proviene del acopio libidinal narcisista, es decir, que es libido desexualizada. Se ve como para explicar la investidura de las mociones hostiles hacia el objeto o hacia el yo, no necesita de la postulación de una pulsión de muerte, ya que lo puede hacer apelando a la libido narcisista, que así como inviste las mociones amorosas puede hacer lo mismo con las inclinaciones hostiles. A modo de ejemplo:

AMO A MI MAMA/ ME AMO
LIBIDO NARCISISTA

ODIO A MI PAPA/ ME ODIO
LIBIDO NARCISISTA

Como puede verse son las inclinaciones o mociones de deseo las cualitativamente diferentes (amor y odio) y no la naturaleza de la energía pulsional (que en lo que desarrolla no queda dudas que es sólo de naturaleza libidinal).

Pero a pesar de resultarle innecesaria la hipótesis de una pulsión de muerte para explicar

los fenómenos agresivos, hostiles, Freud insiste en ello. Por ello apenas intenta poner en relación estos desarrollos con las pulsiones de vida y muerte se le plantea un problema. Freud se pregunta: si esta libido narcisista que se agrega tanto a mociones amorosas como a mociones hostiles la computa a cuenta del Eros en tanto es energía sublimada, ¿que hace con el concepto de pulsión de muerte que siempre se le torna difícil de articular y asir? Dice una vez llegado este punto:

“De continuo hacemos la experiencia de que las mociones pulsionales que podemos estudiar se relevan como retoños del Eros. Si no fuera por las consideraciones desarrolladas en *Más allá del principio de placer* y, últimamente, por las contribuciones sádicas al Eros, nos resultaría difícil mantener la intuición básica dualista.” (Freud, 1923, p. 47)

Reconoce lo difícil de mantener la dualidad pulsional propuesta pero se sostiene en esa empresa respaldándose en las especulaciones de alto vuelo que el mismo juzgó de inciertas y en la “contribución sádica” a lo erótico y a lo amoroso que de por sí no fundamenta la existencia de una pulsión de muerte –acabamos de ver en las citas de 1920 y de 1923 que sadismo y odio no son equivalentes de pulsión de muerte y de Freud no encontró evidencias de su relación-

Se ve como Freud insiste en negarse a postular una energía psíquica única –libidinal- y abandonar su “intuición básica dualista”. Sigue el párrafo:

“Ahora bien, puesto que nos se ve precisados a mantenerla, se nos impone la impresión de que las pulsiones de muerte son, en lo esencial, mudas, y casi todo el alboroto de la vida parte del Eros.” (Freud, 1923, p. 47)

No aclara por qué es preciso mantener la intuición básica dualista a pesar de no hallar evidencias que lo ayuden a fundamentar la pulsión de muerte, sólo queda claro que esta intuición se le impone, se ve empujado a sostenerla y resuelve el problema conjeturando que ¡las pulsiones de muerte son mudas! *Una forma menos evidente de decir que sigue sin encontrar evidencias que fundamenten su sostenimiento.* Dicho de otra forma, en vez de decir que no encuentra evidencias de la pulsión de muerte Freud prefiere sostener que son “mudas”, argumentación que se retoma cual si fuera una verdadera defensa del carácter endeble de la hipótesis. No por nada más adelante Freud seguirá sosteniendo

que no deberíamos contar con una pulsión de muerte y una de vida puras, sino con ligas de diversas proporciones de mezcla (1924, 1926), es decir, pulsiones orgánicas compuestas de mezclas de estas dos fuerzas primordiales en variables proporciones (1940). No se puede menos que acordar con lo que Dominique Scarfone sostiene en su libro sobre las pulsiones:

“La pulsión de muerte es una pulsión bastante ‘extraña’: no tiene energía propia, es muda y no es conocible sino a través de su mezcla con Eros.” (Scarfone, 2005, p. 81)

Sobre la pulsión de muerte y el masoquismo primario

Si se ha visto que en “Más allá del principio de placer” Freud postula la *posibilidad* de un masoquismo primario, cuatro años después nos encontramos con que en “El problema económico del masoquismo” Freud lo da por cierto. Hasta este momento, Freud concebía al masoquismo como *secundario* al sadismo, en tanto implicaba un sadismo vuelto hacia el propio yo. Freud ubica que hay un cambio un cambio en el destino de la pulsión sádica: la transformación en lo contrario (la meta activa -martirizar- es remplazada por la pasiva -ser martirizado-) y la búsqueda de una persona ajena que toma sobre sí el papel del sujeto. Freud postula que en estos casos no se goza del dolor mismo sino de la excitación sexual que lo acompaña, en tanto el dolor como otras sensaciones de displacer desborda sobre el campo de la sexualidad produciendo un estado placentero a partir del cual puede consentirse el displacer del dolor. Cabe aclarar que estos desarrollos en torno al sadismo y al masoquismo aluden a ciertas vicisitudes de la pulsión *sexual*. Tanto el sádico como el masoquista buscan una satisfacción *sexual* producto del desborde del dolor sobre el campo de lo sexual en el caso del masoquista, o, en caso del sádico, producto de una identificación con el objeto que es supuesto sufriendo y por ello gozando por los dolores infligidos.

La postulación en 1924 de un masoquismo primario por parte de Freud tiene íntima relación con la hipótesis de la pulsión de muerte presentada unos años antes y *esta postulación también se realizará sin ninguna evidencia clínica que fundamente dicho cambio*. Si se analiza dicha postulación no se encuentra más que *especulaciones de orden teórico* que se suman a las especulaciones de alto vuelo emprendidas un tiempo

antes a propósito de la pulsión de muerte:

"Si se consiente alguna imprecisión, puede decirse que la pulsión de muerte actuante en el interior del organismo -el sadismo primordial- es idéntica al masoquismo. Después que su parte principal fue trasladada afuera, sobre los objetos, en el interior permanece, como su residuo, el genuino masoquismo erógeno, que por una parte ha devenido un componente de la libido, pero por la otra sigue teniendo como objeto al ser propio" (Freud, 1924, p. 170)

Como puede verse la *imprecisión* domina la postulación de un masoquismo originario ya que Freud parte homologando pulsión de muerte, sadismo primordial y masoquismo. Y si uno se detiene a analizar su postulación se comprueba que Freud concibe el masoquismo primario a partir de la premisa de existencia de una pulsión de muerte aunque lo haga -paradójicamente- para otorgarle una mayor consistencia y solidez a dicha hipótesis. Por ello *el masoquismo primario no sólo no es una evidencia de la pulsión de muerte sino que consiste en una especulación más que se le suma y que deriva de esta hipótesis hasta ahora carente de fundamentación.* Opinión que es también la de numerosos autores, como por ejemplo, R. Cruz Roche:

"Este masoquismo primario sería pues <testigo y relicto de aquella fase de formación en que aconteció la liga, tan importante para la vida, entre Eros y Pulsión de muerte>. [Freud] Se limita pues a hacer una relectura teórica del tema del masoquismo primario desde su nueva concepción pulsional, pero sin que nos aporte ningún dato en apoyo de esta nueva consideración (...)" (Cruz Roche, 2006, p. 42)

Es importante señalar este rasgo eminentemente "teórico" del masoquismo primario, particularidad que no comparten los otros masoquismos, el moral y el femenino, ya que estos dos últimos se infieren de gran cantidad de evidencias clínicas que el psicoanálisis fue cosechando a lo largo de los años.

Sobre las tendencias destructivas y su relación con la pulsión de muerte

Interesantes son las siguientes líneas de “¿Por qué la guerra?”, carta que le dirigiera Freud a Einstein:

“Querría demorarme todavía un instante en nuestra pulsión de destrucción en modo alguno apreciada en toda su significatividad. Pues bien; con algún gasto de especulación hemos arribado a la concepción de que ella trabaja dentro de todo ser vivo y se afana en producir su descomposición, en reconducir la vida al estado de la materia inanimada. Merecería con toda seriedad el nombre de una pulsión de muerte, mientras que las pulsiones eróticas representan {representaren} los afanes de la vida.” (Freud, 1933, p. 194)

Se ve como Freud al situar el “gasto de especulación” empleado distingue claramente los niveles de abstracción existentes entre la pulsión de destrucción -otras veces denominada pulsión de agresión- pulsión de un nivel más cercano a la experiencia que aporta la clínica psicoanalítica, y la pulsión de muerte, de un nivel de mayor teorización y especulación.

Hasta ese momento (1933) Freud no había podido brindar ninguna evidencia de relación entre la pulsión de muerte y la destructividad o agresividad humanas. Baste recordarse las consideraciones mencionadas de “Más allá del principio de placer” (1920) en torno al sadismo y al odio, las de “El yo y el ello” (1923) en torno a las mociones hostiles y las de “El problema económico del masoquismo” en torno al sadismo y al masoquismo (1924). No obstante en esta cita puede verse como Freud pasa de buscar dicha relación y no encontrarla a darla por sentada. Y a mencionar la diferencia -tan citada- que concibe entre la pulsión de muerte y la pulsión destructiva. En la carta a Einstein antes mencionada sostiene:

“La pulsión de muerte deviene pulsión de destrucción cuando es dirigida hacia fuera, hacia los objetos, con ayuda de órganos particulares. El ser vivo preserva su propia vida destruyendo la ajena, por así decir. Empero, una porción de la pulsión de muerte permanece activa en el interior del ser vivo, y hemos

intentado deducir toda una serie de fenómenos normales y patológicos de esta interiorización de la pulsión destructiva.” (Freud, 1933, p.194)

A pesar de que deje de tratar de fundamentar la hipótesis de la pulsión de muerte y la dé por supuesta resulta llamativa la última frase del párrafo citado. Si uno se detiene a analizarla, ella condensa las dos causas explicativas que da Freud en diferentes escritos *posteriores a 1920* para “toda una serie de fenómenos normales y patológicos” de importancia para el psicoanálisis. Los fenómenos a los que alude Freud son la conciencia moral, la necesidad inconsciente de castigo y el masoquismo, por mencionar algunos. La primera causa -de estos fenómenos- que da en la frase antes citada es la pulsión de muerte, que *no toda puede ser dirigida hacia el exterior* y por ello queda activa en el interior del ser vivo al modo de un resto, de un residuo tóxico. La segunda causa que propone es *la interiorización* de la agresividad y destructividad humanas, que en tanto en este momento concibe como pulsional denomina como pulsión destructiva. Una explicación hace hincapié en la *no exteriorización* mientras la otra hace lo contrario, es decir, ubica la causa en *la interiorización*, la vuelta sobre sí de una moción, que en este momento define como pulsional. Esta última más cercana a la experiencia psicoanalítica y desarrollada en diferentes textos. Recuérdese algunos de los pasajes en los que Freud plantea esta segunda explicación. En “Inhibición, síntoma y angustia” sostiene:

“La exigencia pulsional ante cuya satisfacción el yo retrocede aterrado sería entonces la masoquista, *la pulsión de destrucción vuelta hacia la persona propia*” (Freud, 1926, p.157)

En ¿Por qué la guerra? Freud ubica los efectos que tiene en el aparato psíquico la interiorización de la agresión:

“Y hasta hemos cometido la herejía de explicar la génesis de nuestra conciencia moral por esa vuelta de la agresión hacia adentro. Como usted habrá de advertir, en modo alguno será inocuo que ese proceso se consume en escala demasiado grande; ello es directamente nocivo (...)” (Freud, 1933, p.194)

Para dar un ejemplo más, en la conferencia 32 “Angustia y vida pulsional” menciona

que los fenómenos que constituyen un deseo masoquista, es decir, una aspiración que tiene por meta la destrucción de sí -con el trastorno de la pulsión de conservación que esto conlleva- lo movieron a revisar su doctrina de las pulsiones. Y respecto al fenómeno masoquista y a la necesidad de castigo dice:

“Creemos que no hay ninguna duda acerca del origen de esta necesidad inconciente de castigo. Se comporta como un fragmento de la conciencia moral, como la continuación de nuestra conciencia moral en lo inconciente; por tanto, ha de tener el mismo origen que esta y corresponder a una porción de agresión interiorizada y asumida por el superyó.” (Freud, 1933, p. 101)

Como puede verse en estos pasajes Freud no apela a la existencia de una pulsión de muerte al dar cuenta de la génesis de la conciencia moral, el masoquismo y la necesidad inconciente de castigo. No necesita de ese “gasto de especulación” para hacerlo, con la interiorización de la agresividad le basta. Esto mismo se ve incluso cuando Freud aborda la problemática de la melancolía en “El yo y el ello”, ya que la explicación que encuentra para dar cuenta de ese cuadro refiere a la *dureza y severidad de un superyó hiperintenso* que “(...) se abate con furia inmisericorde sobre el yo, como si se hubiera apoderado de todo el sadismo (...)”, es decir, toda la agresividad, toda la destructividad disponible en el individuo. Explicación más que suficiente para dar cuenta de ese cuadro psicopatológico aunque lo que más se recuerda es la famosa frase:

“Lo que ahora gobierna en el superyó es como un cultivo de la pulsión de muerte (...)” (Freud, 1923, p. 54)

Por otro lado, en relación a las tendencias destructivas cabe preguntarse por el estatuto pulsional que Freud pasa a adjudicarle al odio y la agresividad humanas a partir de 1920 cuando en “Pulsiones y destinos de pulsión” había rehusado darle ese estatuto. Como sabemos Freud *no fundamenta* este cambio al pasar de considerarlo un afecto narcisista a considerarlo una pulsión.¹⁸

¹⁸ Se abordará este punto en el Capítulo Pulsión de Muerte y Agresividad. A esta altura de la tesis cabe señalar simplemente que la explicación de “El yo y el ello” de que la energía propia de las mociones hostiles es libido narcisista es totalmente coherente y compatible con la explicación dada ocho años antes en “Pulsiones y destinos de pulsión” que sostenía que tanto el odio como el amor son sentimientos yoicos.

Pulsión de muerte. Sobre la tendencia a la disolución de nexos

Como se ha mencionado anteriormente, de espíritu profundamente dualista, Freud concibe esta dualidad como las anteriores: como enfrentamiento de dos tendencias antagónicas, lo que da como resultante un permanente conflicto pulsional. Sostiene respecto a esta nueva dualidad:

“Si es cierto que alguna vez la vida surgió de la materia inanimada- en una época inimaginable y de un modo irrepresentable-, tiene que haber nacido en ese momento de acuerdo con nuestra premisa, una pulsión que quisiera volver a cancelarla, reproducir el estado inorgánico. Y si ahora pasamos a discernir en esa pulsión la autodestrucción que habíamos supuesto, estamos autorizados a concebir esta última como expresión de una *pulsión de muerte* que no puede estar ausente de ningún proceso vital. Entonces las pulsiones en que nosotros creemos se nos separan en estos dos grupos: las eróticas, que quieren aglomerar cada vez más sustancia viva en unidades mayores, y las pulsiones de muerte, que contrarían ese afán y reconducen lo vivo a lo inorgánico. De la acción conjugada y contraria de ambas surgen los fenómenos de la vida, a que la muerte pone término.” (Freud, 1933, p. 99)

En “Esquema del psicoanálisis” figura de una manera ligeramente diferente:

“... nos hemos resuelto a aceptar sólo dos pulsiones básicas: *Eros* y *pulsión de destrucción*. (...) La meta de la primera es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea una ligazón {Bandung}; la meta de la otra es, al contrario, disolver nexos y así, destruir las cosas del mundo. Respecto de la pulsión de destrucción, podemos pensar que aparece como su meta última trasportar lo vivo al estado inorgánico; por eso también la llamamos *pulsión de muerte*.” (Freud, 1940, p. 146)

En función de lo expuesto puede verse que Freud introduce con fuerza dos nociones, las de ligazón y desligazón. Postula la ligazón y generación de unidades cada vez más grandes como meta de las pulsiones de vida y la desligazón y disolución de nexos como

meta de las pulsiones de muerte. La desligazón o disolución de nexos, meta característica de las pulsiones de muerte, tiende a llevar a lo vivo al estado inorgánico, eso hace que Freud las nombre de esa forma, como él mismo reconoce en la cita de 1940 mencionada. Aunque es inevitable observar que en la segunda cita el par pulsional propuesto es Eros y pulsión de destrucción. Pulsión de destrucción, pulsión menos polémica y más aceptada en la comunidad psicoanalítica.

Se puede apreciar que hasta fines de su obra Freud sigue pensando a la pulsión de muerte como tendencia de la materia viva a retornar a lo inorgánico. El carácter biológico de su postulado perdura.

El concepto de pulsión en sentido estricto y el concepto de pulsión en sentido laxo o general

Imposible no advertir el cambio que la introducción de las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte produce en la forma de conceptualizar a la pulsión. No es posible abordar en profundidad dicho tema ya que implicaría un desvío en el cumplimiento de los objetivos principales de la presente tesis, pero es importante mencionar este cambio más que notorio. Como se ha subrayado innumerables veces, “Pulsiones y destinos de pulsión” de 1915 es donde Freud se detiene con mayor dedicación y empeño a desarrollar de manera sistemática sus teorizaciones sobre el concepto de pulsión. Definición rigurosa del término, exposición detallada de sus componentes, estudio de sus diferentes destinos, Freud va definiendo exhaustivamente que entiende por pulsión. Se recordará que la definición de pulsión más reconocida de Freud de esa época es:

“(...) la ‘pulsión’ nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante [*Repräsentant*] psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1915, p. 117)

Como se recordará en ese momento de su teorización Freud describe dos grupos pulsionales: las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas antes denominadas de autoconservación. Y como sostiene Scarfone:

“A comienzos del siglo XX, Freud se quejará cada vez que se invoque una pulsión diferente para cada inclinación humana por descubrir: pulsión de alimentación, pulsión de juego, pulsión de sociabilidad, pulsión de destrucción, etcétera. Esta multiplicidad de pulsiones le parece poco rigurosa y uno de sus objetivos es sistematizar, reagrupar las pulsiones, procediendo a una ‘ulterior descomposición en vista de las fuentes pulsionales, de suerte que sólo las pulsiones primordiales, ya no susceptibles de descomposición, pudieran acreditar una significación’.” (Scarfone, 2005, p. 13)

Las palabras de Freud entrecomilladas dentro de la cita de Scarfone, ubican el criterio utilizado por Freud para delimitar que es pulsión y que no. Para él las pulsiones primordiales no son susceptibles de descomposición, es decir, no remiten a otra pulsión más elemental además de remitir a una fuente pulsional.

A partir de 1920 este concepto tan riguroso en su conceptualización pasa a ser usado en un sentido amplio. Pareciera que Freud pasa entonces a concebir la pulsión de manera general, a entenderla como sinónimo de empuje, de lo que mueve a hacer o decir determinada cosa. Como se sabe *Trieb* en alemán es un derivado del verbo *treiben* que significa empujar y en ese sentido pareciera que Freud luego de haber hecho toda una conceptualización rigurosa en torno a lo que deviniera un concepto psicoanalítico fundamental, pasa a volver a usar el término pulsión en un sentido laxo o general.

Así pasa a reunir bajo la denominación de pulsional tendencias de diferente naturaleza: lo autoconservativo, lo sexual, lo amoroso y lo hostil e, inclusive, tendencias que supone existentes en la materia viva.

Por otro lado las finas disquisiciones en torno a lo pulsional de 1915, que diferenciaban *claramente* lo pulsional de los sentimientos yoicos del amor y el odio -del orden del narcisismo- quedan atrás. Recordemos lo establecido de manera taxativa por Freud en “Pulsiones y destinos de pulsión”:

“El caso del amor y del odio cobra un interés particular por la circunstancia de que es refractario a ordenarse dentro de nuestra exposición de las pulsiones”
(Freud, 1915, p. 128)

Unos párrafos después explica las razones que lo llevaron a hacer dicha afirmación:

“De vernos precisados, podríamos decir que una pulsión “ama” al objeto al cual aspira para su satisfacción. Pero que una pulsión “odie” a un objeto nos suena bastante extraño y, caemos en la cuenta de que los vínculos de amor y de odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino que están reservados a la relación del yo-total con los suyos.” (Freud, 1915, p.131)

Como puede verse Freud fue discriminando a lo largo de su obra las diferentes dimensiones de la vida anímica que iba analizando: lo autoconservativo, lo sexual, lo yoico. Diferenciaciones que quedan desdibujadas a partir de la postulación de la segunda dualidad pulsional en donde lo pulsional termina englobando a todas estas tendencias, aún aquellas que Freud no consideraba como pulsionales, como puede verse en la cita anterior. A propósito de este punto es inevitable mencionar que resulta necesario hacer una revisión de los diferentes cuestionamientos existentes en el psicoanálisis a la adjudicación del estatuto de pulsional a algunas de las tendencias antes mencionadas.¹⁹

Y si se toma en cuenta el carácter biologicista de la dualidad propuesta por Freud, lo pulsional pasa a referirse también, a partir de 1920, a lo que promueve la conservación de la vida así como a lo que propicia la muerte del organismo, es decir, remite tanto a lo “empuja a vivir” como a lo que “empuja a morir”. *Como el mismo Freud reconoce la “especulación” sobre Eros y la pulsión de muerte, busca resolver el enigma de la vida* (1920, 1923). Si bien lo pulsional en la primer parte de la obra de Freud se desmarcaba –aunque con dificultades²⁰– del terreno de lo instintivo y lo orgánico, a partir de 1920 lo pulsional lo vuelve a incluir en su seno. No queda dudas de que la pulsión es entendida por Freud en este momento de la obra de Freud en términos figurativos, amplios y muy laxos.

Como sostiene Scarfone, si nos detenemos en la nueva definición sobre la pulsión que

¹⁹ Resultan de inestimable valor las reflexiones de J. Laplanche quien considera pulsional únicamente a lo pulsional sexual. El autor luego de preguntarse por la pertinencia de atribuir un estatuto pulsional a lo autoconservativo –hambre, sed, etc.– claramente ligado con lo instintivo entiende que no, por lo que se refiere a esta dimensión de la experiencia humana como registro vital o registro de autoconservación. Desarrolla a partir de ahí una explicación sumamente detallada de la génesis de la pulsión a partir de su apuntalamiento en las funciones vitales, es decir, la génesis del registro de la sexualidad en apoyatura al registro de lo vital.

Con respecto a lo amoroso y a lo hostil demás está mencionar los extensos desarrollos de Lacan ampliamente difundidos en nuestro medio, que parten de los desarrollos freudianos citados, y no consideran del orden de lo pulsional a lo que claramente es del orden del narcisismo. Diferenciación ésta –la del orden de lo pulsional y del orden de lo narcisista o yoico– que no pierden de vista luego autores como Laplanche y Silvia Bleichmar.

²⁰ Por las consideraciones en torno a las pulsiones de autoconservación antes mencionadas.

introduce Freud en “Más allá del principio de placer”:

“(…) en principio nos sorprenderá un cambio importante, la generalización del concepto de pulsión a todo lo vivo (Freud habla incluso de ‘pulsiones orgánicas’), y en consecuencia el nuevo marco general de las pulsiones en tanto que *principio universal* y no ya en tanto que ‘representante psíquico de los *stimuli* surgidos del interior del cuerpo’.” (Scarfone, 2005, p. 76)

Interesante esta mención ya que, como lo destacan numerosos autores y como cualquier lector atento puede apreciar, las pulsiones pasan a ser la expresión misma de los principios rectores de la vida psíquica. Por lo que se ve que Freud a partir de 1920 entiende a la pulsión no sólo en el sentido general de empuje sino también en el sentido general de tendencia. Se ahondará en este punto en el capítulo sobre Pulsión de muerte y los principios de regulación psíquica.

La apreciación planteada, de que la noción de pulsión es en la segunda dualidad pulsional freudiana laxa y general, la comparten otros autores más. Pueden citarse las palabras de A. Green:

“(…) si consideramos la última teoría pulsional y la reformulación a la que da lugar tras su nacimiento, se trata sin duda de una visión especulativa y de un agrupamiento en el nivel más general” (Green, 2001, p. 301)

En síntesis, a partir de la última reformulación de la teoría pulsional, el concepto de pulsión pasa a *referirse al mismo tiempo* a cuestiones de orden biológico tanto como de orden psíquico, a cuestiones de orden autoconservativo tanto como de orden sexual, a cuestiones de orden sexual tanto como de orden yoico y a lo que implica un trabajo constante para el psiquismo tanto como a los principios generales del funcionamiento psíquico. Inevitable que de estas consideraciones se desprenda la siguiente pregunta: ¿Puede un concepto referirse a todas esas dimensiones sin tornarse un concepto ambiguo e impreciso?

Síntesis de las principales afirmaciones freudianas sobre la pulsión de muerte y los puntos de inconsistencia de las mismas

PULSION DE MUERTE EN FREUD

- Definición: Esfuerzo de lo orgánico vivo de reconducir a lo inorgánico, a lo inanimado.

- Pretende fundamentarse en los fenómenos de la compulsión de repetición y de la agresividad humana, y el principio teórico de Nirvana

- Pretende fundamentarse y dar cuenta de la agresividad.

- Pretende fundamentarse y dar cuenta de la compulsión de repetición. Postula la existencia de una pulsión y satisfacción pulsional en juego que daría cuenta de la compulsión de repetición de lo displacentero.

- Pretende dar cuenta de numerosos fenómenos normales y patológicos (masoquismo, necesidad inconsciente de culpa, conciencia moral, repetición de situaciones displacenteras, dolorosas, traumáticas)

- La pulsión de muerte es en lo esencial muda y nunca está en estado puro, siempre está mezclada con Eros.

HIPOTESIS: PUNTOS INCONSISTENTES

- Su carácter biologicista fuera del área de competencia del psicoanálisis.

- Su carácter especulativo. No se logran evidencias de relación con ninguno de dichos puntos de posible fundamentación.

- No da cuenta de las mociones hostiles como si lo hace la libido narcisista.

- Es contradictorio con el supuesto de que la compulsión de repetición de situaciones displac. y/o traumáticas no implica una satisfacción pulsional en juego pasada o presente.

- No es necesaria para dar cuenta de los mismos. La interiorización de la agresividad y los desarrollos en torno a la compulsión de repetición sí lo hacen.

- Forma retórica que evita reconocer que no se encuentran pruebas de existencia de dicha pulsión.

CAPÍTULO 2: PULSIÓN DE MUERTE Y BIOLOGÍA

Freud inauguró un campo de conocimiento totalmente novedoso para su época y logró que el psicoanálisis creciera y se afanzara como un discurso con peso propio. Este campo de conocimiento nuevo nació de la intuición freudiana de que algunos de los trastornos psíquicos y somáticos que presentaban los pacientes de ese entonces no tenían –como se pensaba– un origen somático, sino más bien, que su origen era psíquico. Esta intuición se transformó en tesis y podemos ver en sus primeros escritos como Freud termina proponiendo una clasificación nosográfica nueva para la época, germen de lo que va a terminar siendo el campo de las neurosis tal como lo conocemos hoy. Como se sabe Freud atribuye la intervención de un mecanismo psíquico en la generación de la histeria y la neurosis obsesiva, mecanismo que no participaría en la etiología de los otros cuadros mencionados en su clasificación: la neurastenia y la neurosis de angustia. Si bien en estos escritos de fines de 1890 coexisten como etiología de las neurosis las causas de orden biológico con las de orden psíquico -ambas referidas a lo sexual- con el correr de los años esto fue cambiando.

La introducción del concepto de pulsión sexual y los desarrollos en torno a dicho concepto a partir de la publicación de “Tres ensayos de teoría sexual” (1905) implican un cambio importante en los desarrollos freudianos. Atrás van quedando las premisas neurofisiológicas y químicas que caracterizaban esos primeros textos y la teoría psicoanalítica va construyéndose cada vez más sobre conceptos psicoanalíticos. Las determinaciones de las manifestaciones psíquicas normales y patológicas pasan a ser predominantemente del orden de lo psíquico, de lo adquirido, y Freud pasa a hacer hincapié no sólo en la importancia de los acontecimientos y vivencias actuales de los individuos sino también de las primeras vivencias infantiles, que con el tiempo cobrarán cada vez más un peso mayor.

Con el correr de los años el psicoanálisis fue dejando atrás las explicaciones de orden biológico y se fue independizando claramente de esa disciplina científica. En el prólogo a la tercera edición de “Tres ensayos de teoría sexual” publicada en 1914, en respuesta a las críticas que dicho escrito fue cosechando desde su publicación, Freud escribe:

“Los Tres ensayos de teoría sexual no pueden contener más que lo que el psicoanálisis necesita suponer o permite comprobar. Por eso queda excluido que

alguna vez puedan ampliarse hasta constituir una 'teoría sexual', y es comprensible que ni siquiera tomen posición sobre muchos problemas importantes de la vida sexual. Pero no se crea que estos capítulos omitidos del gran tema fueron ignorados por el autor, o que los desdeñó por considerarlos accesorios. (...) Dondequiera se atiende a un cierto itinerario de instancias, se da prioridad a los factores accidentales, los disposicionales son dejados en el trasfondo y el desarrollo ontogenético se considera antes que el filogenético. En efecto, lo accidental desempeña el papel principal en el análisis, y este lo domina casi sin residuos. En cambio, lo disposicional sólo sale a la luz tras él, como algo despertado por el vivenciar, pero cuya apreciación rebasa con mucho el campo de trabajo del psicoanálisis. (...) Junto a su fundamental dependencia de la investigación psicoanalítica, tengo que destacar, como rasgo de este trabajo mío, su deliberada independencia respecto de la investigación biológica." (Freud, 1905, p.118)

Como se puede apreciar, toda una declaración de principios. *Freud postula la independencia del psicoanálisis con respecto a la biología y sostiene explícitamente que los desarrollos psicoanalíticos deben atenerse a su campo de investigación.* Las investigaciones que lleve a cabo y los principios que postule deben dar cuenta de los fenómenos que estudia –ni más ni menos-. Y no debe postular más de lo que pueda comprobar bajo sus métodos. Claramente una delimitación del ámbito de incumbencia del psicoanálisis con respecto a la biología, delimitación que le permitió a Freud ir construyendo un corpus teórico con una lógica propia diferente a la de otras disciplinas.

Doctrina de las pulsiones. Tensión entre el desarrollo del psicoanálisis como campo de saber independiente y la apelación a la biología

A pesar que con el correr de los años el psicoanálisis fue tomando fuerza propia y logró ir ganándose un lugar, Freud no dejó de recurrir a la biología -como a otras ciencias- para tomar ejemplos y analogías explicativas con los cuales ir construyendo el edificio conceptual psicoanalítico. Esta apelación a la biología se vio incrementada en aquellos momentos en los cuales Freud no hallaba respuestas o, al menos, no hallaba las que él pretendía. Pero ello no implicó que Freud desconociera las diferencias entre un campo

de conocimiento y el otro cuando lo hacía. En "Introducción del Narcisismo", nueve años después de la publicación de "Tres ensayos", sostendrá:

"(...) siempre me he esforzado por mantener alejado de la psicología todo lo que le es ajeno, incluido el pensamiento biológico..." (Freud, 1914, p.76)

Cabe aclarar que este reconocimiento de 1914 tiene sus razones y remite a ciertas consideraciones relativas a la teoría de las pulsiones volcadas en ese mismo texto. Estaba admitiendo que la hipótesis de unas pulsiones sexuales y unas pulsiones yoicas separadas:

"(...) descansa mínimamente en bases psicológicas, y en lo esencial tiene apoyo biológico." (Freud, 1914, p. 76)

Tal paradójica y objetable situación, no se le escapaba al mismo Freud, motivo por el cual no dejó de aclarar que estaba dispuesto a desechar esa hipótesis –que postulaba una dualidad pulsional- si el trabajo psicoanalítico encontraba un postulado diferente.

Esta tensión entre el desarrollo del psicoanálisis como ciencia independiente por un lado y la inclinación a apelar al campo de la biología por el otro se volvió a reiterar años más tarde cuando reformuló su teoría de las pulsiones. Como es evidente en "Más allá del principio de placer" la apelación a la biología retorna con fuerzas. Basta leer los capítulos V y VI para darnos cuenta como Freud se zambulle en consideraciones de orden biológico a pesar de su férrea convicción de que el psicoanálisis tiene que buscar explicaciones propias de su campo, así como otras ciencias dan respuestas pertinentes a su propia área de conocimiento. Estos capítulos están poblados de consideraciones respecto del desove de los peces, los vuelos migratorios de las aves y algunos fenómenos de embriología. Página tras página somos introducidos a un mundo distinto al del psicoanálisis, un mundo de organismos elementales, pluricelulares, de células germinales, protozoos y líquidos nutritivos. En ese mundo es donde Freud termina buscando alguna evidencia de existencia de esa pulsión de muerte que se le rehúsa a ser aislada para su estudio y que intuye es la responsable de la compulsión de repetición de lo displacentero.

Esta vez Freud vuelve a reconocer lo hecho poco después y lo hace cuando menciona que no se le escapa que la apelación a la biología torna a sus desarrollos inciertos y

cuestionables. Sostiene:

“Advirtamos bien que la incerteza de nuestra especulación se vio aumentada en alto grado por la necesidad de tomar préstamos a la ciencia biológica” (Freud, 1920, p.58)

Es en su doctrina de las pulsiones en donde se encuentra esta actitud más permeable a la biología a pesar de su férrea convicción de que el psicoanálisis es una ciencia por derecho propio. Esta particularidad ha hecho a su teoría de las pulsiones objeto de numerosas críticas y cuestionamientos, objeciones que el mismo Freud advertía como esperables.

Si Freud mismo consideraba objetable extrapolar de manera directa y sin escalas desarrollos de una ciencia a otra era porque a pesar de haber sido un investigador curioso y abierto a los desarrollos de otras disciplinas –entre ellas las artísticas- no confundía unas disciplinas con otras y si tomaba una idea o un aporte de otro campo de conocimiento lo ponía a “trabajar” dentro del marco del psicoanálisis obteniendo de esa forma en muchas ocasiones una formulación nueva y diferente.

Esta actitud de diálogo discriminado y complementario se hace patente con la formulación de las series complementarias, formulación que traza una frontera que separa y une al psicoanálisis respecto de la biología. Por ello a pesar de que esperara que los desarrollos de la medicina echaran luz sobre los desarrollos del psicoanálisis, no dejaba de sostener que de lo constitucional, de lo heredado el psicoanálisis nada podía decir, que era un campo que ajeno a su incumbencia y que su objeto de estudio se abocaba al estudio de las experiencias infantiles y de los traumatismos ulteriores, el segundo y tercer factor de las series complementarias.²¹

²¹ Ubicar la biología y el psicoanálisis como dos campos de conocimiento diferentes no implica negar la importancia de que el psicoanálisis pueda dialogar con otras ciencias, entre ellas la biología, tan sólo sitúa las diferencias que hay entre ambas disciplinas. Como sostienen O. Kenberg (2001) y H. Bleichmar entre otros autores, los desarrollos de los últimos años en neurociencias torna imprescindible que los psicoanalistas podamos estar al tanto de tan interesantes desarrollos ya que nos evita quedar atrapados en un encierro empobrecedor y reduccionista. Sin embargo, como sostiene el médico investigador del Instituto de biología celular del CONICET, Jorge Medina: “ (...) quiero enfatizar que aquellos que pretenden hacer de la Neurociencia la base de absolutamente todo, los que dicen “vamos a explicar el Psicoanálisis por la Neurociencia, por ahora no vamos a poder pero va a llegar un momento en que si se va a poder”, se olvidan que hay muchas cosas desde lo vincular y los social, que nunca van a poder ser explicadas en términos de una o dos, cinco o veinte moléculas que hay en el cerebro. En todo caso tiene que haber una especie de complementariedad de las disciplinas; se ayudan mutuamente pero no se resuelven una a la otra” (Medina, 2008, p. 1)

Pulsión de muerte ¿hipótesis psicoanalítica?

Muchos autores han hecho mención del biologicismo freudiano de esta época y han adoptado una posición crítica ante el mismo. Clara Thompson en el capítulo "Valoración de la orientación biológica de Freud" de su libro "El psicoanálisis" (1950) da cuenta de las críticas que mereciera el biologicismo freudiano por parte de ciertos sectores psicoanalíticos. Según la autora dicho biologicismo tiñe principalmente su teoría de la libido ya que la misma pone especial atención a la constitución orgánica en detrimento de la consideración de los factores ambientales, familiares y culturales que la corriente psicoanalítica culturalista rescata y valora como indispensables a la hora de pensar al sujeto humano.

Años después J. Lacan sostiene en el Seminario 2—dictado en los años 1954 y 1955— que existía en "Más allá del principio de placer" una confusión de los registros biológico y humano y en el Seminario 7 -dictado en los años 1959 y 1960- que el instinto de muerte era una noción problemática. Justamente en este último seminario se presenta y discute un trabajo de Bernfeld y Feitelberg sobre la pulsión de muerte. Ellos sostenían que una forma de pensarla era a:

“(...) nivel de los sistemas materiales considerados como inanimados, incluyendo en ellos (...) la entrada en función de una tendencia irreversible y que se ejerce en el sentido del advenimiento de un estado de equilibrio terminal (...) hablando estrictamente, lo que está articulado en la energética como entropía.” (Lacan, 1997, p.255-256)

Sobre esta forma de pensar la pulsión de muerte sostiene Lacan:

“Esto puede llamarse tendencia, pero esto no es —es un freudiano de los más ortodoxos el que se expresa de este modo— lo que, nosotros analistas, podemos designar en nuestro registro propio como la pulsión” (Lacan, 1997, p.256)

Delimitación la de Lacan sobre lo que puede ser considerado pulsión y lo que no. Aquella tendencia de la materia hacia la entropía no se corresponde con lo que en psicoanálisis se entiende por pulsión. Para Lacan se trata de que el fenómeno natural de

la tendencia a la entropía sea retomado a nivel de la persona y por ello considera que la pulsión:

“(…) debe estar más allá del retorno a lo inanimado.” (Lacan, 1997, p.256)

Más cercanos en el tiempo, Jean Laplanche (1970) (1998) (1993), Terencio Gioia (1977), Hugo Bleichmar (1986), Andrée Green (1998, 2001), Silvia Bleichmar (2009) han sido algunos de los autores que han hecho hincapié en el biologicismo de la última dualidad pulsional freudiana. Es que no caben dudas que si lo revolucionario de “Tres ensayos de teoría sexual” (1905) es que cuestiona la creencia popular de una sexualidad “normal”, instintiva, biológicamente determinada e introduce el concepto de pulsión para dar cuenta de la sexualidad humana en toda su complejidad, la última dualidad pulsional barre con esos desarrollos al volver a buscar una base de sustentación en las determinaciones biológicas tempranamente desechadas. Terencio Gioia es uno de los autores que lo señalan y sostiene a propósito de este punto:

“Me parece preferible, al referirme a esta tercera teoría, en vez del término “pulsión”, utilizar el de “instinto”, ya que las entidades de que ahora se trata adquieren las características de innatismo, predeterminación y fijeza en sus fines (...) que integran uno de los aspectos del concepto de lo instintivo.” (Gioia, 1977, p. 279)

J. Laplanche es otro de los autores que ha señalado este “extravío biologizante” –así lo denomina- de la teoría pulsional freudiana y en su libro “El extravío biologizante de la sexualidad en Freud” -en el cual se detuvo a reflexionar detenidamente dicha temática- sostiene:

“A partir del abandono por parte de Freud de la teoría de la seducción, el retorno a una concepción puramente endógena de la sexualidad era ineluctable: el instinto anclado en la filogénesis, aunque revocado inicialmente, no cesará de visitar al pensamiento freudiano. (...) Bajo el comando de Eros unificador, finalmente, se propone un retorno mítico al instinto de modo encubierto. <La pulsión de muerte> surge, seguramente, para mantener el conflicto (...) Una vez comprendida claramente su función histórica, la de una compensación en el seno

del extravío inicial, el pensamiento psicoanalítico tiene interés en deshacerse de ella” (Laplanche, 1998, p. 9-10)

Laplanche denuncia el retorno encubierto al instinto que se produce en la última dualidad propuesta por Freud, y lo hace luego de haber investigado y descrito con detalle el surgimiento del campo de lo pulsional respecto del campo de lo autoconservativo siguiendo la noción freudiana de apoyatura. Orden de lo pulsional de ahí en más no reductible al orden de las necesidades vitales, al orden de lo autoconservativo, de lo biológico. Así como Lacan, Laplanche ubica sin ambigüedades que puede ser considerado pulsión y que no. Silvia Bleichmar es otra autora que comparte esta apreciación respecto al endogenismo de la teoría pulsional freudiana en general y respecto a la pulsión de muerte en particular. Por ello la autora aclara que para ella no siempre lo último es lo más progresivo (2009).

Como se señaló en el capítulo anterior, Freud mismo reconoció que el carácter biologicista de la hipótesis de la pulsión de muerte era uno de los aspectos que la tornaba *incierta*, dudosa, problemática. Freud mismo lo reconocía ya que las argumentaciones a las cuales apeló al postularla distaban -y mucho- del campo psicoanalítico. Pero este hecho no sólo la torna incierta sino que la hace *contradictoria* con la posición freudiana antes planteada, a saber, que los desarrollos psicoanalíticos no tienen por qué referirse a más que lo que el psicoanálisis necesita suponer o permite comprobar. Es decir, contradictoria con la premisa de que los desarrollos psicoanalíticos -y las respuestas que estos brinden sobre los fenómenos de los cuales el psicoanálisis pretende dar cuenta- tienen que depender de la investigación psicoanalítica en “deliberada independencia respecto de la investigación biológica”.

La cuestión parece ser la siguiente: *¿cómo resolver este punto contradictorio que la ambivalencia freudiana respecto de la biología introduce en el corazón de la segunda dualidad pulsional?* Más específicamente, *¿cómo resolver este punto paradójico de la postulación de la pulsión de muerte, pulsión que parece ser más de un orden biológico que psíquico?* ¿Existen en la bibliografía psicoanalítica soluciones a éste, el primer punto inconsistente y contradictorio -tal vez el más importante- de la hipótesis freudiana?

Intentos de solución al biologicismo de la pulsión de muerte

Son casi inexistentes los artículos que recurran a los desarrollos de la biología para desentrañar la oscuridad que rodea a la hipótesis freudiana sobre una pulsión de muerte. Uno que merece mencionarse es “El concepto del instinto de muerte. Reflexiones críticas sobre sus fundamentos biológicos.” de Terencio Gioia. En él el autor va abordando cada afirmación de orden biológico esgrimida por Freud en “Más allá del principio de placer” a fin de dilucidar si fundamentan o no la hipótesis freudiana. Eso luego de preguntarse y responder:

“(…) ¿es lícito llamar instinto a una fuerza primordial, inanalizable, de funcionamiento constante, de origen puramente endógeno, de descarga automática y de fin unívoco y objetivo elemental, que actúa como un principio rector general para toda la materia viva, tal como Freud lo enuncia, tanto para el caso de su concepto de instinto de muerte como del de vida? ¿Existe alguna concordancia entre este concepto y el que la biología actual, la etología y la psicología comparada nos ofrecen con el mismo nombre de instinto y como hipótesis explicativa-descriptiva de ciertos rasgos de la conducta de los animales, tanto inferiores como superiores, incluyendo entre estos últimos al ser humano?

Avancemos desde ya la afirmación de que la respuesta es negativa” (Gioia, 1981, p. 588)

Luego de fundamentar como arriba a esa conclusión aborda el análisis de los fundamentos biológicos en los que Freud basa su teoría del instinto de muerte. Analiza detenidamente entre otros la homologación entre la evolución de los organismos vivos y la evolución de lo inanimado a lo animado, la causa de la muerte de los organismos vivos, los procesos anabólicos y catabólicos, y el origen y momento de aparición de la reproducción sexuada. Finaliza su artículo afirmando:

“En conclusión, y del mismo modo como ocurriera al analizar la hipótesis del instinto de muerte desde un enfoque puramente psicológico-psicoanalítico, al hacerlo desde el punto de vista biológico, dicha hipótesis aparece cargada de

contradicciones internas con los conocimientos actuales biológicos, etológicos y neurofisiológicos. Como además existe la posibilidad de encontrar explicaciones alternativas menos contradictorias para aquellos hechos de los que intenta dar cuenta, también se la puede considerar una hipótesis prescindible". (Gioia, 1981, p.596)

Otros autores que abordan los puntos polémicos de la hipótesis mencionada desde el punto de vista biológico son Juan Vives y Ruth Axelrod. Cabe aclarar que a pesar de adentrarse en estas consideraciones –entre otras- escriben al finalizar su escrito:

"(...) es importante consignar que la formulación de la hipótesis de la pulsión de muerte coincide con una regresión, en el pensamiento de Freud, a conceptos y bases de sustentación aparentemente superadas. (...) implica una suerte de re-biologización de la disciplina psicoanalítica, ya que el nuevo concepto de pulsión de muerte remite, por necesidad, a la búsqueda de la fuente somática en la que el concepto se sustenta." (Vives y Axelrod, 1998-1999, p. 383)

Puede verse como los autores a pesar de zambullirse a lo largo del artículo en consideraciones de orden biológico, no dejan de hacer –hacia el final del trabajo- una lectura respecto a la especulación freudiana y a la re-biologización que produce de la teoría psicoanalítica, al apelar Freud a "bases de sustentación aparentemente superadas". De los anteriores trabajos y de la bibliografía revisada se desprende *que la mayoría de los autores psicoanalíticos entienden que la apelación a argumentaciones biológicas no logra darle más solidez a la postulación freudiana, todo lo contrario.* Es más, los autores antes mencionados que abordan efectivamente dichas consideraciones arriban a dicha conclusión. Entonces, ¿existe alguna solución que hayan encontrado los psicoanalistas que vinieron después de Freud sobre el biologicismo de la hipótesis freudiana? ¿Qué es lo que opina la mayoría de los psicoanalistas? ¿Existe alguna posición compartida?

Ya se ha mencionado que Lacan planteó explícitamente en el seminario 7 que no debía interpretarse la pulsión de muerte freudiana como una tendencia actuante a nivel de lo biológico sino que debía entenderse como tendencia actuante en lo psíquico. Es decir retomar lo que de la hipótesis pueda ser pensado en términos psicoanalíticos. Por ello brindó en diferentes momentos de su obra diferentes interpretaciones respecto de dicha

hipótesis. Como insistencia significativa en el Seminario 2, como punto de fuga de toda realidad posible de alcanzar –lo real- en el Seminario 7 y como uno de los dos tiempos lógicos de la pulsión sexual en el Seminario 11. Tres de las tantas interpretaciones existentes sobre tan controvertida hipótesis.²²

Por su lado, Jean Laplanche, autor que se detuvo a estudiar en profundidad esta problemática, en el trabajo que presentara en el Simposio de Marsella empieza sosteniendo que el concepto de pulsión resiste las críticas que ha recibido por parte de diferentes autores y sostiene que la experiencia psicoanalítica ha mostrado:

“(...) que es sin duda en lo que concierne a la acción del ello-inconciente donde formulaciones en términos de ‘fuerzas que nos empujan’ o de ‘tercera persona’ son las más apropiadas. La existencia y el empuje del ello, nuestra pasividad respecto de él, definen las condiciones del acto psicoanalítico y marcan sus límites”. (Laplanche, 1998, p.20)

Por otro lado no considera que la pasividad respecto de la pulsión implique una concepción biologizante de la misma sino que entiende la "exigencia de trabajo" proveniente del ello como producto de la represión originaria y no como un ello heredado concebido al modo lamarckiano con la posibilidad de huellas psíquicas heredadas de experiencias arcaicas. Laplanche considera que la pulsión no existe desde los orígenes, no es un producto biológico, sino que es el efecto de la inscripción de la sexualidad materna en un sujeto. En ese sentido, y avanzando ya más específicamente sobre la hipótesis de una pulsión de muerte, el autor insiste en la necesidad de dar una lectura no biologicista de la misma. Sostiene:

"Nuestra concepción sería que la pulsión de muerte estanca y sin representación no es más que el residuo de una concepción biológica errónea. La pulsión de muerte no puede ser sino el ataque interno por objetos a la vez estimulantes y peligrosos para el yo. Pero la constitución de estos objetos-fuente, atacantes internos, es ella misma el resultado de un proceso primario de introyección que encuentra su origen en lo que nosotros llamamos la situación originaria de seducción" (Laplanche, 1998, p.30)

²² Se retomaran algunos de estos desarrollos en el capítulo: Pulsión de muerte y compulsión de repetición de lo displacentero.

Más allá de la lectura particular que el autor hace sobre la hipótesis freudiana y que enuncia en las líneas mencionadas –la pulsión de muerte concebida como sexualidad no ligada- vemos como claramente se inclina por una *concepción no biologicista y exógena de la fundación de lo pulsional*. Esto incluye –al igual que Lacan- una lectura no biologicista de la pulsión de muerte.

Hanna Segal es otra autora que menciona explícitamente su posición con respecto a esta cuestión. Sostiene:

“Freud describe el instinto de muerte como una pulsión biológica que empuja a retornar a lo inorgánico; el organismo reacciona a toda perturbación con la tentativa de recuperar el *statu quo*. Pienso que Freud destacó de manera parcialmente defensiva el aspecto biológico, lo que permite a otros, y a veces a él mismo, presentar sus ideas sobre el instinto de muerte como una especulación biológica (...) Sin embargo, no debemos olvidar que fueron consideraciones puramente clínicas sobre compulsión de repetición, masoquismo, el aspecto mortífero del superyó melancólico, etc., las que motivaron sus especulaciones. El conflicto entre el instinto de vida y el instinto de muerte podría ser formulado en términos puramente psicológicos” (Segal, 1998, p.35-36)

Justamente es lo que esta autora hace con su interpretación de la segunda dualidad pulsional freudiana en la cual la pulsión de muerte es entendida como destructividad, interpretación compartida por otros como André Green y Otto Kernberg, por mencionar algunos de los autores que acuerdan con esta lectura.

A. Green acuerda con los autores antes citados en formular la hipótesis freudiana en términos puramente psicológicos. Y propone para el debate sobre el concepto de pulsión de muerte:

“La eliminación de la discusión de una de las fuentes del pensamiento freudiano. La reflexión sobre los fenómenos culturales y la especulación metabiológica no entran ya en cuenta en el debate (...)”. (Green, 1989, p.67)

Unos años después, luego de destacar el predominio especulativo en la argumentación freudiana sobre la pulsión de muerte -pulsión que como se ha situado es postulada por Freud como tendencia de los seres vivos a retornar al estado inorgánico- Green sostiene:

“Forzoso es concluir que, en este nivel del debate, el biologicismo mítico de Freud domina enteramente la argumentación. (...) Si insistimos en recordar la situación epistemológica de la pulsión, concepto límite entre lo somático y lo psíquico, vemos que aquí dicho concepto fue a caer del lado de lo somático, condenado a morir.” (Green, 2001, p.292-293)

Eero Rechartt es otro psicoanalista que considera pensar la hipótesis freudiana haciendo a un lado lo biológico. Resulta interesante lo que sostiene respecto de este punto:

“La cuestión que atañe a las dimensiones biológicas de la pulsión de muerte trasciende al psicoanálisis. Para este, se trata de una cuestión metafísica que no podría ser resuelta en el marco de sus métodos.” (Rechartt, 1998, p.53)

Es por ello que el autor considera que las especulaciones naturalistas de Freud deben ser tomadas como un modelo, como un andamio que le permitió construir su modelo teórico psicoanalítico, andamio que es necesario desmontar, apartar, dejando lo biológico de lado para conservar lo que Freud pudo construir a partir de estas extrapolaciones. A partir de ello Rechartt interpreta que si se hacen a un lado las especulaciones de orden biológico la hipótesis freudiana debe ser entendida como principio de funcionamiento psíquico tendiente a la búsqueda de paz y evitación de lo perturbante.

Como puede apreciarse los autores anteriormente mencionados –J. Lacan, J. Laplanche, H. Segal, A. Green, E. Rechartt- y muchos otros que no han sido citados pero que acuerdan con ellos –J. Szpilka por mencionar uno- han propuesto *resolver el “extravío biologizante” freudiano deslindando de la hipótesis mencionada aquello que es del orden de lo biológico para, a partir de allí, entenderla en términos exclusivamente psicoanalíticos.*

Análisis de la “solución” hallada al biologicismo de la hipótesis freudiana

Como puede comprobarse existe *consenso* con respecto a la “solución” hallada respecto del biologicismo de la hipótesis de la pulsión de muerte, que -como se ha situado- es

una de las principales inconsistencias de la hipótesis freudiana. ¿Pero que implica dicha solución, dicha propuesta? Si se hace un deslinde entre lo biológico y lo propiamente psicoanalítico y se conserva de la hipótesis freudiana únicamente lo que le incumbe al psicoanálisis como campo de conocimiento ¿qué queda de dicha hipótesis? Si –como propone Rehardt- se desarma el andamio biologicista que construyó Freud y que le permitió armar o, mejor dicho, reformular su teoría, ¿qué resta de la hipótesis propuesta por Freud?

Como se ha señalado Freud entendía la pulsión de muerte como *el empuje, el esfuerzo de lo orgánico vivo, de la materia viva a reproducir un estado anterior, a retornar a lo inorgánico, a la muerte*. Pulsión de muerte que junto a la pulsión de vida conformaban para Freud una *hipótesis dualista que daba cuenta del enigma de la vida, a través de conjeturas acerca del origen y la meta de la vida*.

Entonces ¿es una solución plausible la sugerida por estos autores? Si se relea la conceptualización freudiana no puede menos que reconocerse que es una hipótesis pensada por Freud enteramente en términos biológicos, cuando la introduce (1920), en los años posteriores (1923) (1924) (1933), así como hacia el final de su obra (1940) -como se ha visto en la cita extraída de “Esquema del psicoanálisis”-. *Freud es explícito cada vez que se refiere a la pulsión de muerte y lo repite una y otra vez a lo largo de los años: la concibe como tendencia de la materia viva a retornar a lo inorgánico*. Hugo Bleichmar sostiene respecto de esta cuestión:

“Por más intentos que se hayan hecho en los últimos años por desbiologizar a la pulsión de muerte –y creemos que es en su intención en donde radica el indudable mérito de tales empresas-, es en la biología donde, sin embargo, continúa anclada, y donde la ubicó Freud, ya que por algo creyó verla en acción hasta en la célula misma.” (Bleichmar, 1986, p.39)

Si se analiza seriamente la propuesta de desbiologizar la pulsión de muerte, de la relectura de las afirmaciones referidas a la hipótesis de la pulsión de muerte se desprende que es una tarea imposible y no se puede menos que acordar con H. Bleichmar ya que como dice el autor allí es donde Freud la ubicó como tendencia actuante. Cualquier lectura distinta, sobre todo si se la piensa en términos puramente psicoanalíticos, implica sostener otra cosa de la que postulaba Freud.

Justamente por ser una hipótesis pensada exclusivamente en términos “biológicos” es

que en la bibliografía existe una gran variedad de “interpretaciones” o formas de leer desde el psicoanálisis dicha hipótesis, interpretaciones muchas veces contrapuestas entre sí. Por ello la polémica en torno a como interpretar dicha hipótesis, por ello la dificultad de lograr el consenso ya que *cada autor brinda una interpretación psicoanalítica posible de la pulsión de muerte, lectura que no fue la que explicitó Freud*. Por ello ocurre que muchas veces las lecturas propuestas son contrapuestas entre sí, como torna evidente la polémica que gira en torno a la posibilidad de pensar la pulsión de muerte como agresividad por dar un ejemplo. Algunos autores acuerdan en pensarla de esa forma y otros discrepan totalmente ya que consideran que eso implicaría darle un contenido particular a lo que Freud entendió como un principio de funcionamiento psíquico. En otras ocasiones las lecturas propuestas llegan a ser contrarias *a lo que el mismo Freud sostuvo*. Por ejemplo, dos lecturas que claramente discrepan con lo que Freud entendía por pulsión de muerte son las de J. Laplanche y E. Rechart, ya que la primera propone interpretar la pulsión de muerte como pulsión sexual y la segunda como principio de placer, cosa que Freud no proponía.²³

Pero la mayoría de las lecturas propuestas no son caprichosas. Se puede apreciar que la mayoría de estas formas de entender la hipótesis freudiana “hace pie” *en alguno* de los puntos en los cuales Freud intentó fundamentar su hipótesis. La pulsión de muerte entendida como lo sexual no ligado, interpretación de J. Laplanche que retoma los desarrollos de J. Lacan, hace pie en la compulsión de repetición de lo no ligado, uno de los dos fenómenos clínicos en los cuales Freud pretendía fundamentar la pulsión de muerte –aunque avanza sobre lo no ligado placentero en la lectura freudiana-. La pulsión de muerte entendida como destructividad, interpretación de H. Segal y de A. Green, es una interpretación muy extendida en psicoanálisis y se apoya en el otro

²³ Interpretar a la pulsión de muerte como pulsión sexual desligada –en su faz no ligada al objeto de amor– como propone Laplanche (1973) (1998) claramente es entenderla de modo contrario a como la pensaba Freud ya que para él la pulsión de muerte era una pulsión que *se oponía* a las pulsiones de vida de las cuales las pulsiones sexuales formaban parte. *Para Freud la pulsión de muerte viene a contrapesar el poder de lo sexual* –esté en estado no ligado, esté en estado ligado o dicho en otros términos, se trate de libido sexual o de libido desexualizada o narcisista-. Pulsión de muerte y pulsión sexual *no son equivalentes* para Freud, son pulsiones opuestas.

Otra forma de interpretarla de manera opuesta a lo que Freud postulaba es la de E. Rechart ya que este autor propone interpretarla como un principio de funcionamiento psíquico, es decir, como deseo de paz y de eliminación de lo que pudiera ser perturbante. Esta lectura –que se retomará en el capítulo Pulsión de muerte y principios del funcionamiento psíquico– propone, aunque con otro léxico, entenderla como Principio de placer, principio que Freud había postulado tendía a la búsqueda de placer y a la evitación del displacer. Interpretar la pulsión de muerte como principio de placer es pensarla de modo opuesto a como la entendía Freud, ya que “Más allá del principio de placer” es escrito para dar cuenta de un modo de funcionamiento psíquico sino opuesto, *diferente* al del principio de placer. Pulsión de muerte y principio de placer no son equivalentes para Freud, todo lo contrario, son hipótesis diferentes sobre el funcionamiento psíquico.

fenómeno clínico en el cual Freud pretendía fundamentar su hipótesis: el fenómeno del odio y la destructividad humana, es decir, en el fenómeno de la agresividad. La pulsión de muerte entendida como deseo de paz y tendencia a evitar lo perturbante, interpretación de E. Reichardt que retoma algunas ideas de F. Dolto toma como línea fundamental para su interpretación la tercera vía de fundamentación que Freud imaginó para su hipótesis: el principio de Nirvana.

Cada una de estas propuestas subraya la importancia de *alguna* de estas dimensiones a la hora de interpretar la hipótesis freudiana en detrimento de las otras. Justamente éste es el origen de la polémica en torno a cómo interpretar la hipótesis freudiana a la cual se agregan otras interpretaciones –como las de Lacan- que no aluden directamente a ninguna de las tres vías de fundamentación que Freud imaginó para su hipótesis.

Una vez situada esta cuestión cabe la siguiente consideración. Uno puede hacer una lectura de los desarrollos posteriores a 1920 y de como vienen a reformular la teoría psicoanalítica hasta entonces construida por Freud, dotándola de un nuevo equilibrio y, a partir de esa lectura, hacer hincapié en un aspecto u otro de la teoría que se considere pasa a tener un lugar de mayor jerarquía. Por ejemplo, señalar el lugar de importancia que pasa a tener en los desarrollos freudianos la dimensión de la agresividad y destructividad humana. Muchos autores lo hacen con sobradas justificaciones. Pero entender la pulsión de muerte como agresividad –por seguir con el ejemplo citado- ¿no implica tomar como equivalentes lo que son claramente dos *desarrollos de diferente nivel de teorización*? Como se ha visto en el capítulo 1, en “Más allá del principio de placer” Freud fue explícito en su intento de fundamentación de la hipótesis de la pulsión de muerte. Compartió con sus lectores su deseo y su intento de fundamentar dicha hipótesis en la compulsión de repetición de lo displacentero, en la destructividad y agresividad humana y en el principio de nirvana. *Sin lugar a dudas para Freud estos puntos de posible fundamentación no se confundían con la hipótesis propuesta, los consideraba de un nivel diferente.* Volcándolo en un cuadro:

Hipótesis de máximo nivel de abstracción

Pulsión de muerte

Posibles bases de fundamentación

Clínica		Teórica
Agresividad	Compulsión de repetición de lo	Principio de Nirvana y
Odio	displacentero, de lo traumático, de lo	otros principios de funciona-
Sadismo	que se encuentra en estado no ligado.	miento psíquico.
Destructividad		

Para Freud la pulsión de muerte, hipótesis de máximo nivel de especulación, surgió como un intento de explicar un fenómeno clínico, la compulsión de repetición de lo displacentero –fenómeno observable de nivel de abstracción 0-. Es una hipótesis que pretendió dar cuenta sobre dicho fenómeno, explicación distinta a la desarrollada en los primeros capítulos de “Más allá del principio de placer” que referían a la necesidad de tramitación de lo traumático. No se debe confundir fenómeno clínico con explicación, son dos niveles de teorización distintos. Freud no lo hacía. Para Freud pulsión de muerte y compulsión de repetición de lo displacentero no eran equivalentes. Lo mismo vale para el otro fenómeno clínico en el que intentó fundamentar su hipótesis, es decir, la agresividad humana. Freud no confundía fenómeno clínico con hipótesis explicativa, es más, reconoció no hallar evidencias de relación entre dichos fenómenos clínicos y la hipótesis propuesta. Para Freud agresividad o destructividad humana y pulsión de muerte tampoco eran equivalentes. No se debe perder de vista la distancia –enorme- que hay entre estos fenómenos clínicos y la hipótesis de máximo nivel de generalidad –al decir de Freud- de la pulsión de muerte. El principio de Nirvana sería una base pretendida de sustentación, esta sí, de un importante nivel de abstracción, pero que de igual modo no era equivalente a la pulsión propuesta por Freud. Ambos constructos teóricos eran definidos de diferente manera por Freud, no se confundían entre sí. La pulsión de muerte era entendida por Freud como tendencia de la materia viva a retornar a lo inorgánico, tendencia que habitaba en todo ser vivo y que empujaba a la muerte, y

como a Freud no se le escapaba lo lejana que estaba dicha hipótesis del campo psicoanalítico, se esforzó de buscar una base de sustentación en lo que sí claramente era el campo de incumbencia clínica y teórica del psicoanálisis.

Retomando el análisis de la “solución” propuesta por tantos autores con respecto al biologicismo de la hipótesis freudiana, queda claro que lo que la mayoría de los autores hacen es conservar la nominación de la hipótesis freudiana –aunque como se verá es algo que hacen a medias ya que luego les incomodará conservarla-, descartar en su totalidad como fue formulada por Freud, y darla como equivalente a alguna de las bases de sustentación que pretendía Freud para ella –desconociendo que para Freud no eran equivalentes-. Esto lleva a que muchos noten lo que Rafael Cruz Roche dice claramente:

“Ocurre una cierta paradoja con el concepto de Pulsión de Muerte, respecto al que los desarrollos más actuales del mismo han ido cambiando sutilmente su significado, hasta tal extremo que podemos decir que en la mayoría de las concepciones, **la Pulsión de Muerte ni es Pulsión, ni es de Muerte.** Ni cumple las condiciones clásicas que Freud expone en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), ni el resultado ni presumiblemente el origen de esos movimientos que hoy se tienden a explicar por una Pulsión de Muerte, tienen mucho que ver con la muerte como tal.” (Cruz, Roche, 2006, p.64)

Se puede dar un paso más y sostener que cada una de estas propuestas más que proponer una solución al biologicismo de la hipótesis freudiana, descartan de hecho dicha hipótesis –aunque no lo reconocen abiertamente- y proponen en su lugar algo distinto a lo que Freud postulaba.²⁴

Para finalizar

En síntesis, luego de hacer una exhaustiva revisión bibliográfica se puede concluir que existe un amplio consenso en la comunidad psicoanalítica en entender que el psicoanálisis tiene que dar respuestas de orden psíquico a los fenómenos que estudia. Eso implica –aunque muchas veces no se lo reconoce explícitamente- que *la hipótesis*

²⁴ Cabe aclarar que –como se verá- algunos de los autores mencionados reconocerán de manera más o menos explícita luego de presentadas sus propuestas que no conservan la hipótesis freudiana tal como la formulaba Freud. Por dar un ejemplo, J. Laplanche reconocerá que su manera de entender la última dualidad pulsional freudiana prescinde de hecho de la pulsión de muerte.

de la pulsión de muerte formulada por Freud²⁵ no es una hipótesis factible de ser sostenida desde el psicoanálisis ya que es una hipótesis formulada íntegramente en términos biológicos, o -como muchos sostienen- en términos metabiológicos y metafísicos.

Pretender otorgarle a la hipótesis freudiana una interpretación, una significación, que no es la que le otorgara Freud, apelando a considerarla equivalente a alguna de las dimensiones en las que Freud pretendía fundamentarla, es desconocer que *para Freud* la hipótesis referida a la existencia de una hipotética pulsión de muerte no se confundía con ninguna de esas dimensiones.

Por otro lado cabe mencionar que reconocer que la hipótesis de la pulsión de muerte propuesta por Freud no es una hipótesis factible de ser sostenida por el psicoanálisis, al contrario de lo que muchas veces se sostiene, no implica desconocer la dimensión de la compulsión en el hombre a repetir lo displacentero o que en el hombre habitan deseos agresivos y para con él y su entorno, o los desconocer los desarrollos freudianos referidos al funcionamiento del aparato psíquico. Y ello por lo que se ha situado anteriormente: la pulsión de muerte no ha de confundirse con las posibles bases de fundamentación que Freud imaginó para dicha hipótesis, bases de sustentación elegidas por Freud justamente por ser ampliamente aceptadas por la comunidad psicoanalítica como pertenecientes a *la clínica y la teoría psicoanalítica*. Reconocer la inconsistencia de la hipótesis freudiana implica simplemente reconocer cuan alejada está del corpus psicoanalítico y de la clínica de la cual pretende dar cuenta. Por otro lado cuestiona y conmueve la *creencia* sin fundamentos que esgrimen quienes la defienden de que es una hipótesis que explique los fenómenos clínicos en los que pretende fundamentarse –es decir compulsión de repetición de lo displacentero y agresividad-.²⁶ Como sostiene Hugo Bleichmar:

“Las explicaciones finalistas globales corresponden a estados primitivos en el desarrollo del conocimiento hasta que los estudios en términos de procesos, de encadenamiento de pasos discernibles en su particularidad y en las razones de su articulación las hacen innecesarias. La metafísica precede siempre a la ciencia.

²⁵ Se recordará que el objeto de estudio de la presente tesis es la pulsión de muerte *freudiana*.

²⁶ Algunas consideraciones respecto de este punto ya se han mencionado en el capítulo anterior y se retomarán en los dos siguientes.

A nuestro juicio, cuando en psicoanálisis se apela al concepto de pulsión de muerte como principio explicativo ello es indicio que para el problema que se la convoca aún no se ha encontrado una solución científica. Así paso con la biología: cuando la ciencia pudo dar cuenta con un cierto detalle de algunos de los pasos que siguen los procesos biológicos fue capaz de prescindir del vitalismo que se formulaba ya claramente en Aristóteles o del dualismo hipostasiante que desde Zarathustra impregnaba todo el pensamiento oriental y occidental, uno de cuyos exponentes era ya desde esos tiempos la presunta lucha entre los principios metafísicos de la vida y la muerte.” (Bleichmar, 1986, p.254)

Reconocer la inconsistencia de la hipótesis de la pulsión de muerte, inconsistencia que pareciera mantenerse a pesar del correr de las décadas, no implica más que relanzar la búsqueda de respuestas allí donde las que hay no responden. De cualquier modo resulta pertinente investigar si se han podido establecer las relaciones que Freud suponía existían entre dicha hipótesis y sus posibles bases de sustentación a fin de poder arribar a una conclusión respecto del objeto de estudio de la presente tesis.

CAPITULO 3: PULSIÓN DE MUERTE Y COMPULSIÓN DE REPETICIÓN DE LO DISPLACENTERO

Como se ha señalado en el capítulo 1, Freud descubre hacia 1920 que no se repite únicamente lo placentero sino que *también* se repite aquello que causa displacer. Dicho descubrimiento que hace público en “Más allá del principio de placer” lo lleva a reformular parte de su teoría de la libido. Hasta 1920 Freud había sostenido que toda actividad psíquica se hallaba regulada por *la evitación del displacer y la búsqueda del placer*, placer que según postulaba el psicoanálisis remitía fundamentalmente a un placer sexual, es decir, a la satisfacción de las pulsiones sexuales. Satisfacción que muchas veces no era evidente ya que en numerosas ocasiones causaba displacer a las “instancias superiores” y forzaba un trabajo defensivo respecto a estas tendencias intolerables e incompatibles con el yo. Hasta 1920 toda conducta, síntoma, sueño, transferencia, etc. era interpretado desde esa lectura y todo displacer era entendido como placer que no podía ser sentido como tal.

En “Más allá del principio de placer” Freud reconoce un límite al principio de placer al sostener que junto a la tendencia a repetir lo placentero existe en el hombre una tendencia a repetir lo displacentero. Y si de la primera mucho se sabía –todos los desarrollos de Freud hasta ese momento habían contribuido a explicar dicho empuje- la compulsión de repetición de lo displacentero resultaba enigmática. ¿Por qué se tendería a repetir justamente aquello que causó dolor, aquello que traumatizó? ¿Cuál sería la razón de repetir lo displacentero? Los desarrollos freudianos habían dado cuenta largamente de cómo los humanos nos vemos empujados a repetir vivencias de satisfacción pulsional pasadas a pesar del desagrado, repugnancia y horror que puedan causar al yo, que de dichas tendencias pulsionales poco o nada quiere saber. Justamente por ello su estatuto inconciente. Dicho empuje no le resultaba para nada extraño a Freud, lo que resultaba inentendible, extraño, paradójico, era que alguien se vea compelido a repetir una vivencia dolorosa de *ninguna manera* ligada a un placer pulsional pasado o actual.

Uno es testigo en “Más allá del principio de placer” de cómo Freud va esbozando una explicación plausible a tan extraña compulsión. Esta explicación que presenta en los capítulos tres y cuatro da cuenta de las condiciones de aparición de la compulsión de repetición de lo displacentero, la función que tiene en el aparato psíquico y su relación

con el principio de placer.²⁷ Compulsión a repetir lo displacentero que para nada es patrimonio exclusivo de las neurosis traumáticas, aunque sea en este cuadro clínico en donde pueda apreciarse con mayor claridad dicho fenómeno. No hay que olvidar que Freud lee la compulsión de repetición de lo displacentero en muchas otras situaciones clínicas por fuera de ese cuadro psicopatológico y entiende que se halla presente en ciertos tipos de juegos como también en muchos sueños y conductas transferenciales. Freud descubre lo que cualquier analista hoy puede constatar en su consultorio: los analizantes repiten y hacen actuales no sólo aquellas vivencias que le causaron placer sino también aquellas vivencias que le causaron pena y dolor, que dejaron marcas, cicatrices, heridas narcisistas. Y en tanto difícilmente algún mortal haya estado exento de padecer alguna vivencia dolorosa y/o traumática en algún momento de su vida se entiende que Freud le haya otorgado a los desarrollos relativos a estos fenómenos clínicos que enuncia en “Más allá del principio de placer” el nivel de importancia y trascendencia que le dio.²⁸

Luego de compartir con el lector estos desarrollos, Freud postula la hipótesis de la pulsión de muerte, hipótesis sumamente especulativa que Freud se dio el gusto de postular a la que luego buscó dar fundamento, justamente por lo lejana que estaba de cualquier evidencia clínica, incluida cualquier evidencia clínica referida a la compulsión de repetición de lo displacentero. Como señala Ricoeur:

“(...) plantea ciertos problemas el encadenamiento de los diversos representantes de la pulsión de muerte.” (Ricoeur, 1970, p.242)

El autor señala lo que muchos otros autores han remarcado, es decir, la dificultad que existe de encadenar, de relacionar la hipótesis de la pulsión de muerte con sus *supuestos*

²⁷ Como se ha situado en el capítulo 1 Freud pasa a sostener (1) que la compulsión de repetición de lo displacentero aparece cuando existen estímulos que desbordan la capacidad de tramitación del aparato psíquico, (2) que la función que le corresponde a la compulsión de repetición de lo displacentero es justamente la de conducir a la tramitación de dichos estímulos, (3) que es una función *diferente e independiente* a la función de buscar el placer y evitar el displacer representada por el principio de placer. Además la concibe no sólo como más *originaria y elemental* sino también como *necesaria* para que la vida psíquica pueda ser regulada por el principio de placer. *Sólo la tramitación de lo displacentero, doloroso y/o traumático permite que la vida psíquica sea regida por la búsqueda del placer y la evitación del displacer.*

²⁸ Muchas veces tiende a circunscribirse la importancia de estos desarrollos al ámbito de las neurosis traumáticas y perderla de vista para entender el resto de la clínica psicoanalítica. Resulta interesante la apreciación de Silvia Bleichmar volcada en la conferencia “La pulsión de muerte” respecto a las posibles lecturas que se pueden hacer de estos desarrollos freudianos, ya que según la autora a partir de estos desarrollos uno puede limitarse a tener una teoría de las neurosis traumáticas o, en cambio, pasar a tener una teoría traumática de las neurosis. (Bleichmar, 2009)

representantes, con las *supuestas* manifestaciones de la pulsión de muerte.²⁹ Nada que Freud no haya reconocido explícitamente como puede comprobarse en “Más allá del principio de placer”. Sigue Ricoeur:

“Pero lo más notable es que a Freud no le haya importado primordialmente la conexión entre esta pulsión y sus representantes. *Más allá del principio de placer* es el menos hermenéutico y el más especulativo de los trabajos de Freud; quiero decir que es enorme en este libro la parte hipotética, el número de construcciones “para ver adónde llevan”, llevadas a sus últimas consecuencias. No se comienza, pues, descifrando la pulsión de muerte en sus representantes, sino planteándola al nivel de hipótesis o “premisas especulativas” referentes al funcionamiento y regulación de los procesos psíquicos. Sólo en un segundo paso se reconoce y descifra esa pulsión en un determinado número de fenómenos clínicos; y más tarde, como tercer paso, se la reconoce y descifra como destructividad, tanto en el plano individual como en el histórico y cultural. Hay, pues, un exceso de hipótesis en comparación con sus fragmentarias y parciales verificaciones, que conviene no perder de vista.” (Ricoeur, 1970, p.242)

Resulta interesante situar con respecto a la hipótesis de la pulsión de muerte lo que señala claramente Ricoeur, es decir, que Freud parte postulando una premisa especulativa y en un segundo momento *intenta* reconocer y descifrar el accionar de esa *supuesta* pulsión en diferentes hechos clínicos, la compulsión de repetición al principio y luego con mayor asiduidad en el fenómeno de la destructividad humana. Habitualmente el recorrido freudiano es inverso, parte de la clínica y va teorizando para dar cuenta de ella a partir de un razonamiento inductivo³⁰ con lo que sus desarrollos van adquiriendo un nivel de explicación mayor.

²⁹ Resulta importante subrayar el *carácter condicional* de las manifestaciones –o los representantes- de la pulsión de muerte para no perder de vista el *carácter hipotético* de la hipótesis ni el *carácter potencial* de las relaciones que *tendría* la pulsión de muerte con los fenómenos clínicos señalados por Freud. Muchos autores lo olvidan y con ello transforman una posibilidad y un hecho: “las manifestaciones de la pulsión de muerte son...”.

³⁰ Un razonamiento inductivo se caracteriza porque existe una relación de probabilidad entre las premisas y la conclusión. Este tipo de razonamiento parte de afirmar una o más características para algunas cosas para luego concluir dichas características para la totalidad de la clase. Es decir, una modalidad del razonamiento no deductivo consiste en obtener conclusiones generales a partir de premisas que contienen datos particulares. “Introducción a la lógica” de Irvin M. Coppi (1969)

Por ello es pertinente la advertencia de Ricoeur de que la postulación de la pulsión de muerte contiene “un exceso de hipótesis en comparación con sus *fragmentarias y parciales verificaciones*”, particularidad que como sostiene dicho autor “conviene no perder de vista.” Ya se ha señalado en el primer capítulo que Freud no logró relacionar su especulación con los dos fenómenos clínicos que supuso podrían servirle de fundamento.

Por otro lado, junto a la *incerteza* –al decir de Freud- de esta hipótesis se encuentra la *paradoja* de pretender dar cuenta con ella, es decir, con la creación de una nueva pulsión -que por tanto busca su satisfacción- de un fenómeno clínico que Freud mismo reconoce no remitir a satisfacción pulsional alguna, actual o pasada. En “Más allá del principio de placer” Freud brinda para el fenómeno de la compulsión de repetición de lo displacentero, *dos explicaciones contradictorias entre sí*: la primera consiste en entender dicha compulsión como la repetición de vivencias displacenteras, dolorosas, y/o traumáticas que buscan su tramitación en el aparato psíquico a pesar del displacer que puedan generar, repetición que Freud aclara no remite a ninguna satisfacción pulsional pasada o actual y la segunda consiste en entenderla como una pulsión que busca su satisfacción.

Como puede apreciarse resulta contradictorio sostener *al mismo* tiempo las dos explicaciones, es decir, que la compulsión de repetición de vivencias dolorosas y/o traumáticas:

- 1) no remite a ningún tipo de satisfacción pulsional
- 2) remite a una satisfacción pulsional.

Resulta necesario dilucidar este punto contradictorio de la teoría psicoanalítica. ¿Cuál de las dos explicaciones da cuenta del fenómeno de la compulsión de repetición de lo displacentero? Si bien no existen objeciones contra la primera explicación, no sucede lo mismo con la segunda, objeto de estudio de la presente tesis.

Aclaradas estas cuestiones preliminares, resta rastrear si se han logrado establecer relaciones entre la compulsión de repetición de lo displacentero y la pulsión de muerte, lo que contribuiría a fundamentar dicha hipótesis. Antes de hacerlo se analizará en el primer apartado las relaciones que algunos autores han establecido entre lo sexual - *que para Freud indudablemente remitía a la compulsión a la repetición de lo placentero-* y

la pulsión de muerte, desarrollos que algunos autores consideran ayudan a fundamentar la hipótesis freudiana. Como se verá, esta opinión es totalmente cuestionable.

La sexualidad ¿pulsión de muerte?

En el Seminario 11 dictado en el año 1964 Lacan sostiene que:

“La distinción entre pulsión de vida y pulsión de muerte es válida en la medida en que manifiesta dos aspectos de la pulsión. Pero con una condición –la de concebir que todas las pulsiones sexuales se articulan a nivel de las significaciones en el inconsciente, por cuanto hacen surgir a la muerte– la muerte como significante y sólo como significante, pues ¿cabe decir que haya un ser-para-la-muerte? (Lacan, 1995, p.265)

Para Lacan había una sola pulsión, la sexual, que tenía por otro lado el carácter de parcial. Y si la pulsión sexual parcial podía pensarse siendo “intrínsecamente” pulsión de muerte era porque representaba una porción de muerte en el ser viviente sexuado. Eso en tanto pensaba que:

“Hay una falta real que es lo que pierde el ser humano por advenir ser viviente y por reproducirse por vía sexuada.” (Lacan, 1995, p.213)

Como puede apreciarse con la lectura del seminario 11, Lacan ubica en el ámbito de lo pulsional, de la pulsión sexual, lo que entiende puede estar referido a la muerte. Postula que de la muerte puede haber en la pulsión sexual.³¹ Lacan no entiende que pueda haber “pulsión de muerte” por fuera de la pulsión sexual. Aunque claro, no es lo que Freud

³¹ Lacan había dado anteriormente dos lecturas posibles de la pulsión de muerte freudiana. En el Seminario 2 (1954-1955) Lacan *estableció una relación* entre la noción freudiana de instinto de muerte y lo que él denominara insistencia simbólica en tanto ubicara el registro de *lo simbólico* como un más allá de la referencia humana. En el Seminario 7 (1959-1960) el *más allá* pasa a ser *lo real* y, en ese sentido, pasa a entender el instinto de muerte freudiano como el *punto de fuga de toda realidad posible de alcanzar*. Estas interpretaciones brindan dos lecturas posibles de la pulsión de muerte en tanto “más allá”. La primera recoge lo que para Lacan era el más allá en el Seminario 2 y la segunda lo que pasó a constituirse en su obra como un más allá a la altura del Seminario 7. *Ambas interpretaciones remiten a la repetición –concepto psicoanalítico central para Lacan– en sus vertientes simbólica y real*. En el seminario 11 aporta una nueva interpretación posible en donde la dualidad pulsional propuesta por Freud es pensada como dos tiempos lógicos de *una misma pulsión*.

planteaba... Pero Lacan ya había aclarado su posición respecto de la hipótesis freudiana unos años antes, en el Seminario 7 dictado en los años 1959-1960:

“No es que la pulsión de muerte que Freud nos aporta sea una noción científicamente injustificable, sino que ella es del mismo orden que el sistema del papa Pío VI. Como en Sade, la noción de pulsión de muerte es una sublimación creacionista, vinculada con ese elemento estructural que hace que, desde el momento en que tenemos que vérnosla en el mundo con cualquier cosa que se presenta bajo la forma de la cadena significativa, hay en algún lado, pero ciertamente fuera del mundo de la naturaleza, el más allá de esa cadena, el *ex nihilo* sobre la que se funda y se articula como tal.” (Lacan, 1997, p.257)

Siguiendo las enseñanzas de Freud sobre la negación se puede leer en la primera frase de la cita que para Lacan la especulación freudiana referida a la pulsión de muerte *es* una noción científicamente injustificable. Pero Lacan dice más y entiende la pulsión de muerte como una sublimación creacionista, es decir, como una creación simbólica para dar cuenta de un real, de un agujero en el saber, de un no saber freudiano, sobre el cual Freud avanza. No saber sobre el que –se podría agregar– es necesario volver. Sigue Lacan:

“No les estoy diciendo que la noción de pulsión de muerte en Freud no sea en sí algo muy sospechoso –tan sospechoso, y diría casi tan irrisorio, como la idea de Sade (...) Esto es incluso doblemente sospechoso porque se reduce a fin de cuentas –y así leemos *Más allá del principio del placer*– a sustituir a la Naturaleza por un sujeto. (...) Tampoco digo que en ese punto de especulación las cosas siquiera tengan todavía un sentido. Quiero decir sencillamente que la pulsión de muerte en Freud no es ni verdadera ni falsa. Es sospechosa (...) (Lacan, 1997, 257)

Como puede verse Lacan no considera la especulación de la pulsión de muerte una hipótesis sostenible, aunque –como muchos– prefiere abstenerse de decir que es científicamente injustificable, es decir, carente de cualquier tipo de justificación. Pero a buen entendedor pocas palabras... Lacan lo termina diciendo. Además de decir que es sumamente sospechosa y hasta irrisoria. Eso no quita que Lacan haya repensado la

Pulsión de muerte y compulsión de repetición de lo displacentero

postulación freudiana de la pulsión de muerte y la haya puesto a trabajar generando con ello nuevos desarrollos –sobre lo simbólico, sobre lo real, sobre la falta, etc.- teorizaciones diferentes de las que Freud postulara. Como sostiene I. Vegh (1998) el último dualismo pulsional freudiano no es superponible a la tríada lacaniana de los tres registros, tríada a la cual Lacan fue relacionando la idea de diferentes modos. Vegh señala asimismo algo que es importante no perder de vista: que tampoco se pueden homologar muerte y pulsión de muerte ya que ambos no son términos equivalentes. Lacan no los homologaba, por ello en el Seminario 23 sostiene respecto de la especulación freudiana que Freud hizo de la muerte un *trieb*. Leonardo Peskin sitúa incluso que ni siquiera las diferentes muertes pensadas por Lacan a lo largo de su obra son la misma cosa. La razón por la cual es importante señalar estas cuestiones es porque no se tiene que perder de vista que con la noción de muerte se pueden generar muchos desarrollos interesantes, pero ello no implica la fundamentación de la hipótesis freudiana. (Peskin, 1991)

Por otro lado, como se ha mencionado, *la opinión de Lacan respecto a la hipótesis freudiana es bastante clara: hay una sola pulsión, la pulsión sexual. Para Lacan no hay evidencias de la existencia de otro tipo de pulsión además de la sexual.* No existen desarrollos en la obra lacaniana que aporten fundamento para sostener una pulsión de diferente naturaleza que la sexual como lo pretendía Freud.

Como se ha mencionado anteriormente, Jean Laplanche es otro de los autores que se ha dedicado a reflexionar con particular detenimiento sobre la temática relativa a la teoría pulsional freudiana. Sus reflexiones –que atestiguan las influencias de la enseñanza de Lacan- lo han llevado a concluir que la única interpretación plausible de la *pulsión de muerte*, coherente con el resto de la teoría freudiana es la de entenderla como *pulsión sexual no ligada* (Laplanche, 1973) (Laplanche, 1986).

La propuesta de J. Laplanche es bastante conocida. Dicho autor propone entender la última dualidad pulsional propuesta por Freud como una dualidad en donde la pulsión de muerte remitiría a la sexualidad no ligada y la pulsión de vida a la sexualidad ligada –narcisista y de objeto, es decir, ligada al yo o ligada a los objetos del yo-. *Para el autor ambas pulsiones, de vida y de muerte, remiten a la pulsión sexual ya que para Laplanche sólo a la sexualidad le cabe la conceptualización de pulsión en términos estrictos*, es decir, en los términos de “Pulsiones y destinos de pulsión”. Sostiene Laplanche:

"*Las pulsiones sexuales de vida* funcionan según el principio de la energía ligada (principio de constancia); su meta es la síntesis, la conservación o la constitución de unidades y de enlaces; ellas son conformes al yo; su objeto-fuente es un objeto 'total', regulador. *Las pulsiones sexuales de muerte* funcionan según el principio de la energía libre (principio del cero); su meta es la descarga pulsional total, al precio de la aniquilación del objeto; su objeto-fuente es un aspecto clivado, unilateral, un indicio de objeto." (Laplanche, 1989, p.31)

Ambas pulsiones –de vida y de muerte- son sexuales para dicho autor como puede apreciarse en la anterior cita. Para Laplanche el "giro" que hace Freud en "Más allá del principio del placer" consiste en evitar que la sexualidad quede englobada por lo amoroso desarrollado en los textos relativos al narcisismo que Freud escribe en el período 1915-1918, introduciendo nuevamente dos polos de conflicto, es decir, una dualidad en juego. Es por eso que concibe que una interpretación posible de la pulsión de muerte es justamente la de entenderla como sexualidad no ligada, sexualidad desligada en el sentido de lo pulsional, es decir, no ligada al "objeto" (otro amado) sino pulsión sexual que busca su satisfacción y el apaciguamiento completo del deseo.

"(...) en ese momento, entonces, se produce la necesidad de reafirmar algo esencial en la sexualidad y que se había perdido, su aspecto demoníaco gobernado por el proceso primario y la compulsión de repetición." (Laplanche, 1989, p.29)

Posición -la de Laplanche- que retoma la de Lacan, quien en el Seminario 2 que dictara en 1954-1955 sostenía que en el hombre hay:

"(...) una fisura, una perturbación profunda de la regulación vital. En esto radica la importancia de la noción de instinto de muerte aportada por Freud. No es que esta noción sea en sí misma tan luminosa. Lo que hay que comprender es que le resultó forzoso introducirla para hacernos tener presente un dato punzante de su experiencia, en un momento en que se empezaba a perder." (Lacan, 1995, p.62)

Lacan afirmaba en ese momento que Freud necesitó volver a encontrar el sentido de su experiencia cuando el sentido del descubrimiento del inconsciente pasó a un segundo plano al volverse confuso, unitario, referido al yo y al mismo tiempo a las pulsiones. Sostenía que:

“Freud quiso salvar a toda costa cierto dualismo, en el momento en que éste se le deshacía entre las manos y en que el yo, la libido, etc., formaban una especie de vasto todo que nos reintroducía en una filosofía de la naturaleza.” (Lacan, 1995, p.63)

Retomando lo propuesto por Laplanche, surge de la comparación entre su lectura de lo pulsional y la postulación freudiana lo siguiente:

Freud:	Pulsión de muerte	y	Pulsiones de vida	
			Pulsiones sexuales	Lo desexualizado
			Libido	Libido desexualizada
			Proveniente del Ello	Proveniente del Yo

Laplanche			Pulsiones sexuales	y	Lo desexualizado
			Libido		Libido desexualizada
			Sexualidad no ligada		Sexualidad ligada
			Pulsión <i>sexual de muerte</i>		Pulsión <i>sexual de vida</i> .

Esta forma de “entender” la pulsión de muerte propuesta por Freud ha sido muy divulgada y retomada por numerosos autores, aunque cabe aclarar que *no se corresponde con lo que Freud sostuvo* respecto de la misma. La dualidad propuesta por Laplanche *no coincide* con la segunda dualidad propuesta por Freud. No por nada en el Simposio de Marsella de 1989 Laplanche reconoce que estos desarrollos presentados dieciséis años antes en “Vida y muerte en psicoanálisis” reformulan de una manera

peculiar las formulaciones freudianas y que –como sus lectores le señalaban- podrían prescindir de concepto de pulsión de muerte. Lo reconoce porque Freud es explícito y no caben dudas que a las pulsiones sexuales que forman parte de las pulsiones de vida Freud les opone la pulsión de muerte. *Pulsión de muerte y pulsión sexual no son equivalentes para Freud, son pulsiones opuestas.*

Para Freud la pulsión de muerte viene a contrapesar el poder de lo sexual, sea que la sexualidad se presente en estado no ligado –pulsión sexual- sea que la sexualidad se halle en su faz amorosa, ligada al objeto –pulsión sexual desexualizada-. Por ello Freud no buscó en la compulsión de repetición de lo placentero -compulsión a repetir una vivencia de satisfacción pulsional pasada- una vía de fundamentación posible de la pulsión de muerte ya que para Freud el campo de la pulsión de muerte era un campo distinto al de la sexualidad. Freud buscó fundamentar la pulsión de muerte en la compulsión de repetición de lo displacentero, que fue justamente el fenómeno clínico que lo hizo postular un límite al principio de placer y a la búsqueda de satisfacción de las pulsiones sexuales.

Jaime Szpilka es otro autor que en numerosas ocasiones ha escrito sobre el tema, continuando con la línea interpretativa iniciada por Lacan que había propuesto en el Seminario 2 pensar la pulsión de muerte freudiana como el más allá de lo intersubjetivo, es decir, como la insistencia significativa, insistencia simbólica que remite a lo sexual inconciente. Escribe sobre dicha temática en los años 1992, 1997, 2001 y 2006. Szpilka sostiene:

"La simple vida animal, que funcionaría bajo el imperio de una racionalidad de acuerdo a fines, donde principio de placer-displacer y principio de realidad se armonizan, sufre un salto subversivo por la presencia del orden simbólico y de la ley que le compete. De modo tal que la pulsión de muerte, deberíamos decir con mayor propiedad la pulsión, en relación con la compulsión repetitiva más allá del principio de placer, daría cuenta del desvío significativo que ha experimentado el sujeto humano. Así, podríamos referirlo mas bien a la "muerte" de lo animal en lo humano, con todo el trastocamiento de la racionalidad de acuerdo a fines que constituyen la pura conservación biológica, y a la restricción del goce que el significante inaugura (...) Así la compulsión de repetición más allá del principio de placer-displacer ligada a la pulsión de muerte da cuenta de la mortificación del cuerpo sexual animal natural por mor de lo

simbólico que lo complica (...)" (Szpilka, 2006, p.81)

Como se constata en la cita *Szpilka reconoce que la pulsión de muerte debería ser llamada con mayor propiedad pulsión*. Por otro lado puede verse como el autor retoma los desarrollos de Lacan en torno a la mortificación de lo simbólico que planteara en el seminario 2, y al trastocamiento que produce la pulsión sexual sobre la posibilidad de tener una sexualidad determinada biológicamente. Temáticas que planteara Freud *en los inicios* de su obra a poco de conceptualizar sobre la histeria (1893-1895) y la sexualidad (1905). Como se ha apuntado anteriormente, no pareciera que Freud quisiera referirse con la introducción de la novedosa hipótesis de la pulsión de muerte al dominio conocido y familiar de la pulsión sexual –nada de lo que escribiera Freud en “Mas allá del principio de placer” da lugar a pensarlo-. Todo lo contrario, Freud es muy explícito al respecto, teje argumentaciones para introducir *otras* pulsiones además de las sexuales.

Szpilka sostiene –siguiendo la misma argumentación de Lacan y de Laplanche- que si Freud introduce la hipótesis de la pulsión de muerte lo hace para:

“(...) destacar lo que en la pulsión insiste en su esencialidad de pulsión, como absolutamente no satisfacible en lo real y como lo que se resiste a cualquier integración en el mito imaginario de cualquier ‘Uno’ de significado mundano” (Szpilka, 1992, p.267)

Como puede constatarse en sus textos cuando Szpilka insiste en esta interpretación o lectura de la pulsión de muerte freudiana lo que hace es referirse a lo que es del orden de las pulsiones sexuales -que insisten en buscar su satisfacción aunque no se satisfagan nunca, o más bien por ello-. Esto hace que Pablo Abadi, uno de los dos comentaristas de la ponencia de Szpilka presentada en el XX Congreso Interno y XXX Symposium de la APA sostuviera:

“(...) si sólo fuera para dar cuenta de la insistencia y el conservadurismo de la pulsión, no sería necesaria la inclusión de la idea de pulsión de muerte, dado que esta característica es una característica esencial a toda pulsión (...)” (Abadi, 1992, p.275-276)

Es que Szpilka entiende la pulsión de muerte como lo no satisfacible de la pulsión sexual por lo que sostiene que:

"La constante insistencia pulsional que no puede satisfacerse en lo real, conduce a una repetición de lo imposible de satisfacer como placer perverso en el displacer, placer irreductible cuyo objetivo nunca se alcanza sino como fracaso, y que paradójicamente muestra la marca de la distorsión específicamente humana en relación con la lisa y llana satisfacción sexual instintiva natural" (Szpilka, 2001, p.13)

El autor entiende a la pulsión de muerte como referida al factor pulsionante de la pulsión sexual a propósito de la diferencia entre el placer buscado y el placer hallado:

"(...) Tánatos implica la insistencia de lo desligado frente al intento de ligazón. Por eso *es pulsión*, porque es fuerza, porque es diferencia irreductible; y por eso es de muerte, porque anhela una reductibilidad para siempre imposible jamás con ningún semblante de sustitución. La pulsión nace aquí con el mito de la primera diferencia. Es el cero imposible creado como diferencia que aspira al cero total de la indiferencia. (...) Tánatos no es otra sustancia distinta de la sexual (...)" (Szpilka, 2001, p.16)

La pulsión de muerte, en algunas ocasiones llamada Tánatos por el autor, no es para él otra pulsión mas que la pulsión sexual. Por eso entiende la pulsión de muerte como tendencia al incesto y al parricidio al concebirla como sexualidad desligada, que no deja de aspirar a la satisfacción de lo prohibido. Lo que sin lugar a dudas para Freud remitía a la *pulsión sexual* -más allá de que el propia Szpilka lo reconozca en la cita mencionada- y a la *compulsión de repetición de lo placentero* -aunque displacentero y censurable para las instancias superiores-.

En función de lo expuesto se puede concluir que estas posibles fundamentaciones de la pulsión de muerte -la de Lacan, la de Laplanche, la de Szpilka- no dan sustento a la hipótesis que Freud pretendía fundamentar. No hacen más que sostener que no hay más que una sola pulsión: la sexual, los autores lo señalan claramente. No aportan evidencias ni argumentaciones de que exista una pulsión de naturaleza distinta que la sexual como pretendía Freud. Ello lo lleva a afirmar a Laplanche que sólo puede

sostenerse la existencia de una sola fuerza pulsional: la libidinal. Dicho autor señala que desde el punto de vista energético Freud no postuló una energía propia de las pulsiones sexuales. Sostiene:

“Parece entonces que el dualismo pulsional se debe conciliar con un monismo energético, el de la libido” (Laplanche, 1998, p.27)

Laplanche sitúa explícitamente que el conflicto existente entre los dos polos mencionados, el de la sexualidad desligada por un lado y el de la sexualidad ligada, narcisista, tendiente al Uno por el otro -conflicto al cual se refirieron también Lacan, Szpilka y muchos otros autores- no implica un dualismo pulsional sino que por el contrario debe conciliarse con un monismo energético, es decir, con el sostenimiento de la existencia de una única energía pulsional: la libido, energía propia de la pulsión sexual.

Por lo expuesto en este apartado ver en los desarrollos antes mencionados una fundamentación de la hipótesis freudiana que postulaba la existencia de una pulsión de muerte de distinta naturaleza que la pulsión sexual (1920) es pretender una transformar lo obvio en su contrario –*estos desarrollos no sólo no acuerdan con postular la existencia de un segundo tipo de pulsión sino que afirman una y otra vez que la pulsión, que toda pulsión es sexual, de ninguna otra naturaleza-*. Es más entender que estos desarrollos aportan a la fundamentación de la pulsión de muerte es desconocer que los mismos autores que aportaron esta lectura de la hipótesis freudiana –Lacan y Laplanche- reconocieron no adherir a la hipótesis freudiana. En todo caso subrayaron el carácter radical, subversivo, irreductible, mortificante, demoníaco de la pulsión sexual, es decir, de la sexualidad humana.

La compulsión de repetición. ¿Histórica o genéticamente determinada?

Antes que nada resulta necesario hacer una aclaración conceptual. Freud utilizaba el término compulsión de repetición para referirse a la compulsión de repetición de lo displacentero, es decir, a la tendencia a repetir vivencias dolorosas y/o traumáticas, más allá de que a partir de 1920 sostuviera que existe un empuje, una tendencia a repetir a tanto lo que produjo placer como lo que causó dolor. Por ello Hugo Bleichmar señala la

doble acepción que tiene actualmente en psicoanálisis el término compulsión de repetición, es decir, que se lo usa tanto para referirse a la compulsión de repetición de lo displacentero como para referirse a la compulsión de repetición en términos generales – de lo placentero y de lo displacentero-. Bleichmar alerta sobre esta ambigüedad y los equívocos que puede llegar a provocar esta situación y propone la utilización de dos términos diferentes para evitar malos entendidos. Estos son los de *compulsión a la repetición del displacer* y *compulsión genérica a la repetición*. Más allá de que se adhiera o no a esta denominación, resulta importante no perder de vista la ambigüedad terminológica de la tan frecuentemente mencionada compulsión de repetición.

Por otro lado a los fines de la presente tesis cabe señalar que las argumentaciones que el lector leerá en el presente apartado y en el siguiente aportan luz tanto sobre la relación que podría tener la hipotética pulsión de muerte con la compulsión de repetición de lo displacentero –uno de los dos fenómenos clínicos que Freud supuso relacionado con su especulación, relación a cuyo estudio se le dedica el presente capítulo- como sobre la relación que podría tener con la compulsión genérica a la repetición. Aclarada esta cuestión se puede avanzar sobre los desarrollos que se han hecho sobre el tema.

Terencio Gioia en “El concepto del instinto de muerte. Reflexiones críticas sobre sus fundamentos biológicos” se detiene a analizar los argumentos biológicos freudianos que lo llevan a afirmar el carácter conservador del instinto a la luz de los desarrollos actuales de la biología, la etología y la psicología comparada. Sostiene lo siguiente:

“(...) Freud entremezcla fenómenos de muy diferente ámbito: del psiquismo humano, del comportamiento instintivo animal, de la herencia y de la embriología, buscando un hipotético denominador común que de cuenta de ellos. Este denominador común sería precisamente la compulsión a repetir. Es innegable que fenoménicamente se observa en todos estos hechos una especie de tendencia repetitiva (...) ¿Pero este hecho innegable autoriza a concluir que ello constituye una prueba irrefutable de la supuesta tendencia orgánica a volver a un estado anterior? La respuesta no puede ser otra que negativa. En cambio lo que sí puede sostenerse es que, tanto las conductas de los animales cuanto la evolución embriológica, en la medida en que están *genéticamente determinadas*, tenderán a repetirse en su forma, en interés de la conservación del individuo y de la especie. Esta repetición conductual y evolutiva formal se mantendrá invariable

mientras no se produzca una mutación genética espontánea.” (Gioia, 1981, p.596)

Gioia *discrimina como diferentes* la postulación de una compulsión a repetir y la postulación de una tendencia orgánica a volver a un estado anterior, postulación esta última que remite a la pulsión de muerte freudiana. Y considera que si bien puede sostenerse que existe una compulsión a repetir no puede hacerse lo mismo con la postulación de una supuesta tendencia del organismo a volver a un estado anterior. En ese sentido sostiene que la suposición de Freud de que la tendencia repetitiva en el hombre daría cuenta de una tendencia regresiva de lo orgánico vivo es una suposición carente de fundamentación biológica a la luz de los desarrollos actuales. Gioia analiza los ejemplos que da Freud —el desove de determinados peces, los vuelos migratorios de las aves, determinados fenómenos de la herencia y a algunos hechos de la embriología— como pruebas de la corrección de sus especulaciones y sostiene:

“A mi juicio, el error básico de Freud, que lo conduce a concluir que la repetición de un ciclo evolutivo prueba una supuesta tendencia regresiva de lo orgánico, parte de confundir el concepto de ‘históricamente determinado’, para usar su expresión, con el de ‘genéticamente determinado’ (...) Freud mezcla fenómenos de muy diferente índole (...) dos órdenes de hechos, que es necesario discriminar: el de los hechos biológicos y el de los hechos psicológicos.” (Gioia, 1981, 595-596)

Es que Freud luego de haber arribado al descubrimiento de que en el hombre habita una tendencia a repetir vivencias pasadas —sean estas placenteras o displacenteras— pasa al terreno de la biología y supone en ese terreno también un “condicionamiento histórico” como si ese campo de conocimiento fuera homogéneo al del psicoanálisis y pudiera ser pensado con los mismos principios y homologa determinación histórica y determinación genética como si fueran equivalentes. Por ello *Gioia subraya la necesidad de discriminar la determinación histórica de la genética.* Sigue el autor:

“La repetición biológica está genéticamente determinada en forma total.” (Gioia, 1981, p.596)

Si bien Gioia recalca que la repetición biológica no se halla histórica sino genéticamente determinada, no se queda allí y avanza más al volver al terreno de lo psíquico desarrollado por Freud en los primeros capítulos de "Más allá del principio de placer" :

"La repetición psíquica, a pesar de dar la impresión, ante un examen superficial, de ser de carácter instintivo y por lo tanto, de estar también biológicamente determinada, no lo está. Depende, sí, de condiciones biológicas dadas (...) Pero a estas condiciones biológicas se superponen determinantes históricos individuales que dan cuenta, como lo describe el mismo Freud, de las diferentes formas y contenidos que en los diferentes individuos puede tomar la compulsión a repetir. Dicha diversidad no sería posible si la compulsión a repetir, en vez de estar históricamente determinada, aunque sobre una base biológica, estuviera genéticamente determinada, como sí ocurre en el caso de los instintos." (Gioia, 1981, p.596)

La argumentación no deja lugar a dudas. La compulsión a repetir en el hombre –sea algo placentero, sea algo displacentero- da cuenta de una diversidad tal en cuanto a sus formas y a sus contenidos que no puede menos que deducirse que está históricamente determinada. Si estuviera genéticamente determinada esto no ocurriría. A modo de ejemplo, que alguien repita cierto tipo particular de elección de objeto que remita a un objeto que proveyó ciertas satisfacciones pulsionales tempranas –madre, padre, etc.- se debe no a una determinación genética sino a una determinación de orden histórico.

Ahora bien, sin ir muy lejos, Freud mismo brinda argumentaciones para considerar el empuje a repetir –compulsión genérica a la repetición según los términos de Hugo Bleichmar- como una compulsión producto de las vicisitudes históricas de la vida de todo individuo, es decir, históricamente determinadas. Con respecto a la tendencia a repetir las vivencias placenteras Freud mismo subraya tempranamente en "Tres ensayos de teoría sexual" la variabilidad que caracteriza el dominio de lo pulsional a diferencia de la fijeza del instinto. Variabilidad que para Freud remite a la historia personal de cada cual que decanta en fijaciones de los modos de satisfacción pulsional (1905) (1914). Desarrollos estos sumamente conocidos por todo psicoanalista, sea la escuela que sea a la cual pertenezca.

La compulsión de repetición de lo displacentero. Su determinación histórico-representacional.

Con respecto a la otra compulsión repetitiva, la de lo displacentero, puede afirmarse lo mismo que se afirmó con respecto a la compulsión de repetición de lo placentero, es decir que está históricamente determinada. Los analizantes muestran –como bien supo apreciar Freud- que se actualiza, que se repite, tanto en la vida como en análisis, lo displacentero. Los hombres muestran a través de sus actos, de sus sueños, de la transferencia, una amplia variedad de formas y contenidos en los que puede tomar forma esa compulsión a repetir aquello que remite a lo más doloroso e intolerable que cada cual lleva marcado a fuego en su interior. Variabilidad que remite al sinfín de experiencias y vivencias penosas, dolorosas, traumáticas que alguien pudo haber atravesado.

En “Moisés y la religión monoteísta” Freud escribió lo siguiente a propósito de la compulsión de repetición y la génesis de las neurosis humanas:

“Se ha evidenciado para nuestra investigación, que lo que llamamos fenómenos (síntomas) de la neurosis son las consecuencias de ciertas vivencias e impresiones a las que, justamente por ello, reconocemos como traumas etiológicos (...) Todos esos traumas corresponden a la temprana infancia (...) Por regla general, las vivencias pertinentes han caído bajo un completo olvido, no son asequibles al recuerdo (...) Se refieren a impresiones de naturaleza sexual y agresiva, y por cierto que también a daños tempranos del yo (mortificaciones narcisistas). (...) Los traumas son vivencias en el cuerpo propio o bien percepciones sensoriales, las más de las veces de lo visto y oído, vale decir, vivencias o impresiones.” (Freud, 1939, p.71)

Puede apreciarse en la anterior cita como Freud apela a los desarrollos referidos al estatuto traumático que pueden llegar a tener determinadas *vivencias* a la hora de situar la génesis de las neurosis humanas, desarrollos esbozados al principio de su obra y retomados ya avanzada su obra en “Más allá del principio del placer” (1920). En estas reflexiones Freud ubica como factor causal de patología lo que es del orden de las vivencias, de las impresiones, de las percepciones sensoriales, de lo visto y oído. En

otras palabras postula que la patología presente en los analizantes que nos consultan tiene un *origen histórico*. Freud prosigue:

“En cuanto a las propiedades o particularidades comunes de los fenómenos neuróticos, corresponde destacar dos puntos: a) Los efectos del trauma son de índole doble, positivos y negativos. Los primeros son unos empeños por devolver al trauma su vigencia, vale decir, recordar la vivencia olvidada o, todavía mejor, hacerla real-objetiva {real}, vivenciar de nuevo una repetición de ella: toda vez que se tratara sólo de un vínculo afectivo temprano hacerlo revivir dentro de un vínculo análogo con otra persona. Resumimos tales empeños como *fijación al trauma* y como *compulsión de repetición*. Pueden ser acogidos en el yo llamado normal y, como tendencias de él, prestarle unos rasgos de carácter inmutables, aunque su fundamento real y efectivo, su origen histórico-vivencial {*historisch*} esté olvidado, o más bien justamente por ello.” (Freud, 1939, p.72-73)

Resulta interesante señalar que *con posterioridad a 1920 Freud no realizó muchos avances en el estudio de la compulsión de repetición de lo displacentero. Las únicas precisiones realizadas referidas a dicho fenómeno son las que volcó en “Moisés y la religión monoteísta” de donde se han extraído los anteriores párrafos.*³²

Freud entiende en este texto tardío la compulsión de repetición de lo displacentero como empuje a revivir una vivencia pasada, olvidada, de la temprana infancia. Vivencia que – lo dice claramente- tiene un origen histórico-vivencial {*historisch*} y que remite a los vínculos afectivos tempranos. Compulsión de repetición que es evidencia de una fijación a un trauma, a una vivencia no procesada, no elaborada.

Como puede apreciarse esta línea argumentativa propone entender la compulsión de repetición en general y la compulsión de repetición de lo displacentero en particular como históricamente determinadas y prescinde de la hipótesis de la pulsión de muerte para contribuir al esclarecimiento de la compulsión de repetición de lo displacentero.

Línea argumentativa que ha sido retomada por numerosos psicoanalistas para la

³² En los otros textos posteriores a 1920 en los que hay alguna alusión a la compulsión a la repetición Freud se limita a señalar la supuesta relación que habría entre dicho fenómeno y el carácter conservador de las pulsiones y a recordar que dicho fenómeno lo llevó a reformular su teoría pulsional. No aparece en ninguno de dichos textos ningún aporte nuevo, tan sólo reitera brevemente lo postulado en “Más allá del principio de placer”.

dilucidación de la compulsión de repetición de lo displacentero como de otros fenómenos de una u otra forma relacionados con la compulsión de repetición de vivencias dolorosas y/o traumáticas -la RTN y el fenómeno psicossomático por dar dos ejemplos-.

Ana Lichtmann se dedicó en numerosos trabajos a escribir sobre la RTN y la pulsión de muerte. A pesar de partir de los desarrollos de Freud terminó sosteniendo en “Narcisismo, pulsión de muerte y reacción terapéutica negativa” que:

“La pulsión de muerte no es una teoría explicativa que pueda ser aplicada a la clínica cotidiana, representa un enfoque, un concepto de orden general. La RTN, en cambio, es un fenómeno eminentemente clínico que admite distintas explicaciones de orden teórico” (Lichtmann, 1987, p.264)

Y llegó a la conclusión de que la RTN, es decir, el fracaso terapéutico en análisis que promovieron cambios terapéuticos significativos, debe ser entendida a partir del análisis del vínculo transferencial-contratransferencial. Es decir, como la compulsión de repetición por parte del analizante de vivencias no simbolizadas de su infancia, en muchas ocasiones traumáticas. Es decir que la autora –que en varios de sus trabajos se detuviera a escribir sobre la pulsión de muerte- no sólo *no explica* la RTN desde la pulsión de muerte freudiana sino que tampoco entiende la compulsión de repetición de lo displacentero como manifestación de dicha pulsión y concibe ambos fenómenos clínicos como manifestación del retorno de vivencias dolorosas de la infancia. Compulsión de repetición desplegada en el vínculo transferencial que no pudo ser ubicada, señalada y puesta a resignificar por parte del analista (Lichtmann, 1987) (Lichtmann, 2000).

Otro autor que se dedicó a estudiar en profundidad el fenómeno de la compulsión a la repetición de lo displacentero es Hugo Bleichmar, investigación que desarrolla en el libro “Angustia y fantasma: matrices inconcientes en el más allá del principio del placer”. En la introducción ubica claramente cual es su posición:

“En nuestro examen del concepto de compulsión a la repetición nos guía la exigencia de otorgarle una explicación en el *registro psicológico* que lo saque del nivel de formulación metafísica en que se sostiene que algo se repite por la compulsión a la repetición y que ésta funciona por la pulsión de muerte,

invocada la cual pareciera que todo está dicho y que cualquier análisis ulterior resulta superfluo.” (Bleichmar, 1986, p.13)

Bleichmar se propone adentrarse en el estudio de las determinaciones inconcientes más allá del principio de placer pero manteniéndose en el terreno del *registro representacional*. Así como lo hicieran Paul Ricoeur, Terencio Gioia, Cruz Roche y numerosos psicoanalistas más, Bleichmar ubica el punto en donde falta una relación -un lazo- que una el fenómeno de la compulsión de repetición con la hipótesis de la pulsión de muerte:

“En vez de intentarse ver hasta dónde, *permaneciendo en el nivel psicológico*, se podría explicar la compulsión a la repetición, se ha optado por abandonar ese nivel en beneficio de la biología (...) El perjuicio de estas posiciones para el progreso de la investigación es enorme: una vez que se alcanza el tope biológico, como los psicoanalistas de eso nada sabemos, no hay pregunta ulterior a hacer.” (Bleichmar, 1986, p.39)

Un par de párrafos antes había situado con respecto a la postulación freudiana de la pulsión de muerte que:

“Más que un salto del nivel psicológico al biológico, y sin pasos intermedios, se trata de una verdadera ruptura.” (Bleichmar, 1986, p.38)

Pero lo interesante de su lectura es que en el capítulo “Doble regulación del inconciente: principio del placer y compulsión a la repetición” Bleichmar retoma ciertos desarrollos de Bibring, autor que sitúa en 1943 una doble vertiente de la compulsión de repetición freudiana. Bibring sostiene que Freud postula por un lado una tendencia repetitiva o reproductiva que preserva la situación traumática y por otro lado postula la existencia de una tendencia restitutiva, que busca restablecer la situación pretraumática. Tendencias que Freud plantea de manera integrada y Bibring ubica y separa.³³ A partir de estos

³³ Unos años después que Bibring, Lacan subraya de igual manera estos dos aspectos de la repetición. En el seminario 2, seminario dedicado a introducir con fuerza sus conceptualizaciones en torno a lo simbólico, Lacan sostiene que la compulsión de repetición no sólo da cuenta de una función restitutiva -afín al principio del placer- sino *también de la existencia de una función repetitiva*.

desarrollos Hugo Bleichmar señala que el aspecto restitutivo, funcional, de la compulsión de repetición ha dado lugar a numerosos trabajos, trabajos que abordan la compulsión de repetición entendida como intento de elaboración de la situación traumática –y que claramente siguen el camino iniciado por Freud cuando apunta que la compulsión de repetición tiene una función para el aparato psíquico-. Y apunta que no ha ocurrido lo mismo con la otra vertiente. Con respecto a esta última señala lo siguiente:

“(...) Freud no se conformaba con reducir la compulsión a la repetición al cumplimiento de una función en la economía psíquica: sabía que había algo más. Intuición a la que se adhiere con convicción, aun cuando no pudiendo fundamentarla en el plano psicológico termine creyendo que es en el nivel de las pulsiones donde debe buscar la respuesta.” (Bleichmar, 1986, p.38)

Bleichmar entiende que Freud intuyó en la *compulsión genérica a la repetición* –tendencia a repetir tanto lo placentero como lo displacentero- un carácter conservador más allá de cualquier beneficio para el psiquismo. Y que Freud creyó que era a nivel de la teoría de las pulsiones donde debía incluir dicho descubrimiento. Interesante apreciación con la cual uno puede acordar pues se desprende de los desarrollos de “Más allá del principio de placer” tanto el descubrimiento por parte de Freud de un carácter conservador del psiquismo que se evidencia en la compulsión genérica a la repetición como el empeño freudiano en fundamentar la creencia de que era a nivel de las pulsiones donde había que buscarse las causas de ese fenómeno –como se ha señalado en el capítulo 1-. Bleichmar retoma esta intuición freudiana –la del carácter conservador del psiquismo- y eligiendo como eje la compulsión de repetición de lo displacentero –descubierta pero poco desarrollada por Freud- avanza en la dilucidación de este fenómeno. Y ante la diversidad y complejidad de cuestiones que suscita el problema de la compulsión de repetición de lo displacentero evita dar respuestas de antemano sobre como “deberían” ser las cosas y parte en cambio de una pregunta: ¿Cómo funciona el psiquismo en los casos en que se vuelve una y otra vez a las mismas representaciones displacenteras, es decir, que leyes fijan su selección?

A lo largo de su libro Bleichmar va presentando las respuestas que él encuentra a partir del análisis de las condiciones en donde domina la angustia sistemática, es decir, la pesadilla, la celotipia, la melancolía, la hipocondría y la paranoia. Y como anuncia el

autor el eje está puesto en el peso que tienen en el psiquismo las representaciones displacenteras y como algunas pasan a constituirse en verdaderas creencias matrices, generadoras de sentido, a pesar del temor y el horror que ellas puedan generar.

Justamente porque Hugo Bleichmar avanza sobre aquello que Freud dejó sin investigar y considera que las respuestas “metafísicas” o sobre “esencias” perjudican notablemente el avance de la investigación en psicoanálisis, afirma lo siguiente:

“Si el concepto de compulsión a la repetición no fue utilizado para comprender la clínica, si después de sesenta y cinco años de haber sido formulada, poco es lo que se ha avanzado en su profundización, creemos que ello es debido a que se lo dejó encerrado en el marco de su origen mítico en la pulsión de muerte.”
(Bleichmar, 1986, p.14)

Tanto los desarrollos de Freud anteriormente mencionados como los desarrollos esclarecedores que realizan Gioia, Lichtmann y Bleichmar abonan argumentos para considerar como válida la primera de las dos “explicaciones” señaladas por Freud respecto a la compulsión de repetición de lo displacentero: la que remite al retorno -vía conductas, vía sueño, vía transferencia- de aquellas vivencias dolorosas que vivimos en la tierna infancia -como también posteriormente- y que a pesar de que en muchas ocasiones no sean recordadas no dejan de hacer sentir sus efectos. Las consideraciones antes señaladas no sólo *no aportan* evidencias de la existencia de alguna relación entre la compulsión de repetición de lo displacentero y la supuesta pulsión de muerte sino que cuestionan dicha relación -de manera directa e indirecta- y contribuyen al fortalecimiento de la explicación con la que la especulación freudiana entra en contradicción.

Conclusiones

Para terminar este apartado, de las consideraciones anteriores se desprenden varias conclusiones:

- La compulsión de repetición tanto de lo placentero como de lo displacentero no está biológicamente, o en términos más actuales, genéticamente determinada, sino que su

determinación es histórica y remite a la historia del individuo, es decir -en términos freudianos- a su origen histórico-vivencial (1920) (1939).

-Que esto no sólo no relaciona la compulsión de repetición de lo displacentero con la hipótesis de una pulsión de muerte sino que cuestiona dicha relación, es decir, que dicho fenómeno tenga relación con una tendencia de la materia viva a retornar a lo inorgánico.

-Pensándolo desde el concepto de regresión, la compulsión de repetición de lo displacentero no da cuenta de una tendencia a la regresión filogenética, (a volver al punto inicial del camino recorrido por el desarrollo evolutivo de los organismos) sino de una tendencia a la regresión a los puntos de *fijación* de situaciones dolorosas y/o traumáticas de la *historia vivencial* del individuo, en otros términos, a las inscripciones que dichos momentos de la historia vivencial ha dejado en el psiquismo.

-El carácter conservador del cual da cuenta la compulsión de repetición de lo displacentero remite a la conservación de dichas inscripciones y a su actualización en el presente. Son dichas inscripciones las que se conservan y actualizan y no la historia de un pasado inorgánico.

-De ello se desprende que no se han hallado evidencias en torno al fenómeno clínico de la compulsión de repetición de lo displacentero que ayuden a la fundamentación de la hipótesis de la pulsión de muerte. Todo lo contrario los desarrollos en torno a dicha temática establecen que la compulsión de repetición no guarda relación con una hipotética tendencia de retorno a lo inorgánico o de búsqueda de la muerte.

CAPÍTULO 4: PULSIÓN DE MUERTE Y AGRESIVIDAD

Hasta 1920 Freud le dio a la agresividad el carácter de secundario a la condición preminente y primaria que tenía para él lo pulsional sexual y autoconservativo. Hasta ese momento Freud, en polémica con Adler, se negaba a reconocer una pulsión de agresión. No es que no hubiera encontrado inclinaciones hostiles en sus pacientes, ya en 1909 había descubierto en el pequeño Hans inclinaciones hostiles hacia el padre y sádicas hacia la madre, pero no podía decidirse a admitir una pulsión particular de agresión. Entendía que las pulsiones que él había postulado hasta ese momento en base a la oposición hambre y amor podían devenir agresivas en tanto algo o alguien obstaculizara su satisfacción, y que la agresividad tenía que ver con un “carácter universal e insoslayable” de todas las pulsiones, carácter referido a lo activo, a lo “esforzante” en ellas, como menciona en una nota al pie en dicho historial (1909) Por ende concebía al sadismo y al masoquismo como *perversiones de la pulsión sexual*. En esos casos el componente agresivo de dicha pulsión se “independizaba” y se volvía “autónomo” y la *satisfacción sexual* pasaba a estar ligada al sufrimiento o humillación infringidos a otro -en el caso del sadismo- o al sufrimiento o humillación propia infringida por un partenaire -en el caso del masoquismo-.

A partir de 1923, año en que publica “El yo y el ello”, y más notoriamente hacia 1930, año de la publicación de “El malestar en la cultura”, Freud le otorga a la agresividad humana un lugar de mayor importancia del que le había dado anteriormente. Como explicita en este último texto, *la agresividad y destructividad humanas adquieren para Freud un carácter elemental, autónomo, no reductible a lo erótico, es decir, no reductible al campo de la pulsión sexual* -como lo había considerado hasta ese momento con sus conceptualizaciones del sadismo y el masoquismo-. A partir de estos desarrollos la problemática relativa a lo agresivo pasa a tener un lugar de igual importancia que la referida a lo erótico. Freud sostiene en “*El malestar en la cultura*”:

“(…) el ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. (...) el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su

patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo.” (Freud, 1930, p. 108)

Todo un reconocimiento por parte de Freud de las tendencias agresivas que habitan en el hombre, tendencias que adquieren un estatuto propio y dejan de estar supeditadas a lo sexual. El hombre no busca solamente la satisfacción de sus tendencias eróticas, también busca la satisfacción de las inclinaciones hostiles que anidan en su interior. El hombre es el lobo del hombre, frase de Plauto que Freud hace suya. Freud realiza en “El malestar en la cultura” un breve resumen de los cambios de su doctrina de las pulsiones y termina afirmando:

“Admito que en el sadismo y el masoquismo hemos tenido siempre ante nuestros ojos las exteriorizaciones de la pulsión de destrucción, dirigida hacia afuera y hacia adentro, con fuerte liga de erotismo; pero ya no comprendo que podamos pasar por alto la ubicuidad de la agresión y destrucción no eróticas, y dejemos de asignarle la posición que se merece en la interpretación de la vida. (...) recuerdo mi propia actitud defensiva cuando por primera vez emergió en la bibliografía psicoanalítica la idea de la pulsión de destrucción, y el largo tiempo que hubo de pasar hasta que me volviera receptivo para ella” (Freud, 1930, 115-116)

Contemporáneos de estos cambios en la teoría psicoanalítica son los intentos de fundamentar la hipótesis de la pulsión de muerte en el fenómeno de la agresividad, el segundo fenómeno clínico en el cual Freud pretendió fundamentar su hipótesis. Las indagaciones en torno al fenómeno del odio posteriores a 1920 apuntan a encontrar dicho nexo.³⁴

Los principales textos en los cuales encontramos dicho esfuerzo son: “Más allá del principio de placer” (1920), “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), “El yo y el ello” (1923), “El problema económico del masoquismo” (1924), “El malestar en la cultura” (1930), “Angustia y vida pulsional” (1933), “¿Por qué la guerra?” (1933), “Análisis terminable e interminable” (1937) y “Esquema del psicoanálisis” (1940).

Como se ha visto en el capítulo 1, Freud no tuvo mucho éxito en su empresa. Dada la variedad de argumentaciones en juego es necesario analizar por separado cada una de

³⁴ Como se ha situado en el capítulo 1, Freud intentó enlazar la segunda dualidad pulsional por él propuesta con la oposición amor-odio.

ellas a fin de ver si quienes continuaron su labor investigativa lograron fundamentar la especulación freudiana en el fenómeno de la agresividad. Antes de hacerlo se abordarán algunas consideraciones preliminares en el próximo apartado.

Sobre la agresividad y destructividad no eróticas, un hecho clínico no cuestionado

El reconocimiento de la ubicuidad, es decir, de la universalidad de la agresividad y destructividad no eróticas y el lugar de importancia que pasan a tener en la teoría y la clínica psicoanalítica es un hecho que hoy nadie cuestiona. Muchos autores psicoanalíticos han hecho hincapié en la trascendencia de este cambio en la teoría freudiana y en lo insoslayable que resulta en la actualidad la problemática de la agresividad, la destructividad y el odio humanos –insoslayable también en la época de Freud, basta recordar los sucesos que conmovieron a Europa unos años antes de que Freud escribiera dicho texto³⁵-. Lacan es uno de esos autores. André Green, Hanna Segal y Otto Kernberg son algunos autores más de los tantos que subrayan el lugar trascendente y pleno de consecuencias que tiene la problemática de la agresividad y destructividad humanas. Pero cabe preguntarse a propósito de nuestro tema de estudio: ¿Implica ese reconocimiento la fundamentación de la existencia de una pulsión de muerte? Sin lugar a dudas no. Como se ha señalado anteriormente hay una diferencia de niveles entre el fenómeno clínico de la agresividad y destructividad humanas y la postulación de la pulsión de muerte, especulación teórica de un nivel de teorización máximo. Por ello Freud fue explícito y situó su deseo de relacionar la postulación de la pulsión de muerte con el fenómeno del odio, deseo que no logró realizar. Tal vez por no haber logrado la fundamentación de su especulación y por las resistencias que generaba la misma en parte de la comunidad psicoanalítica, Freud fue dejando de referirse a ella y cuando lo hacía, simplemente repetía de manera sintética las postulaciones vertidas en “Más allá del principio de placer”. Eduardo Orozco luego de hacer un rastreo de la hipótesis freudiana en los textos posteriores a 1920 situó:

³⁵De 1914 a 1918 se desarrolló la primera guerra mundial, guerra que dejara millones de muertos y heridos y que tocó muy de cerca de Freud y a toda la población europea.

“(…) hay numerosos e importantes artículos en los que Freud no sólo no hace mención alguna a la pulsión de muerte, sino que da cuenta de los fenómenos psíquicos más complejos sin necesidad de esta nueva concepción.” (Orozco, 1994, p. 32)

Se refiere, entre otras cosas, a como Freud teoriza el originamiento de la neurosis o de la psicosis a partir del conflicto entre instancias prescindiendo de la pulsión de muerte en su explicación. Punto llamativo que se ha señalado en el capítulo 1 y que ha sido situado por numerosos autores. Por otro lado como bien subraya Sales:

“Se habla mucho de la pulsión de muerte, pero se repara poco en el hecho de que, ya desde *El yo y el ello*, Freud tiende a sustituir cada vez con más frecuencia en sus escritos esta expresión por la de ‘pulsiones de agresión o de destrucción’; de forma tal que en las grandes obras que escribió en los años 30 ya se refiere casi sistemáticamente a las pulsiones de agresión, cuya meta es la destrucción” (Sales, 2001, p. 81)

Esta situación a la que se refiere Sales da cuenta de un movimiento, de un deslizamiento del énfasis que inicialmente Freud ponía en la hipótesis de la pulsión de muerte (1920) (1924), énfasis que pasa a recaer luego (1930) (1933) (1937) (1940) en la postulación de una pulsión de destrucción –o de agresión- que Freud pasa a usar como “sinónimo” de la primera. Esto a pesar de que Freud concebía a ambas pulsiones como diferentes -numerosos párrafos dan cuenta de ello, incluso los de los textos más tardíos-. Baste recordar, como se ha señalado en el capítulo 1, que el mismo Freud diferenciaba pulsión de muerte y pulsión de destrucción y concebía a esta última como la exteriorización de la agresividad y destructividad que surge en el hombre. Pareciera que *este deslizamiento o “reemplazo” que encontramos de hecho en el mismo Freud lo lleva a A. Green a proponer reemplazar la mítica pulsión de muerte por las menos especulativas pulsiones de destrucción:*

“En la actualidad, todo psicoanalista debe reconocer el papel capital de la destructividad. Llegó a decirse que Freud distingue entre las pulsiones de muerte, a las que atribuye una orientación interna y por lo tanto una mira autodestructiva, y las pulsiones de destrucción, cuyo campo se diferenciaría del

precedente por su orientación hacia el exterior. Pulsiones de destrucción y pulsión de agresión serían sinónimas. Propondré una solución diferente que permitirá evitar las resonancias demasiado especulativas de la expresión ‘pulsión de muerte’. Sugiero remplazar esta última por la expresión ‘pulsión de destrucción’, reservando la de ‘pulsión de agresión’ a la manifestación destructiva dirigida hacia el exterior. Dicho de otra manera, la destrucción o la destructividad tendrían orientación interna o externa, e intentaríamos nombrar cada una de estas orientaciones de distinta manera.” (Green, 2001, p. 293)

Dicho de otra manera, Green propone descartar la especulación freudiana sobre la pulsión de muerte y continuar sosteniendo lo que Freud había denominado indistintamente como pulsión de destrucción o pulsión de agresión –a veces en singular y otras veces en plural- sólo que reservando un nombre para las tendencias internas y otro para las tendencias externas. Pero esta posibilidad, tan sólo esta propuesta –es decir, la sugerencia de descartar dicha especulación- genera controversia. Esta se genera porque existe un gran número de psicoanalistas que sostienen que cuestionar la hipótesis de la pulsión de muerte implica no reconocer que en lo más íntimo y medular de nuestro ser habita lo peor: *homo homini lupus, el hombre lobo del hombre*, como Freud se encargó de subrayar. ¿Pero esto es así? Si uno se detiene un minuto a reflexionar no pareciera ser lo que proponen Green y tantos más. Y uno puede llegar a esa conclusión porque *la no aceptación de la hipótesis de una pulsión de muerte no implica el desconocimiento de la agresividad y destructividad humanas, más aun cuando se las reconoce explícitamente*. Es un error suponer que es así, otro deslizamiento que lleva a un equívoco bastante habitual. Como se ha situado anteriormente, la hipótesis de la pulsión de muerte es una postulación *diferente* a la postulación de la existencia de una agresividad y destructividad no eróticas. Objetar una postulación no implica objetar la otra.

Ubicada esta cuestión se puede avanzar en la indagación sobre las elucidaciones de quienes vinieron detrás de Freud sobre el intento freudiano de fundamentar la pulsión de muerte en la problemática de la agresividad.

La agresividad, su origen narcisista.

Freud intentó hallar evidencias de relación entre la pulsión de muerte y el fenómeno del odio y lo que terminó encontrando fue justamente lo contrario, esto es, que las explicaciones acerca del origen del odio y la agresividad no remiten a dicha pulsión. Eso se desprende de lo que Freud desarrollara en "El yo y el ello" cuando se detiene a analizar el par amor-odio con la finalidad de ver si es sostenible postular la existencia de dos pulsiones cualitativamente diferentes (de vida y de muerte). Freud reconoce que su teoría de dos pulsiones cualitativamente diferentes es sostenible *únicamente* a través de la adopción de un supuesto:

"Hemos interpolado un conmutador, como si en la vida anímica hubiera –ya sea en el yo o en el ello- una energía desplazable, en sí indiferente, que pudiera agregarse a una moción erótica o a una destructiva cualitativamente diferenciadas, y elevar su investidura total. Sin el supuesto de una energía desplazable de esa índole no salimos adelante." (Freud, 1923, p. 45)

Si se lee detenidamente el supuesto adoptado por Freud se encuentra que él mismo afirma que son las mociones eróticas o destructivas las cualitativamente diferentes y la energía es más bien una indiferente y desplazable. Esta energía proviene para Freud del acopio libidinal narcisista en tanto las mociones eróticas o destructivas son mociones yoicas. Por ello *se desprende de las reflexiones freudianas que no se necesita de la postulación de una pulsión de muerte para la explicación de la investidura de las mociones hostiles –sean mociones dirigidas hacia el objeto externo o hacia el yo- ya que basta con apelar al concepto de libido narcisista.* Libido que, más allá de su condición narcisista, sublimada o desexualizada, *representa la energía propia de la pulsión sexual* y no de la pulsión de muerte. Por ello a pesar de que lo intenta *Freud no logra relacionar el fenómeno del odio con la pulsión de muerte*, no logra relacionar el odio con una energía diferente a la de la pulsión sexual.

Los desarrollos de 1923 no sólo no fundamentan la hipótesis de la pulsión de muerte y prescinden de ella para la explicación de los fenómenos agresivos sino que ubican su origen en el campo del narcisismo. De esta forma ponen en duda *incluso* su origen pulsional, problemática que ha sido señalada por numerosos psicoanalistas. Como ha

reconocido Green:

“No ha dejado de señalarse que el modelo de la pulsión sexual, tal como se lo expone e incluso se lo reitera en las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932), no es fácilmente aplicable a las pulsiones de destrucción.” (Green, 2001, p. 301)

Por ello Green sitúa respecto de la última teoría pulsional –y de la pulsión de destrucción- su carácter especulativo además de que consiste en un agrupamiento de nivel “general” o laxo. No habrían fundamentos desde el psicoanálisis para darle a la agresividad humana el estatuto de pulsional.

Además lo desarrollado por Freud a propósito del origen narcisista de la agresividad humana en “El yo y el ello” (1923) es compatible y coherente con lo desarrollado acerca del origen del odio en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915). Una cita más de este último texto cabe agregarse a las ya mencionadas en el capítulo 1.³⁶ Freud llega a la conclusión de que, con respecto al odio, la relación de displacer parece ser la única decisiva. Sostiene:

“El yo odia, aborrece y persigue con fines destructivos a todos los objetos que se constituyen para él en fuente de sensaciones displacenteras, indiferentemente de que le signifiquen una frustración de la satisfacción sexual o de la satisfacción de necesidades de conservación. Y aun puede afirmarse que los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por conservarse y afirmarse.” (Freud, 1915, p. 132)

Como puede apreciarse *gran parte de los desarrollos freudianos ubican el origen de la agresividad, destructividad y odio en el narcisismo, en el yo, “en la lucha del yo por conservarse y afirmarse”*. Postulación coherente también con la de “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) en donde la “aversión y repulsa” a los extraños -y la predisposición al odio que ella denota- es explicada por Freud desde el “narcisismo de

³⁶Las citas antes mencionadas son las siguientes: “El caso del amor y del odio cobra un interés particular por la circunstancia de que es refractario a ordenarse dentro de nuestra exposición de las pulsiones” (Freud, 1915, p. 128) y “De vernos precisados, podríamos decir que una pulsión “ama” al objeto al cual aspira para su satisfacción. Pero que una pulsión “odie” a un objeto nos suena bastante extraño y, caemos en la cuenta de que los vínculos de amor y de odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino que están reservados a la relación del yo-total con los suyos.” (Freud, 1915, p.131)

las pequeñas diferencias”. Numerosos autores, entre los cuales es inevitable mencionar a Lacan, han seguido esta línea de investigación sobre el origen y los resortes de la agresividad humana a partir de estos desarrollos freudianos de 1914, 1921 y 1923.³⁷ Lacan fue uno de los principales autores que situó a la agresividad ya no en el campo de lo pulsional sino en el campo del yo, del narcisismo. En “La agresividad en psicoanálisis” Lacan sostiene que la agresividad surge como rechazo a la amenaza narcisista, a quedar identificado al cuerpo fragmentado, cuerpo al que la constitución del yo le brinda una unificación. Y la agresividad en general se presenta como intención de agresión del otro, intención de agresión que persigue la dislocación de la imagen del otro³⁸. Señala Leonardo Peskin:

“En uno de sus primeros escritos, “La agresividad en psicoanálisis”, Lacan deslinda la agresividad corriente en el campo psicoanalítico, sea ésta ejercida sobre otros o sobre el propio individuo. La niega como sinónimo de pulsión de muerte y la atribuye a cualidades propias del narcisismo que ya se había descrito y desarrollado en vinculación al imaginario yoico. Este desarrollo restituye el estatuto del yo [moi], que va a tener mucha importancia teórica y clínica y reclamaba ser diferenciado de la pulsión de muerte (...) Como residuo de estas conclusiones teóricas queda vigente un circuito de repetición imaginaria, de un yo unificado a un yo despedazado (...) Esta circularidad presenta, en los límites de transformación, fenómenos de agresividad y paranoia que no deberían ser confundidos con la pulsión de muerte; ni la repetición de este orden ni los fenómenos de superficie que parecen amagar la destrucción del propio individuo o del otro, son atribuidos a la pulsión de muerte.” (Peskin, 1991, p. 485-486)

Diferenciaciones que se desprenden de la obra de Lacan y que precisan el origen de la

³⁷ Existe gran cantidad de autores psicoanalíticos que tan sólo recuerdan la postulación freudiana de que los aspectos destructivos y agresivos se originan en la pulsión de muerte sin adentrarse en los aspectos contradictorios de dicha postulación ni echar luz sobre ellos. Algunos otros, a pesar de recordar en sus escritos lo postulado por Freud, se animan a preguntarse si ese es su verdadero origen. Por ejemplo, Herbert Rosenfeld en “El narcisismo destructivo y la pulsión de muerte” (1987) luego de señalar su sorpresa porque tanto Abraham como Reich no acordaban con relacionar los impulsos destructivos y la transferencia negativa de los pacientes narcisistas con la pulsión de muerte, sugiere que habría que analizar si la agresividad y la destructividad derivan de la pulsión de muerte o de otro lado. Ese otro lado sugerido por el autor es el narcisismo ya que -recuerda- era el punto de origen del odio en las teorizaciones freudianas de 1914.

³⁸ Una de las tesis principales de este texto es que la agresividad es una tendencia que se desprende de un tipo de identificación llamada narcisista, la cual determina la estructura especular del yo y la tensión agresiva imaginaria con el otro –ya que lo que se siente es que hay lugar sólo para uno-.

agresividad no en hipotética la pulsión de muerte sino en el campo del narcisismo. Por otro lado Silvia Bleichmar, autora que conociera en profundidad los desarrollos de Lacan, partiendo de la diferenciación entre lo que es del orden de lo pulsional y lo que es del orden yoico sitúa:

“(...) la transformación del inconciente en una segunda conciencia intencional de la cual nada sabe el sujeto se puede ver claramente en este ejemplo: supongamos un paciente obeso, con alta colesterolemia, que come cantidades enormes de papas fritas, huevos fritos y churrascos o milanesas, y de postre panqueques con dulce de leche, al cual el analista le diga: ‘Usted se quiere suicidar’. No es cierto, el hombre no se quiere suicidar, y su inconciente no es suicida porque no tiene noción de la propia existencia. Bien podría responder: ‘No es cierto, yo no me quiero suicidar, yo quiero comer así eternamente, y no hay nadie en mi inconciente que se quiera suicidar’. Y si bien no podemos descartar la posibilidad de que alguien ejerza su deseo como modo de suicidio (...) la decisión del suicidio debe ser siempre considerada como algo del orden del yo, y aun cuando pudiera estar en los aspectos pre-concientes reprimidos del yo, su legalidad estaría siempre afectada por el proceso secundario (...)” (Bleichmar, 2009, p. 20)

De esta forma la autora despeja un equívoco bastante usual al ubicar el *deseo de matarse* como perteneciente a la dimensión yoica –lo mismo puede decirse del *deseo de matar a otro*- en vez de adjudicarlo a alguna tendencia pulsional. Es explícita al sostener –siguiendo las disquisiciones freudianas- que el deseo de matarse o de matar a otro debe ser leído como partiendo del yo y no debe ser considerado la comprobación de una “*pulsión de muerte*” *actuante en un sujeto*. Por otro lado esta discriminación entre lo pulsional y lo yoico –que toma en cuenta la diferenciación freudiana entre los objetos en los que la pulsión busca satisfacerse y los objetos amado u odiados por parte del yo- permite no confundir una supuesta pulsión de muerte actuante con una compulsión inconciente que no encuentra coto. En el caso del paciente obeso antes mencionado así como en casos similares lo desmedido es el ejercicio pulsional, no se trata de la actuación de una pulsión de muerte sin freno *como tampoco* de la actuación de una pulsión de vida alocada, sin coto. Del protagonista de la película “Adiós a las Vegas” se puede decir, entre otras cosas, que lo que no tenía medida, límite, que lo desmedido era

la pulsión oral –pulsión sexual parcial-, por ello el protagonista tomó todo el alcohol que pudo hasta morir. S. Bleichmar sostiene al dar otro ejemplo que la autora comenta en “La pulsión de muerte”:

“Afortunadamente estamos muy lejos de la época en que se pensaba que toda conducta que tuviera que ver con la muerte biológica tenía que ver con la Pulsión de Muerte. (...) Voy a dar un breve ejemplo: que un sujeto sea un adicto a una droga no significa que quiera suicidarse como se pensaba en una época: si uno piensa la cuestión del narcisismo como forma de ligazón amorosa, derivado del narcisismo parental, el hecho de que este sujeto pueda matarse porque no puede parar la compulsión no quiere decir que quiera matarse sino que quiere decir que su yo, que su narcisismo no tiene el amor suficiente para controlar la impulsión proveniente del inconciente que opera atacando y disgregando las ligazones que le permitirían sobrevivir. No es porque hay una voluntad de muerte que un sujeto hace ciertas cosas sino porque el deseo de vida es insuficiente para parar la compulsión inconciente.” (Bleichmar, 2009, p. 7-8)

Como puede apreciarse Silvia Bleichmar entiende en estos ejemplos la compulsión a drogarse o a comer como una impulsión descontrolada, una pulsión que no encuentra límite y que tiene, *no una finalidad, sino una consecuencia* potencialmente destructiva, diferenciación más que pertinente ya que ambos términos nos son para nada equivalentes. El ejemplo del paciente obeso que no puede dejar de comer muestra claramente esta diferencia: el fin o la meta de dicha compulsión es la satisfacción de la pulsión oral –fin en el sentido que le da Freud cuando en 1915 desarrolla las cuatro dimensiones de la pulsión-, compulsión que trae aparejada como consecuencia inevitable pero no por ello perseguida un daño a la persona que no puede parar de comer.³⁹

Las consideraciones volcadas en este apartado permiten suponer que la *categoría de pulsional* aplicada con posterioridad a 1920 debe ser considerada en un sentido *laxo y poco riguroso* no sólo con respecto a las pulsiones de vida y de muerte –como se ha

³⁹ En la bibliografía psicoanalítica muchas veces se alude a la destructividad en un sentido amplio sin diferenciar el empuje a destruir –es decir el empuje que tiene como fin la destrucción propia o ajena- y las consecuencias destructivas que puede tener cierto acto –propio o ajeno-. Estas disquisiciones son sumamente necesarias a fin de aportar rigurosidad y claridad a la temática desarrollada y evitar interpretaciones erróneas –no sólo de quien lee sino también de quien investiga- sobre el hecho clínico investigado.

situado en el capítulo 1- sino también *con respecto a la agresividad y destructividad no eróticas*, como manifiesta explícitamente Green en el texto que se acaba de citar.

De la revisión de la bibliografía relacionada con esta temática surge que *no existe ningún desarrollo que pueda salvar este punto inconsistente de la teoría freudiana*, a saber, el sostener que la hipótesis de la pulsión de muerte es importante para explicar la problemática de la agresividad, el odio y la destructividad humana cuando *lo que se constata teóricamente es todo lo contrario*. No existen desarrollos que logren relacionar pulsión de muerte y agresividad. Los que existen, y en abundancia, son los que relacionan dicho fenómeno con el narcisismo y, en consecuencia, con la libido narcisista, energía derivada de la *pulsión sexual*.

La pulsión de muerte, una pulsión sin energía propia

La dificultad de encontrar evidencias de una energía pulsional propia de la pulsión de muerte, es decir, la dificultad de encontrar muestras de la existencia de una energía de naturaleza distinta a la de las pulsiones sexuales es otro que siempre generó controversia. ¿Han logrado los psicoanalistas subsanar este punto endeble de la especulación freudiana?

Silvia Bleichmar sostiene en la conferencia dedicada al tema de la pulsión de muerte antes mencionada:

“(...) estamos planteando acá una cuestión de base que es la siguiente: ¿se trata de una sola energía la que funciona en el aparato psíquico? (...)” (Bleichmar, 2009, p. 9)

Avanzando en el análisis de los planteos de Freud sostiene que hay dos formas de entender la postulación freudiana referida a la problemática de si hay una o dos energías operando en el aparato psíquico. La primera forma es entenderla como la postulación de dos energías de diferente naturaleza con los problemas que esta postulación conlleva. Es decir la postulación de una energía diferente a la de las pulsiones sexuales de la cual no se encuentran evidencias. La segunda forma que menciona S. Bleichmar es entender que de lo que se trata es de la existencia de *una sola energía la cual puede estar en dos estados distintos*, es decir, puede hallarse en estado ligado o no ligado. De esta forma podría entenderse la pulsión de muerte, como la energía libidinal en estado no ligado y

la pulsión de vida como la energía libidinal en estado ligado. Para Silvia Bleichmar la postulación de dos energías de cualidad diferente es problemática e imposible de sostener y la forma que encuentra de interpretar la postulación freudiana es entendiendo que existen dos estados posibles para una misma energía, la libidinal.

Lo que hace la autora no es más que es acordar con Jean Laplanche, quien años antes había postulado que la única forma que encontraba de entender la pulsión de muerte, de interpretarla, de darle un lugar coherente dentro del corpus teórico del psicoanálisis, era entendiéndola –como se ha mencionado anteriormente- como sexualidad no ligada, como sexualidad desligada, como pulsión sexual “demoníaca”. Pulsión sexual de carácter perturbador que irrumpe con la lógica de lo pulsional buscando tan sólo su satisfacción y el apaciguamiento del deseo, cueste lo que cueste. Silvia Bleichmar acuerda con la “solución” aportada por J. Laplanche, la retoma. Laplanche había sostenido en “Vida y muerte en psicoanálisis” con respecto a este punto que se está analizando:

“La energía de la pulsión sexual, lo sabemos, ha recibido el nombre de “libido”. Nacido de una preocupación formalista por la simetría, el término *destrudo*, propuesto antaño para designar la energía de la pulsión de muerte, no sobrevivió ni un solo día: *La pulsión de muerte no tiene energía propia*. Su energía es la libido.” (La cursiva es mía) (Laplanche, 2001, p. 169)

Afirmación fuerte si las hay con respecto a este punto problemático de la teoría freudiana.⁴⁰ Puede verse como estos autores intentan dar respuesta a este punto teórico incierto –al que otros no pudieron encontrar solución- y la forma que encuentran de resolver el problema de la falta de evidencias de la energía propia de la pulsión de muerte es subrayando que de lo que se trata es de entender que lo que propone Freud es que hay dos estados en los cuales puede estar la energía libidinal, el estado ligado y el

⁴⁰ Como señala Laplanche, la postulación por parte de Edoardo Weiss de la existencia de una segunda energía a la que nominó “destrudo” –postulación de carácter teórico carente de evidencias- no tuvo acogida en el círculo psicoanalítico. Paradójicamente, Weiss postuló dicha energía en la conferencia “Masoquismo y pulsión de muerte” pronunciada en 1938 en la Asociación Psicoanalítica de Viena luego de haber afirmado: “(...) la fundamentación teórica de la pulsión de muerte es insuficiente. Como ha observado Federn con plena corrección, la pulsión de muerte fue deducida por la senda de la extrapolación. Sin embargo, en tal formulación, Freud procedió con extremo cuidado, considerándola, al inicio, suposición especulativa; la mayoría de los psicoanalistas, no obstante, la comprendieron inmediatamente en tanto adquisición científica de valor pleno, similar a la realizada sobre el terreno de la sexualidad infantil, de la represión, la resistencia, la transferencia (...) No debemos olvidar que la existencia de la pulsión de muerte no pertenece a los hechos demostrados científicamente.” (1990)

estado desligado.

*Uno puede acordar y coincidir con estos autores que –a pesar del paso del tiempo y las investigaciones llevadas adelante durante casi un siglo- no hay evidencias de que haya más de una energía, la libidinal, propia de la pulsión sexual. Y que dicha energía, circulante en el aparato psíquico puede hallarse tanto en estado ligado como en estado no ligado. Ahora bien, no resulta tan fácil acordar con esta lectura que propone J. Laplanche⁴¹ -y que sigue S. Bleichmar y muchos psicoanalistas retoman al adherir a esta lectura- y sostener que al introducir la hipótesis de la pulsión de muerte Freud pretendía postular dos estados diferentes de la energía de la pulsión sexual. No parece que eso fuera lo que Freud proponía, ya que él mismo fue explícito al reconocerse *dualista* e insistir en postular *no* dos estados de *una sola* pulsión –la sexual- sino más bien la existencia de *dos* pulsiones de diferente naturaleza.*

Por otro lado y para retomar el punto nodal de esta cuestión, *si no se hallan evidencias de la existencia de una energía propia de la pulsión de muerte, es decir, si no se hallan evidencias de que exista una pulsión cualitativamente diferente a las pulsiones sexuales, ¿porque seguir postulando su existencia? Se desprende de los desarrollos anteriores que no tiene sentido, ni apoyatura de ningún tipo, seguir sosteniendo la existencia de una pulsión de muerte -de orden no sexual como refería Freud- cuya energía fuera otra que la sexual. Y con ello uno no hace más que toparse con la problemática que surge a partir de la imposibilidad de fundamentar la pulsión de muerte freudiana: si resulta imposible lograr evidencias teórico-clínicas que ayuden a tornarla una hipótesis viable ¿que hacer con dicha especulación?⁴²*

Algunas consideraciones sobre el masoquismo “primario”. Dos formas de entenderlo

Varios autores se han detenido a analizar la postulación freudiana del masoquismo primario, también nombrado por Freud masoquismo erógeno, postulación que como se

⁴¹ Como se verá más adelante J. Laplanche cambiará de opinión respecto a la pulsión de muerte. A pesar de ello resulta pertinente analizar sus aportes anteriores a fin de determinar si aportan o no mayor consistencia a la hipótesis freudiana.

⁴² A diferencia de lo que sucede con la pulsión de muerte freudiana y la última dualidad pulsional propuesta por Freud, respecto a la dualidad amor-odio el psicoanálisis ha dado sobradas muestras. Justamente por ello Freud pretendió reconducir una dualidad a la otra. De las mociones amorosas y las hostiles –como se ha visto en el capítulo 1- si se puede decir siguiéndolo a Freud (1923) que son “cualitativamente diferenciadas” –aunque investidas por la misma libido narcisista-.

ha señalado es una postulación imprecisa, especulativa y carente de evidencias. Esta postulación consiste en una reformulación teórica que no hace más que —como señala Cruz Roche— releer la temática del masoquismo desde el punto de vista de la nueva dualidad propuesta por Freud. Recordemos las palabras de Freud cuando lo postulaba en “El problema económico del masoquismo”:

"Si se consiente alguna imprecisión, puede decirse que la pulsión de muerte actuante en el interior del organismo -el sadismo primordial- es idéntica al masoquismo. Después que su parte principal fue trasladada afuera, sobre los objetos, en el interior permanece, como su residuo, el genuino masoquismo erógeno, que por una parte ha devenido un componente de la libido, pero por la otra sigue teniendo como objeto al ser propio" (Freud, 1924, p. 170)

De esta formulación se puede decir entre otras cosas que es *imprecisa* —como Freud mismo reconoce—, ya que homologa pulsión de muerte, sadismo primordial y masoquismo. Tres términos tomados como equivalentes sin aclaración posterior. Además esta no deja de ser una *postulación teórica y sin evidencias* que parte de la también incierta postulación de la pulsión de muerte, a diferencia de los otros dos masoquismos: el femenino y el moral, de los cuales abundan evidencias clínicas. Sostiene Paul Ricoeur:

“El masoquismo erógeno es, pues, el “residuo”, que queda en el interior, de una destructividad equivalente al sadismo primitivo o masoquismo primitivo. Como se ve, abundan los enigmas. Ignoramos como se produce la “domesticación” (Bändigung) de la pulsión de muerte por parte de la libido, que actúa no sólo en el sadismo (...) sino también en el “residuo” que queda adentro, es decir, en el masoquismo (...) Intrincación y desintrincación son, pues, nombres de una dificultad más bien que la solución de un problema.” (Ricoeur, 1970, p. 257)⁴³

La opinión de que la postulación de la pulsión de muerte introduce más dificultades que soluciones a la hora de explicar el fenómeno del masoquismo la han formulado también otros autores. Jean Laplanche sostiene en “Vida y muerte en psicoanálisis” publicado

⁴³ En la literatura relativa a la pulsión de muerte la temática más confusa es la relativa a la intrincación y desintrincación o mezcla y desmezcla pulsional.

por primera vez en 1970:

“Ni siquiera se tiene la certeza de que la introducción de la <pulsión de muerte>, en lugar de dilucidar las dificultades del masoquismo, no contribuya por el contrario a duplicarlas”. (Laplanche, 2001, p. 140)

Justamente este autor es uno de los autores que más trabajo se ha tomado en desmenuzar dicha problemática. Resulta interesante apreciar de que manera sus elucidaciones respecto a la temática del masoquismo primario arrojan luz sobre tan confusa temática. En “Agresividad y sadomasoquismo”, quinto capítulo del libro “Vida y muerte en psicoanálisis”, Laplanche manifestará que:

“(…) lo fundamental en esa afirmación de la pulsión de muerte no reside en el descubrimiento de la agresividad ni en su teorización, ni aún en el hecho de hipostasiarla en una tendencia biológica o metafísica universal. La esencia está en la idea de que la agresividad se vuelve primeramente contra el sujeto y permanece por así decirlo estancada en él, antes de ser deflexionada al exterior (…)

Es la tesis del ‘masoquismo primario’ u ‘originario’ (…)

” (Laplanche, 2001, p. 117-118).

Laplanche se dedicará a analizar de manera extremadamente minuciosa la problemática en torno al masoquismo, y empieza su análisis haciendo una clarificación terminológica y conceptual, reserva los términos masoquismo y sadismo para referirse a lo para Freud eran el masoquismo y el sadismo propiamente dicho, es decir, el masoquismo y el sadismo sexual, y los diferencia de la problemática de la agresividad (autoagresividad o heteroagresividad) de esencia no sexual, es decir, que no remiten a un goce sexual. Su interés gira en torno a como entender la problemática del masoquismo –sexual- originario. Luego termina sosteniendo que:

“(…) la pulsión sexual sadomasoquista, el gozar con el dolor, tiene su origen en el tiempo masoquista, pero sobre la base del retorno de una hetero-agresividad originaria.” (Laplanche, 2001, p. 124)

Es así que Laplanche entiende que la génesis, el origen de la pulsión sexual sadomasoquista, se produce a partir del retorno, de la vuelta de una hetero-agresividad primera, originaria. La pulsión sádico-masoquista en general y la pulsión masoquista en particular –tema que nos ocupa– correspondería a un segundo momento, posterior a uno previo: el de la agresividad, de la hetero-agresividad no sexual. Laplanche se apoya en la noción de apuntalamiento que Freud postula en “Tres ensayos de teoría sexual” y sostiene que *el masoquismo primario u originario, masoquismo entendido como sexual, por ello relativo al plano de la sexualidad, se origina en apoyatura al plano de la auto-conservación, esto es, que se apoya en una hetero-agresividad originaria que no tiene ningún componente sexual y que retorna –por la vuelta sobre la propia persona– desbordando en el plano de la sexualidad*⁴⁴. En ese punto de vuelta sobre la propia persona y de desborde sobre la sexualidad es que se genera un primer tiempo masoquista –sexual– a partir del cual puede generarse luego un segundo tiempo sádico –sexual– en tanto hay una identificación con el que sufre a propósito de los dolores infringidos y con ello es supuesto gozando sexualmente. Por eso Laplanche insiste que el primer tiempo es el auto. Pero como aclara *es un primer tiempo masoquista sexual posterior a un primer tiempo hetero-agresivo no sexual*.

Para el autor los desarrollos posteriores a 1920 dejan de lado la fecunda noción de apuntalamiento, y la remplazan por las nociones más abstractas de unión y desunión o la noción cómoda de erotización. En ese punto acuerda con la apreciación de P. Ricoeur de que esas nociones, de intrincación y desintrincación, más que aportar respuestas y echar luz sobre el tema oscurecen.⁴⁵ A pesar de ello entiende que *lo fundamental sobre el masoquismo erógeno originario postulado por Freud en “El problema económico del masoquismo” es que postula una autoagresión que se transforma, in situ, en masoquismo*. Más allá de que el autor ponga en cuestión el origen –primario o secundario– de la autoagresividad no sexual, entiende que Freud sigue postulando en 1924 que *el masoquismo primario –sexual por la fijación libidinosa que tiene lugar–*

⁴⁴ Se recordará que el presupuesto básico de Freud postulado en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905) es que el quantum de tensión por el *dolor* sentido en el propio cuerpo desborda sobre el campo de lo sexual produciendo una satisfacción erótica.

⁴⁵ Benno Rosenberg en “Masoquismo mortífero y masoquismo guardián de la vida” articula la noción de masoquismo con la segunda dualidad pulsional, *sin entrar en una defensa de la noción de pulsión de muerte*, cuestión que aclara al inicio del capítulo IV y que verdaderamente no realiza. Así como no sale a defenderla *tampoco logra aportar soluciones a los puntos inconsistentes de la hipótesis freudiana*. Simplemente da por sentado la importancia de la última dualidad pulsional postulada por Freud y desarrolla lo que entiende serían los fenómenos de intrincación y desintrincación pulsional siguiendo ciertos desarrollos freudianos y homologando muchas veces la dualidad pulsional con la dualidad amor-odio.

implica previamente una autodestrucción que no es sexual y que pertenece al campo de la autoconservación.

Puede constatarse como Laplanche entiende que la única forma de explicar el masoquismo propiamente dicho tanto el postulado por Freud en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905) como el postulado en “El problema económico del masoquismo” (1924) es ubicarlo como primario, en relación con el sadismo, primario por la relación de antecendencia del tiempo auto por sobre el tiempo hetero, pero aclarando que este masoquismo primario sexual, es secundario a la agresividad no sexual. Como vemos Laplanche hace hincapié en la “ubicuidad de la agresión y destrucción no eróticas”, reconocida por Freud en “El malestar en la cultura” a la hora de comprender el masoquismo primario sexual. Explicación coherente con los desarrollos freudianos, rigurosa y precisa -de la cual aquí se realiza una breve y condensada reseña- que hace foco sobre esta temática y la amplía además de tornarla razonable. *Explicación que lejos está de fundamentar la hipótesis de una pulsión de muerte, ya que no va más allá de enlazar el masoquismo sexual con la agresividad no erótica. Y como se ha aclarado anteriormente, agresividad y pulsión de muerte son dos niveles de teorización diferentes.*

Otros autores se han detenido a analizar la postulación freudiana del masoquismo primario aunque entendiéndolo en un sentido amplio, esto es, entendiendo al masoquismo primario como equivalente a la autoagresividad no sexual y no en el sentido estricto de la perversión sexual como lo entiende Laplanche. Uno de ellos es André Green. El autor considera en “Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo” que en la postulación de un masoquismo primario originario no sexual se evidencia la tendencia freudiana de hacer jugar el eje teórico de la oposición Eros-pulsiones de destrucción, es decir, que Freud lo introduce para darle más lugar a la pulsión de muerte -y de vida- en sus desarrollos teóricos. Sostiene a propósito de la postulación del masoquismo primario -no sexual-:

“Es difícil saber si, tal como lo piensa Freud, la orientación de la destructividad es siempre primero interna, o si en sus comienzos se dirige al exterior”. (Green, 2005, p. 111)

Igual interrogación que la que se hiciera Laplanche respecto de este punto. Unos años antes Green había escrito:

“(…) la destrucción o la destructividad tendrían orientación interna o externa (…)

(…) En cuanto a establecer cuál está antes, no puedo pronunciarme. Parece razonable pensar que la dirección de la destrucción hacia el exterior produce un efecto de alivio sobre las tensiones internas. En cambio, genera un sentimiento de culpabilidad, a menudo inconsciente, lo cual vuelve sumamente ilusorio el efecto de alivio. Pero la intensidad de este último es muy variable. Aparte de ello, leyendo la descripción que hace Freud en *El malestar en la cultura*, creo comprender que la orientación interna no es tan primitivamente interna sino que resulta de la inflexión hacia el interior de un empuje pulsional que renuncia a exteriorizarse contra el agente que le dio nacimiento, y que desanda el camino para atacar el núcleo del cual partió” (Green, 2001b, p. 293-294)

Como de manera acertada juzga Green, ninguna lectura mejor que la de dicho texto para dilucidar el origen de la agresividad, ya que como se ha señalado al comienzo de este capítulo, es en ese texto de 1930 que Freud le otorga *explícitamente* a la problemática de la agresividad el lugar de importancia que antes le había denegado. En dicho texto Freud refiere que la cultura domina el apetito de agresión del individuo debilitándolo y haciéndolo vigilar a través del superyó, instancia instaurada dentro del individuo al modo de una guarnición colocada en una ciudad conquistada. Ese es el motivo por el que surge el malestar en la cultura, ya que *la agresividad es –y es Freud quien lo sostiene- la principal renuncia que la cultura le exige al individuo*. Si no fuera así no habría convivencia posible ya que nos mataríamos los unos a los otros –como muchas veces ocurre, testimonio lamentable del cual tenemos numerosos ejemplos, pasados y presentes-. Freud sostiene que la cultura pide al individuo la renuncia a satisfacer su apetito de agresión *justamente porque esta no existe desde el vamos, sino que tiene que advenir*, así como sucede con la renuncia a la satisfacción de las pulsiones sexuales, de la cual Freud dio cuenta exhaustivamente en la primer parte de su obra. Instauración de un límite, de un no, de una legalidad que muchas veces adviene –dentro del psiquismo- y que otras veces no.

Se puede acordar con Green que los desarrollos freudianos volcados en “*El malestar en la cultura*” permiten suponer que inicialmente el hombre tiende a volcar su agresividad en el afuera y sólo en un segundo momento, con la instauración del superyó, ese despliegue pasa a limitarse y encontrar un destino diferente al volcarse sobre la propia persona. Si se sigue esta línea de razonamiento que Freud propone en 1930 –y que

retoma los desarrollos freudianos respecto al *masoquismo moral* volcados en “El yo y el ello” (1923) y en “El problema económico del masoquismo” (1924)- se arriba a la conclusión de que el masoquismo -tomado en sentido amplio como autoagresividad no erótica- se da en un segundo momento con respecto al sadismo –entendido en sentido amplio como heteroagresividad-. El masoquismo no sería primario sino secundario a la vuelta de la agresividad sobre la propia persona. *Este segundo análisis sobre el masoquismo entendido como autoagresividad tampoco arroja evidencias de que exista una relación entre el mismo y la pulsión de muerte ya que ubica su origen en la vuelta sobre sí de la heteroagresividad.*

Puede apreciarse que tanto Green como Laplanche arriban a partir del análisis de diferentes desarrollos freudianos –los volcados en “Tres ensayos de teoría sexual”, en “Pulsiones y destinos de pulsión”, en “El problema económico del masoquismo” y en “El malestar en la cultura”- a la misma conclusión: que *el masoquismo es secundario.* Los desarrollos de ambos autores permiten sostener que el masoquismo es secundario *sea que lo entendamos en sentido estricto como masoquismo sexual, sea que lo entendamos en sentido amplio como autoagresividad no sexual. En ambos casos el masoquismo presupone la reflexión de la agresividad sobre la propia persona y por ello constituye un tiempo segundo.* En el caso del masoquismo sexual, dicho masoquismo es anterior al sadismo sexual -y por ello primario respecto de él- pero *posterior* a la vuelta sobre sí de la heteroagresividad no sexual con el desborde consiguiente del dolor sobre el campo de la sexualidad. En el caso del masoquismo entendido como autoagresividad –sin que haya necesariamente con ello un desborde sobre el campo de la sexualidad- éste sería *secundario* a la vuelta sobre sí de las mociones agresivas que se ven impedidas de ser volcadas al afuera.

Que las anteriores dilucidaciones concluyan que *el masoquismo es secundario -se lo entienda como satisfacción de las pulsiones sexuales, se lo entienda como satisfacción de los “apetitos” agresivos no sexuales-* no debería asombrarnos ya que como se ha señalado con anterioridad *en muchos pasajes de los textos freudianos se deduce que el mismo Freud lo contemplaba así con posterioridad a 1920,* aunque no lo sostenía explícitamente. Cualquier lector atento puede reconocer que Freud brinda *al mismo tiempo* dos respuestas diferentes para los mismos fenómenos: masoquismo, necesidad inconciente de castigo, conciencia moral. Una explicación hace hincapié en la *no exteriorización* de la pulsión de muerte mientras la otra ubica su origen en la *interiorización*, la vuelta sobre sí de la agresividad y destructividad humana, sin hacer

referencia alguna a la pulsión de muerte. Esta segunda explicación la encontramos en “Inhibición, síntoma y angustia”, en “¿Por qué la guerra?” y en la conferencia 32 “Angustia y vida pulsional” como también -como se ha señalado párrafos atrás- en “El malestar en la cultura”, todos textos *posteriores* a la postulación del masoquismo primario. Como refiere Strachey en la introducción a “El malestar en la cultura”, Freud escribe en la carta del 27 de mayo de 1937 que dirige a la princesa Marie Bonaparte:

“El vuelco de la pulsión agresiva hacia adentro es, desde luego, la contrapartida del vuelco de la libido hacia fuera, cuando esta pasa del yo a los objetos. Se podría imaginar un esquema según el cual originalmente, en los comienzos de la vida, toda la libido estaba dirigida hacia adentro y toda la agresividad hacia fuera, y que esto fue cambiando gradualmente en el curso de la vida.” (Freud, 1930, p. 63)

Explicación en sintonía con la postulación freudiana del yo de placer purificado en donde el yo ubica como propio todo lo placentero y lo displacentero –lo hostil- es expulsado afuera. Presupuesto el de la cita –que toda la agresividad estaría en los orígenes dirigida hacia fuera- que entraría en contradicción con los desarrollos postulados sobre la pulsión de muerte y el masoquismo primario e implicaría la necesidad de una reformulación de dichos desarrollos, cosa que Freud no estaba dispuesto a hacer. En la siguiente carta dirigida a la princesa Freud escribe:

“(…) le ruego no adjudique demasiado valor a mis observaciones sobre la pulsión de destrucción. Fueron hechas en forma espontánea y tendrían que ser cuidadosamente sopesadas si pensara en publicarlas.” (Freud, 1930, p. 63)

Observaciones que finalmente fueron publicadas y a las que tenemos acceso, observaciones que contribuyen al esclarecimiento de la problemática del masoquismo.

Una tercera manera de pensar el masoquismo “primario”

Ángel Garma fue un autor que le dio especial importancia a la consideración de la postulación freudiana de la existencia de un masoquismo primario. Escribió sobre el origen del masoquismo en el trabajo: “En los dominios del instinto de muerte”, texto de

1971 en el cual reivindica el valor explicativo de la pulsión de muerte postulada por Freud. El autor subraya la importancia de seguirlo a Freud en el reconocimiento de la génesis de los comportamientos humanos que se oponen al principio del placer, entre los cuales ubica al masoquismo. Y sostiene que no puede explicarse toda conducta masoquista con la explicación de la reflexión del sadismo sobre el propio self ya que tiene que haber “algo” en el individuo que lo obligue a realizar dicha reflexión. El autor sospecha una “naturaleza masoquista”, lo que en términos freudianos equivaldría a un masoquismo primario. Garma sostiene:

“Para explicar el masoquismo a veces se citan casos como el de un niño al que su madre le pone una enema, con lo que le provoca mucha rabia, o sea, aparentemente, deseos sádicos contra la madre; como ésta lo obliga a reprimirlos, tales deseos primitivamente sádicos se dirigen contra el niño mismo y lo hacen masoquista. También en este tipo de casos, desde un comienzo, el niño está sometido penosa y dolorosamente a una agresión exterior más intensa que la de su sadismo. Dicho sometimiento se hace permanente cuando el niño internaliza la agresión materna en su superyó y se convierte decididamente en masoquista. A partir de ese momento el masoquismo se intensifica por el sadismo del niño vuelto contra el *self*.” (Garma, 2001, p. 121)⁴⁶

Como vemos el autor hace un fino análisis y no se contenta con ubicar la reflexión del sadismo sobre la propia persona como determinante de un masoquismo secundario. Va más allá y ubica claramente en la trama intersubjetiva, en el vínculo que existe entre el infans y el que cría, el factor constituyente de un masoquismo primario. Masoquismo primario que según el autor tiene su origen en la incorporación e internalización de las agresiones externas sufridas por el niño y del vínculo de sometimiento que padeció, y que lo lleva a sostener y a repetir modos de carácter autodestructivo. Argumentación sólida sobre como puede originarse un masoquismo primario no sexual, argumentación con la cual es difícil disentir y que muchos autores sostienen como él. Resulta llamativo entonces que el autor termine asimilando sus desarrollos acerca del masoquismo

⁴⁶ Como se ha visto en el apartado anterior, los términos sadismo y masoquismo son usados en psicoanálisis de diferentes maneras, por un lado en un sentido estricto -para referirse al sadismo y al masoquismo *sexuales*, es decir, al sadismo y masoquismo en tanto perversiones de la pulsión sexual- y por otro en un sentido amplio -para referirse a la heteroagresividad y a la autoagresividad no sexual-. Ángel Garma utiliza los términos en el sentido amplio.

primario al de la hipótesis freudiana sobre el “instinto de muerte”⁴⁷ cuando de su exposición se desprende que el origen que propone para dicho masoquismo *no es* el de una pulsión de muerte existente desde un primer momento en el niño sino que, por el contrario, el origen que propone es un origen *secundario* al padecimiento por parte del niño de la agresividad del que lo cría y *secundario* a la internalización de ese vínculo agresivo.

La argumentación de Garma está lejos de fundamentar la relación entre la supuesta pulsión de muerte y el masoquismo primario, mas bien avanza en la investigación de la relación que hay entre la compulsión de repetición de vivencias dolorosas y traumáticas –un no poder dejar de sufrir- y la vivencia de experiencias de violencia, sometimiento y maltrato en la infancia, en otros términos, Garma sigue la misma línea de pensamiento de Gioia –iniciada por Freud- de la determinación histórica de la compulsión de repetición, de su *origen histórico-vivencial*.⁴⁸ Por ello Otto Kenberg comentó a propósito de los desarrollos de Garma, que habría que ver si este masoquismo primario:

“(...) es en verdad una pulsión de muerte innata o se construye a partir de la disposición biológica a la “autoeliminación” en condiciones de extrema privación y sufrimiento, como las relacionadas con las patologías más extremas del vínculo temprano (con la activación de abrumadores afectos negativos de dolor, furia y abatimiento)⁴⁹. (Kenberg, 2001, p. 145)

Esta forma de pensar el masoquismo primario –desde una perspectiva intersubjetiva e histórico-vivencial que hace a un lado la especulativa pulsión de muerte para buscar causas más cercanas a la clínica psicoanalítica- es la que adoptó otro autor, Daniel Lagache, quien en 1961 interpretaba al masoquismo como el estado inicial del niño en

⁴⁷ Así nomina el autor a la pulsión de muerte, nominación que usan muchos otros autores, más allá de su adherencia o no a la hipótesis freudiana. El uso del término instinto no implica necesariamente una crítica a la postulación freudiana, aunque en muchos casos lo es.

⁴⁸ En este sentido, esta línea de investigación del origen de las conductas masoquistas que tanto le interrogaron a Freud se topa no sólo con la dimensión de la agresividad no erótica –propia y ajena- sino también con la dimensión de la compulsión de repetición de lo displacentero –compulsión de repetición de las vivencias de padecimiento y sufrimiento padecidas en la infancia-. De esta forma se vislumbra la complejidad de muchas conductas masoquistas en donde se entrelazan el principio de placer –satisfacción de un deseo hostil sobre la propia persona- y el más allá del principio de placer, es decir, el retorno de vivencias que no conllevaron ningún placer.

⁴⁹ Como menciona Kenberg, se ha descubierto que existen mecanismos biológicos que protegen del dolor extremo mediante la reducción del hipotálamo, estructura cerebral involucrada en la memoria afectiva. De esta forma se reduciría la autoconciencia. Por ello Kenberg sugiere que debido a los avances en neurociencias tal vez ha llegado la hora de volver “(...) a examinar las relaciones existentes entre los sistemas motivadores intrapsíquicos y sus matrices neurológicas subyacentes” (Kenberg, 2001, p. 145)

el cual depende totalmente de otro para su satisfacción. El autor asimilaba la noción de masoquismo a las de *pasividad y dependencia*. Perspectiva retomada por otros autores, entre ellos Sacha Nacht, quien en 1967 sostuvo que las formas extremas de masoquismo en donde la agresividad vuelve contra el sujeto colaborando en su propia destrucción deben ser entendidas desde la *experiencia vivida del sujeto*.

“Si en ciertos casos inquietantes la agresividad se manifiesta en el individuo por un masoquismo irreductible, y es testimonio de una posición conflictual irreversible, nuestra experiencia y nuestras reflexiones nos llevaron a conclusiones teóricas más limitadas, por cierto, que las que se refieren al instinto de muerte, pero más cercanas, más concordes, quizá, con los datos de la observación inmediata. Nos pareció plausible hacer remontar el origen de las fuerzas autodestructivas (...) no a un instinto innato, sino a la naturaleza de las primeras relaciones que se establecen entre el niño muy pequeño y el mundo ambiente.” (Nacht, 1967, p. 137)

A propósito de este punto resulta interesante la reflexión de Dominique Scarfone quien apunta en su libro “Las pulsiones”:

“(...) todo lo que el ser humano hace, desea o parece padecer pasivamente es, salvo condiciones extremas, el hecho de su propio movimiento interno. Sin duda, se trata de determinar si ésta es una condición que prevalece siempre o si, al contrario (...) cuando la pulsión aun no se ha constituido, existe una forma de verdadera pasividad que no sea una pasivización secundaria.” (Scarfone, 2005, p. 52)

Estos puntos de vista no hacen más que introducir una perspectiva respecto de lo pulsional diferente a la perspectiva biológica en donde la pulsión se piensa como constituida desde un inicio, es decir, desde el nacimiento. Proponen una manera de pensar lo pulsional desde una perspectiva exógena, propuesta que como se ha mencionado también ha sido la propuesta de J. Lacan, J. Laplanche y S. Bleichmar. En ese sentido *esta tercera forma de entender el masoquismo primario no sólo no toma en cuenta la hipótesis de la pulsión de muerte sino que la cuestiona al postular el origen*

de dicho masoquismo en las vivencias infantiles de quien lo padece y no en un instinto innato.

Por otro lado esta forma de entender el masoquismo primario introduce la *necesidad de definir claramente que se entiende en psicoanálisis por masoquismo* ya que, como se ha visto anteriormente, es un término utilizado actualmente para referirse a situaciones clínicas de lo más diversas lo que le da al término una ambigüedad tal que no puede dejar de ser señalada. *El fenómeno del masoquismo* entendido como la satisfacción de mociones eróticas inconcientes -masoquismo sexual- o la satisfacción de mociones hostiles inconcientes –masoquismo en sentido amplio, autoagresividad que se encuentra en lo que Freud denominó masoquismo moral- *linda muchas veces con fenómenos que remiten no a la satisfacción de un deseo inconciente –erótico u hostil- sino, como señala Hugo Bleichmar en “Avances en psicoterapia psicoanalítica” (2008), a un más allá del deseo.*

Complejidad del fenómeno agresivo. Otros fines además del fin destructivo

Como es sabido, Freud insiste en adjudicarle a la pulsión de muerte una finalidad: reconducir al ser vivo a la muerte, a lo inorgánico. Lo mismo hace con las mociones agresivas en los momentos en que las concibe como referidas a esa tendencia de la cual serían expresión: las pulsiones de agresión tienden a la destrucción, tienden a la muerte. Muchos autores han objetado el *pensamiento teleológico* que impregna la hipótesis de la pulsión de muerte: *si se llega a la muerte es porque hay una tendencia que lleva a ella, que la tiene como meta.* Y advierten los riesgos que existen de que esta lectura derive en una lectura lineal de los fenómenos agresivos. Es decir que tienda a entenderse que todo fenómeno agresivo tenga como meta la destrucción ajena o propia. Como sostiene Cecilia Sinay Millonschik (2001), en algunas ocasiones en psicoanálisis se produce una inversión donde consecuencia pasa a entenderse como causa. *No sólo la hipótesis freudiana no da cuenta del fenómeno de la agresividad – fenómeno del que si da cuenta la libido narcisista que inviste las mociones hostiles yoicas (Freud, 1923)- sino que tiende a simplificar lo que parece ser un fenómeno más complejo que la simple búsqueda de destrucción.* En ese sentido los autores que advierten de la lectura teleológica que impregna la conceptualización de la “pulsión de agresión”, aportan una lectura sobre la agresividad que se distancia de una lectura que tendería a interpretarla

como *expresión* de la pulsión de muerte y tendiendo -como ésta- siempre hacia la muerte. Sostiene Rafael Cruz Roche:

“(…) el desarrollo unilateral de la “intuición” freudiana de la Pulsión de Muerte considerando lo que P. Heimann llama crueldad (...) como simple expresión de la deflexión al exterior de la Pulsión de Muerte, resulta cuanto menos simplista y reductora de las capacidades de comprensión del reto que nos plantean las conductas agresivas, tanto en el trabajo clínico como en el afán teorizador.”
(Cruz Roche, 2006, p. 37-38)

Por ello resultan interesantes los planteos de Eero Rechartt y Pentti Ikonen quienes proponen analizar el fenómeno de la agresividad desde una nueva perspectiva. Los autores ponen en relación el fenómeno de la agresividad con lo que consideran un *principio de funcionamiento psíquico*: el deseo de paz y de evitación de lo perturbador y/o mantenedor de inquietud. En ese sentido entienden que en numerosas ocasiones la agresividad da cuenta del intento de poner fin al desorden, al estado de perturbación producto de un “objeto externo” o “fuente exterior” al sí mismo. Sostienen:

“El encarnizamiento en hacer cesar el desorden ofrece a la interpretación clínica un punto de vista totalmente novedoso y diferente del concepto de agresión que tiende a la destrucción. Pero es verdad que la destrucción es también una manera de poner fin al desorden. La desorganización provocada por un objeto o una fuente exterior al sí-mismo puede ser resuelta por la destrucción. Muerte y destrucción son medios extremos de poner fin a la desorganización, pero no son los únicos.” (Rechartt e Ikonen, 1998, p. 81)

Los autores entienden la muerte y la destrucción ya no *como fines o metas* sino como *medios* para obtener ese deseo de paz y de evitación de lo perturbador. Ligero pero significativo deslizamiento el que proponen, la muerte y destrucción como *medio* para obtener otra cosa, *otro fin*.⁵⁰

⁵⁰ Los autores proponen con su interpretación de la pulsión de muerte -como principio de funcionamiento psíquico tendiente a la búsqueda de paz y de evitación de lo perturbante- una interpretación similar a la de Piera Aulagnier (1994) quién entendía la pulsión de muerte como deseo de no deseo, como deseo de retorno al “antes” de toda representación que pudiera causar sufrimiento, como movimiento de desinversión, de retracción libidinal aún a costa del empobrecimiento del yo y los vínculos objetales.

Rafael Cruz Roche (2006) ubica -en consonancia con estos desarrollos- como una de las posibles causas del surgimiento de conductas agresivas -y en eso lo sigue a Freud- la necesidad del yo narcisista primario de lograr una distancia del objeto, del mundo externo prodigador de estímulos. En ese sentido para él la agresividad cumple una función primordial de mantenimiento de una distancia adecuada del objeto permitiendo que cumpla su función estructurante sin arrasar. De esta manera la agresividad no sólo no tendría un efecto “destrutivo” sino que contribuiría en el proceso de individuación. Por su lado Silvia Bleichmar, siguiendo la misma línea de pensamiento de Reichardt -de entender algunas conductas agresivas como medio para obtener otra cosa y no como tendientes a un fin que sería la destrucción- sostiene:

“(...) ha habido deslizamientos terribles en la historia del Psicoanálisis y deslizamientos que hoy silenciamos con vergüenza por el horror que nos pueden llevar a producir. Por ejemplo: la idea de que en cierta época los militantes estaban invadidos por la Pulsión de Muerte, ejemplo como el de IRA en Irlanda, el ejemplo de muchos sujetos que prefieren la muerte como forma de persistencia narcisista indica que no es la Pulsión de Muerte lo que está definiendo su acción sino la forma en que el yo permanentemente inscribe y se imaginiza la propia muerte (...) La muerte tiene formas de imaginización permanentes en el ser humano que tienen que ver con el narcisismo, que tienen que ver con los ideales del yo.” (Bleichmar, 2009, p. 8)

Lectura que aporta complejidad al tema, ya que ubica en el corazón mismo de una conducta profundamente autodestructiva como lo es el suicidio, no la búsqueda de destrucción, de autodestrucción, sino -paradójicamente- todo lo contrario, la búsqueda de persistencia narcisista, el sostenimiento de los ideales del yo aún a costa de la propia vida. Freud mismo fue el primero en mostrar lo compleja que es la clínica y cuan multideterminado puede estar un síntoma o una acción.

Resultan asimismo interesantes los aportes de Hugo Bleichmar que ayudan en la dilucidación de este punto:

Misma interpretación que Françoise Doltó hiciera respecto de dicha pulsión (1984), (1986). Doltó entendía la pulsión de muerte como deseo de no deseo, como deseo de una vida vegetativa, sana y tranquila en la que refugiarse, es decir, como sueño profundo en donde el sujeto descansaría de desear.

“La agresividad es una de las dimensiones mayores en la teoría y en la psicopatología psicoanalítica. Cuando se examina, generalmente se hace desde la perspectiva del objeto que sufre los ataques de otro, enfatizándose su carácter destructivo. Pero ¿qué sucede si en vez de esta posición de identificación con el objeto se analiza la agresividad desde lo que significa para el sujeto, de cuales son las motivaciones que la activan, de la funcionalidad que cumple? (...) Esta diferencia de comprender la agresividad desde el objeto atacado o desde el atacante conduce a conclusiones diferentes. (Bleichmar, 2008, p. 221)

El autor hace hincapié, como los anteriores autores citados, en ubicar la funcionalidad y las razones que pueden activar las conductas agresivas. Parte de los desarrollos de Lagache volcados en “*Situation de l’agressivité*” de 1960, de quien resalta el haber ligado a la agresividad con la vitalidad, la sexualidad y el amor –que dicho autor denominó principio de vitalidad- así como de haberla considerado como producto de una frustración interna. A partir de estas consideraciones Hugo Bleichmar ubica lo que para él es un carácter general de las condiciones que activan la agresividad. Sostiene como tesis general que todas las condiciones de activación de la agresividad implican algún tipo de sufrimiento para el sujeto y que si la agresividad se constituye como movimiento defensivo en contra del sufrimiento psíquico es porque de esa forma el sujeto logra reestructurar la representación de sí como alguien poderoso, fuerte, valioso, etc. Dicho autor parte de esta tesis general respecto a la agresividad para luego adentrarse en consideraciones de diversa índole. Agresividad que aparece teniendo una complejidad mayor al ser pensada desde la óptica intrasubjetiva.

Las reflexiones de estos y otros autores ponen en cuestión que se entienda al fenómeno de la agresividad como tendencia a la destrucción exclusivamente. *A pesar de que cada uno de ellos avanza en lecturas diferentes sobre la problemática de la agresividad, uno puede postular que comparten claramente una posición: dicha problemática da cuenta de una complejidad tal que el psicoanálisis no puede limitarse a hacer equivaler agresividad con tendencia a la destrucción.*

¿Qué consecuencias tendría compartir dicha posición? No implicaría desconocer que el fenómeno agresivo tiene en muchas ocasiones como meta la destrucción propia o ajena, sino tan sólo reconocer que esa explicación resulta insuficiente para dar cuenta de la totalidad de los fenómenos agresivos. Y de su complejidad. Estos desarrollos lo que permiten ubicar es que el fenómeno de la agresividad puede tener otros fines, diferentes

al del deseo de destrucción señalado por Freud. Otros fines además del deseo de muerte del otro o de la propia persona. *Se han mencionado algunos de esos otros fines que podría tener el fenómeno hetero o autoagresivo: la búsqueda de detener el desorden y la desorganización interna, el mantenimiento de una distancia necesaria con el objeto para evitar el arrasamiento subjetivo, el sostenimiento de los ideales del yo aún a costa de la propia vida, así como también erigir una defensa contra el sufrimiento.*

La lectura de los desarrollos antes mencionados permite ubicar cuan lejos se está de haber encontrado evidencias de la existencia de una relación entre la pulsión de muerte -pulsión que tendería a la muerte- y la agresividad humana. Todo lo contrario, estos desarrollos psicoanalíticos sobre la agresividad —que se pronuncian respecto a la pulsión de muerte cuando otros ni siquiera la tienen en cuenta— cuestionan la linealidad sostenida por muchos al explicar siempre los fenómenos hetero y autoagresivos como tendencia a la destrucción y prescinden de dicha hipótesis a la hora de dar cuenta de ellos.

Para finalizar

De las consideraciones presentadas en el presente apartado acerca del fenómeno de la agresividad se desprenden varias conclusiones:

-Que el fenómeno de la agresividad es un hecho clínico del cual dan cuenta los desarrollos freudianos en torno al narcisismo (1915), (1921), (1923) y en ese sentido puede afirmarse que metapsicológicamente se explica como la investidura de las mociones hostiles yoicas por parte de la libido narcisista y no resulta necesaria para su explicación la postulación de la pulsión de muerte.

-Que numerosos autores han subrayado el carácter narcisista de la agresividad descubierto por Freud y han aportado desarrollos nuevos que siguen esa línea de investigación.

-La nominación pulsión de agresión debe tomarse en un sentido laxo y poco riguroso ya que no pareciera que el estatuto de la agresividad sea pulsional sino más bien narcisista.

-Que ningún autor ha podido relacionar el fenómeno de la agresividad con la pulsión de muerte.

-Que no se han encontrado evidencias de la existencia de una pulsión distinta a la sexual, es decir, que –como afirmaba Laplanche- pareciera que habría que conformarse con un monismo energético. De lo que se tienen sobradas evidencias es de la dualidad amor-odio, afectos que como Freud situara en 1915 son afectos del yo.

- Que las elucidaciones en torno al masoquismo primario u originario –entendido éste como sexual- hacen pensar que dicho masoquismo es *secundario* a la vuelta sobre sí a la heteroagresividad originaria con el desborde en el campo de la sexualidad que esto vuelta conlleva.

-Que las elucidaciones en torno al masoquismo entendido como autoagresividad no sexual hacen pensar que el mismo es secundario a la vuelta sobre sí de las mociones agresivas, las cuales tenderían inicialmente a volcarse hacia fuera y sólo en un segundo momento –incidencia de la cultura mediante- pasarían a volcarse sobre la propia persona.

-Que las elucidaciones en torno al origen histórico-vivencial del masoquismo primario sugieren que el mismo se constituye en un tiempo segundo al primero que implica el padecimiento por parte del niño de los maltratos y agresiones de quien lo cría quien internaliza dicho vínculo de impronta agresiva.

-Que ninguno de los anteriores desarrollos relaciona al masoquismo –que pareciera que no es sino *secundario*- con la pulsión de muerte. Pareciera que tanto el masoquismo *primario* como la pulsión de muerte son especulaciones teóricas sin fundamento.

-De lo expuesto anteriormente se desprende que no se han hallado evidencias en torno al fenómeno clínico de la agresividad que ayuden a la fundamentación de la hipótesis de la pulsión de muerte.

CAPÍTULO 5: PULSIÓN DE MUERTE Y PRINCIPIOS DE FUNCIONAMIENTO PSÍQUICO

Si uno hace un rastreo sobre el recorrido hecho por Freud respecto a los principios de funcionamiento que fue postulando a lo largo de su obra, tres momentos sobresalen: 1895 con la escritura de “Proyecto de psicología”, 1900 con la publicación de “La interpretación de los sueños” y 1920 con la publicación de “Más allá del principio de placer”. Durante los primeros años de teorización que culminaron en el texto “Proyecto de psicología” Freud imaginó que dos principios regían el funcionamiento del *sistema nervioso*: el principio de inercia neuronal y la tendencia a la constancia. A partir de “La interpretación de los sueños” Freud postuló la existencia de dos principios de funcionamiento esta vez del *aparato psíquico*: el principio de placer y el principio de realidad, principios que conservó durante toda su obra. En 1920 Freud introduce algunas modificaciones en su teoría sobre el funcionamiento psíquico. Las modificaciones más importantes –y más desarrolladas y fundamentadas– son las referidas a la compulsión de repetición de lo displacentero y postulan la existencia de un tipo de funcionamiento psíquico que limita el reinado irrestricto del principio del placer postulado hasta entonces –que en todo caso se veía modificado pero no contrariado por el principio de realidad–. Las otras modificaciones –apenas esbozadas– refieren a la postulación de dos principios que Freud no termina de desarrollar y que casi no retomará en textos posteriores: el principio de constancia y el principio de nirvana.

Ahora bien, así como es necesario situarse en el recorrido realizado por Freud a propósito de los principios de funcionamiento postulados a lo largo de su obra, resulta esclarecedor detenerse brevemente a recordar estos desarrollos a la hora de evaluar la última vía de fundamentación de la pulsión de muerte.

Principio de inercia neuronal y tendencia a la constancia

Freud supuso en el “Proyecto de una psicología para neurólogos” que el *sistema nervioso* se hallaba regulado por un principio de inercia neuronal⁵¹ que postulaba que:

⁵¹ Principio de funcionamiento que Freud abandona y que no utiliza en textos posteriores al “Proyecto de una psicología para neurólogos”.

“(…) neuronas procuran aliviarse de la cantidad” (Freud, 1950 [1895], p.340)

Es decir, que el sistema nervioso tiene a evacuar el quantum de excitación presente en él. Esta tendencia primaria tendiente a alcanzar el nivel cero de excitación es pensada por Freud al modo del arco reflejo: sale la misma cantidad de energía que entra desde el exterior. Pero

“(…) el principio de inercia es quebrantado desde el comienzo por otra constelación.” (Freud, 1950 [1895], p.341)

Desde el comienzo la complejidad de lo interno hace que el sistema de neuronas reciba *también* estímulos endógenos, internos, provenientes del cuerpo y referidos a las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad, etc. Estímulos de los cuales no se puede escapar y que sólo cesan cuando se produce en el mundo exterior una acción específica. Por ello para Freud el sistema de neuronas debe hacer un acopio de cantidad de energía para poder llevar adelante las demandas de la acción específica resignando la originaria tendencia a la inercia.

“No obstante, en el modo en que lo hace se muestra la perduración de la misma tendencia, modificada en el afán de mantener al menos la Qn lo más baja posible y defenderse de cualquier acrecentamiento, es decir, mantenerla constante.” (Freud, 1950 [1895], p.341)

A pesar de que la tendencia a la constancia no fuera entonces enunciada como principio, implica una modificación del principio de inercia neuronal y una tendencia segunda. Si el principio de inercia neuronal implica un proceso primario de libre circulación de la energía en el sistema nervioso, la tendencia a la constancia implica un proceso secundario por el cual la energía se liga manteniéndose en determinado nivel.

Para Laplanche y Pontalis lo que Freud ubica como regulado por el principio de inercia neuronal es el *proceso primario*, ese desplazamiento fácil de la significación de una representación a otra que descubrió en sus primeros años de práctica y que ejemplifica en el “Proyecto de una psicología para neurólogos” con el sueño y la formación de síntoma, especialmente el síntoma histérico. Resulta interesante esta apreciación ya que como sostiene Strachey en “Estudios sobre la histeria”:

“(...) Freud aplicaba todas sus energías a la explicación de los fenómenos psíquicos en términos fisiológicos y químicos (...) La verdad es que, en 1895, Freud se hallaba a mitad de camino en su tránsito de las explicaciones fisiológicas de los estados psicopatológicos a su elucidación psicológica. (...) Su formación inicial y su carrera como neurólogo hacían que se resistiese a aceptar como definitivas las explicaciones psicológicas, y estaba empeñado en formular una complicada estructura de hipótesis que permitieran describir los sucesos psíquicos en términos exclusivamente neurológicos. Este intento culminó en el <Proyecto> y no mucho después fue abandonado (...)” (Freud, 1893-95, p.18)

A partir de “La interpretación de los sueños” la base neurofisiológica de la teoría freudiana fue, al decir de Strachey, dejada manifiestamente de lado y estos desarrollos dieron lugar a otros referidos al *funcionamiento psíquico*.

Principio de placer y principio de realidad

Durante los veinte años anteriores a la publicación de “Más allá del principio de placer” (1920) Freud sostuvo que la vida anímica se hallaba regida por dos principios: el principio de placer y el principio de realidad. Postula por primera vez estos desarrollos en “La interpretación de los sueños” (1900) y si bien están ambos principios formulados sólo será explícito en la postulación del principio de displacer, como lo llama en ese momento. Será explícito en la postulación del principio de realidad unos años después en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911).

¿Qué es lo que Freud sostiene en “La interpretación de los sueños” a propósito del principio de placer y su modificación, el principio de realidad, como lo bautizará unos años después? Freud afirma que los:

“(...) desprendimientos de placer y displacer regulan automáticamente el curso de los procesos de investidura.” (Freud, 1900, p. 566)

Es decir que el psiquismo tiende primariamente a *invertir* aquellas huellas mnémicas ligadas a *vivencias placenteras* como también a *evitar invertir* aquellas huellas relacionadas a *vivencias dolorosas*. Puede apreciarse que Freud retoma lo postulado en

“Proyecto de psicología” respecto de la atracción desiderativa primaria y la defensa [rechazo] primaria. Inviendo las huellas mnémicas ligadas a vivencias placenteras y evitando investir aquellas huellas relacionadas a vivencias dolorosas el psiquismo tiende a:

“(…) evitar la acumulación de excitación y de mantenerse en lo posible carente de excitación.” (Freud, 1900, p. 587).

Como puede notarse Freud retoma la idea princeps que lo hizo postular el principio de inercia neuronal, sólo que ahora aparece reformulada y postulada a nivel de lo psíquico. ¿Y qué hace el psiquismo para evitar la acumulación de excitación? Hace dos cosas. La primera es tender a reencontrar el objeto que satisfizo y que quedó inscripto como parte de la vivencia de satisfacción, a fin de lograr disminuir la tensión pulsional que una y otra vez vuelve a acuciar. La segunda cosa que hace el psiquismo es evitar en la medida de lo posible reinvestir aquellas huellas que remiten a vivencias dolorosas tensionantes. Pero este principio que postula Freud regula el funcionamiento del sistema inconciente es poco a poco modificado por el apremio de la vida que fuerza la inhibición de este proceso primario, ya que la realización alucinatoria del deseo no garantiza la satisfacción pulsional. Similar razonamiento de 1895 sólo que ahora en referencia al principio de placer y al principio de realidad. De esa forma se desarrolla la capacidad de pensamiento que caracteriza al proceso secundario a fin de lograr por la vía de las experiencias motrices alcanzar la meta pulsional a partir de la transformación del mundo exterior. Por otro lado Freud sostiene que ese mismo desarrollo del proceso secundario permite contrarrestar la otra tendencia descrita por Freud, es decir, la tendencia a evitar reinvestir las huellas mnémicas ligadas con experiencias de dolor, ya que al trabajo de pensamiento del sistema preconciente “(…) le hace falta disponer de todos los recuerdos decantados en la experiencia” (Freud, 1900, p. 590). Lo logra inviendo dichas huellas e inhibiendo el desarrollo de displacer las mismas desencadenan, de forma tal que se logra incluir lo desagradable en la trama representacional. Sostiene Freud:

“El pensar tiene que tender, pues, a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de displacer, y a restringir el desarrollo del afecto por el trabajo de pensamiento a un mínimo que aún sea utilizable como señal. El agregado de una sobreinversión, que es procurada por la conciencia, está

destinado a lograr ese refinamiento de operación.” (Freud, 1900, p. 592)

De esa forma, gracias al principio de realidad, se ve limitada la tendencia primaria a la *descarga motriz*, es decir, al desarrollo de afecto –placentero o displacentero- producto tanto de la recatectización de las representaciones ligadas a las vivencias placenteras como displacenteras. *Es esa la descarga que se ve impedida a la cual tiende el principio de placer: se trata del desarrollo de afecto placentero o displacentero desencadenado por la recatectización de determinadas huellas, recatectización que se da a partir de determinados estímulos –internos y externos- y que tiene como efecto una excitación de las inervaciones motoras.* Importante no perder de vista este punto ya que la descarga a la cual hace referencia el principio de placer no es más la descarga energética total del sistema a la cual tendía el principio de inercia neuronal, que por otro lado desde el *inicio* se veía “quebrantado” por la tendencia a la constancia y transformado en esa función secundaria que tendía a hacer algo con los estímulos internos de los cuales no podía huir.

La inhibición sobre el principio de placer-displacer que se produce gracias al proceso de pensamiento permite el cambio de energía libre tendiente a la descarga en energía quiescente. De esa forma el proceso de pensamiento “decide” luego de evaluar la realidad externa si es pertinente o no permitir el desarrollo de afecto iniciado y frenado, con el consiguiente ahorro energético que esto implica.

Estos dos principios –el principio de placer y el principio de realidad- fueron considerados por Freud como los dos principios reguladores de la vida psíquica desde 1900 hasta 1920 y fueron el eje vertebral del edificio conceptual que construyó en esos fructíferos años. Por otro lado se mantuvieron vigentes como tales durante toda la obra freudiana, a pesar de la reformulación que Freud introdujera en 1920 a propósito de la compulsión de repetición de lo displacentero –reformulación desarrollada en el primer capítulo de la tesis-.

¿Por qué Freud no apeló en “Más allá del principio de placer” a ninguno de estos dos principios vigentes a la hora de fundamentar la introducción de la pulsión de muerte? La respuesta que surge inmediatamente es que dichos desarrollos *no le permitían fundamentar su especulación. Si hubiera encontrado en sus desarrollos sobre el funcionamiento psíquico alguna evidencia que avalara sus especulaciones sobre la pulsión de muerte no cabe dudas de que habría optado por utilizarla.*

Por ello en “Más allá del principio de placer” se lo ve a Freud retomar ideas tempranas

sobre el funcionamiento del *sistema nervioso* que seguramente le parecieron estar más cercanas a la tendencia a retornar a lo inorgánico que acababa de postular. *Desarrollos que se recordará Freud optó por no publicar y que se hicieron públicos póstumamente. Postulaciones de las cuales extrajo en su momento lo que consideró necesario conservar y reformular.* Si en “Más allá del principio de placer” Freud no apeló a los principios de funcionamiento psíquico en ese momento vigentes y recurrió a nuevas teorizaciones fue por el deseo imperioso de fundamentar la esquiva pulsión de muerte.

Postulación de los principios de constancia y el principio de nirvana a propósito del intento de fundamentación de la pulsión de muerte

En los capítulos anteriores se ha indagado sobre dos de las tres líneas de fundamentación que Freud vislumbrara para la pulsión de muerte, resta analizar la última. A diferencia de las anteriores, esta línea de fundamentación no remite a hechos clínicos sino más bien a *consideraciones teóricas*. Freud intenta enlazar su especulación con dos principios de funcionamiento psíquico entre los cuales no puede decidirse: el principio de constancia y el principio de nirvana, principios que postula por primera vez en este texto retomando ideas que estaban presentes en sus escritos más tempranos y sobre los cuales casi no volverá a investigar durante el resto de su obra.

No es mucho lo desarrollado en esta tercer línea de fundamentación, más bien es el señalamiento de un motivo más para creer en la nueva pulsión por él postulada. Freud no logra elaborar una argumentación sólida referida al principio de constancia o al principio de nirvana que sirva de fundamentación para la pulsión de muerte. En el capítulo seis, luego de mencionar ciertos fenómenos de la investigación de los protozoos Freud sostiene:

“Y puesto que hemos discernido como la tendencia dominante de la vida anímica, y quizá de la vida nerviosa en general, la de rebajar, mantener constante, suprimir la tensión interna de estímulo (el *principio de Nirvana*, según la terminología de Bárbara Low [1920, pag. 73]), de lo cual es expresión el principio de placer, ese constituye uno de nuestros más fuertes motivos para creer en la existencia de pulsiones de muerte” (Freud, 1920, p.54)

Como puede apreciarse, Freud es bastante *impreciso* en la argumentación a la hora de aportar esta nueva “evidencia” respaldatoria. *Propone al mismo tiempo dos principios diferentes* –tanto en la nominación como en la conceptualización– *como razón para creer en las pulsiones de muerte*. No puede decidirse entre ninguno de los dos ya que en realidad lo que emite pareciera ser un *juicio previo*: se puede suponer que a Freud le da la impresión de que alguna de estas dos tendencias podrían tener relación con las pulsiones por él postuladas recientemente, pero como acaba de introducir ambos principios en dicho texto no puede decir mucho más que eso. Como se ha mencionado no recurre a los principios de funcionamiento psíquicos desarrollados en los últimos veinte años sino más bien a sus ideas tempranas respecto al funcionamiento del sistema nervioso aunque ahora las postule como reguladoras de la vida anímica y de la energía psíquica.

¿Cuál es la idea rectora de esta línea de fundamentación? Freud postula que el principio de placer responde a un principio más general –el principio de constancia o el principio de nirvana– y que este principio a su vez responde a una tendencia aún más general y de alguna manera “afín”: la tendencia a retornar a lo inorgánico. En el último capítulo de “Más allá del principio de placer” Freud afirma:

“El principio de placer es entonces una tendencia que está al servicio de una función: la de hacer que el aparato anímico quede exento de excitación, o la de mantener en el constante, o en el nivel mínimo posible, el monto de la excitación. Todavía no podemos decidirnos con certeza por ninguna de estas versiones, pero notamos que la función así definida participaría de la aspiración más universal de todo lo vivo de volver atrás, hasta el reposo del mundo inorgánico. (Freud, 1920, p.60)

Pulsión de muerte y principio de constancia

¿Qué es lo que sostiene Freud a propósito de la relación que existiría entre la pulsión de muerte y el principio de constancia? Nada más que lo que menciona en la cita anteriormente mencionada: Freud “nota” que la tendencia del aparato psíquico a mantener constante o en un mínimo el monto de excitación psíquica a Freud “participaría” de una aspiración más “universal”. Apreciación que uno puede calificar de subjetiva ya que no se deduce tan fácilmente el lazo que Freud vislumbra entre la

tendencia homeostática que implica el principio de constancia y la tendencia regresiva que implica no un mantenimiento de la energía sino una vuelta al nivel cero energético. *Freud no demuestra como la tendencia a mantener en el nivel mínimo o lo más constante posible el nivel de excitación del aparato psíquico daría cuenta de la tendencia de lo vivo a retornar al estado inorgánico.* Este resulta el punto más endeble de esta línea de fundamentación (pulsión de muerte-principio de constancia).

Por otro lado *no es claro tampoco que lugar otorgarle al principio de constancia dentro de la teoría del funcionamiento psíquico*, ya que si bien Freud intenta relacionar el principio de constancia con el principio de placer no le resulta fácil. El siguiente es el párrafo del capítulo 1 de "Más allá del principio de placer" en el cual Freud introduce el principio de constancia:

"Los hechos que nos movieron a creer que el principio de placer rige la vida anímica encuentran su expresión también en la hipótesis de que el aparato anímico se afana por mantener lo más baja posible, o al menos constante, la cantidad de excitación presente en él. Esto equivale a decir lo mismo pero de otra manera, pues si el trabajo del aparato anímico se empeña en mantener baja la cantidad de excitación, todo cuanto sea apto para incrementarla se sentirá como disfuncional, vale decir, displacentero. El principio de placer se deriva del principio de constancia; en realidad, el principio de constancia se discernió a partir de los hechos que nos impusieron la hipótesis del principio de placer" (Freud, 1920, p. 8-9)

Como puede apreciarse no es muy clara la relación que establece entre un principio y el otro. Lo que Freud sostiene es que el principio de constancia se discernió de los mismos hechos a partir de los cuales se descubrió y postuló el principio de placer. Cabe agregar sin embargo que son dos constructos teóricos diferentes, surgidos en momentos diferentes, con puntos de referencia conceptuales diferentes. A pesar de que Freud lo propone, *resulta difícil hacer una simple correspondencia entre el principio de constancia y el principio de placer ya que si se lo analiza con detenimiento el principio de placer postulado por Freud retoma algunas de las ideas postuladas respecto a la tendencia a la constancia como también algunas de las ideas relativas al principio de inercia neuronal.* Como sostienen Laplanche y Pontalis:

“El concepto de principio de placer persistió sin grandes variaciones a todo lo largo de la obra freudiana. En cambio, lo que constituye un problema para Freud y recibe distintas respuestas, es la situación de este principio en relación con otras referencias teóricas.” (Laplanche y Pontalis, 1993, p. 296)

Una de esas referencias teóricas es el principio de constancia. Por ello los autores antes mencionados reconocen que resulta un problema:

“(…) la relación entre *placer* y *constancia*. En efecto, incluso una vez admitida la existencia de una significación económica, cuantitativa, del placer, persiste el problema de saber si lo que Freud denomina principio de placer corresponde a un mantenimiento de la constancia del nivel energético o a una reducción radical de las tensiones al nivel más bajo” (Laplanche y Pontalis, 1993, p. 297-298)

Freud fue *ambiguo* a lo largo de la obra con respecto a ese punto. Hay momentos en los cuales entiende que el principio de placer en tanto tendencia que busca el placer y evita el displacer trabaja en pos de “(…) evitar la acumulación de excitación y de mantenerse en lo posible carente de excitación.” (Freud, 1900, p. 587). Como también hay momentos en los cuales pareciera tomar la tendencia al cero como una tendencia lejana en la historia filogenética de la materia viva y el principio de placer sería más afín a la idea de un aparato psíquico que mantiene cierto nivel energético constante.

Más allá de estas ambigüedades *unos años después* de la introducción del principio de constancia Freud aclara en “El problema económico del masoquismo” que si bien en “Más allá del principio de placer” había equiparado al principio de placer con el principio de nirvana –aunque como se ha visto lo había equiparado en el capítulo 1 con el principio de constancia- *ya no considera que deban considerarse ambos principios como equivalentes*. Este cambio de parecer se debe a que reconoce que no todo aumento de tensión es displacentero y toda disminución placentera con lo cual *el aparente paralelismo entre principio de placer y principio de constancia se ve cuestionado* ya que en la vida anímica no siempre se constata que la tendencia sea a mantener en un nivel mínimo o lo más constante posible la cantidad o nivel de energía psíquica, sino que a veces lo que se comprueba es lo contrario. A veces la tendencia es a provocar el aumento de excitación. Por ello el paralelismo que de alguna manera también sugirió entre el principio de placer y el principio de nirvana también se ve cuestionado ya que

no siempre el principio de placer tiende como el nirvana a la disminución de la energía psíquica. Afirma Freud:

“(...) placer y displacer no pueden ser referidos al aumento o disminución de una cantidad, que llamamos tensión de estímulo (...) (Freud, 1924, p. 166)

Más que el carácter cuantitativo –que sigue siendo significativo para Freud- el carácter placentero o displacentero se debería a un carácter *cuantitativo* desconocido. En este texto Freud reconoce la *complejidad* de la temática relacionada al placer y al displacer y manifiesta, al contrario de lo que pretendió establecer en 1920, que *el principio de placer no es una expresión directa de los principios de constancia y de nirvana*, de alguna forma dados aquí como equivalentes como lo hiciera cuatro años antes en “Mas allá del principio de placer”.

La falta de nexo entre la pulsión de muerte y el principio de constancia, las ambigüedades referidas a como entender el principio de placer –en relación o no a una tendencia a la constancia- y los desarrollos de 1924 en los cuales Freud admite no considerar más como equivalentes el principio de placer y el principio de constancia – con lo cual el principio de placer ya no sería más la expresión de un principio de constancia- tornan *inconsistente* esta vía de fundamentación de la aún esquiva pulsión de muerte.

Pulsión de muerte y principio de nirvana

Si es poco lo que Freud desarrolla a propósito de la relación que podría existir entre la pulsión de muerte y el principio de constancia y entre éste y el principio de placer, lo que desarrolla a propósito de la relación entre la pulsión de muerte y el principio de nirvana y entre éste y el principio de placer es casi nulo. Freud introduce en “Más allá del principio de placer” el principio de nirvana de Bárbara Low y no hace muchas precisiones sobre el mismo, ni en 1920 ni después. Lo que sostiene en referencia a dicho principio son dos cosas:

- 1) que daría cuenta de la tendencia del aparato anímico a quedar exento de excitación y
- 2) que implica la tendencia a suprimir la tensión interna del estímulo.

Ahora bien analizando estas dos afirmaciones uno se puede interrogar: ¿se trata de concebir al principio de nirvana como el antiguo principio de inercia neuronal referido al sistema nervioso? No pareciera que es lo que Freud pretendiera en “Más allá del principio de placer” ¿Se trata de pensarlo de manera análoga al principio de inercia neuronal sólo que relativo al funcionamiento de lo *psíquico*? ¿Es que el aparato psíquico tiende a quedar exento de *toda* excitación? ¿O a partir de lo segundo que afirma Freud se trata de pensarlo como la tendencia del aparato psíquico a eliminar aquella tensión que le perturba, es decir, la tendencia a eliminar cada estímulo pulsional perturbante?

Los desarrollos freudianos que van de “La interpretación de los sueños” a “Más allá del principio de placer” referidos al principio de placer no abogan por el sostenimiento de un principio de funcionamiento psíquico que empuje al *aparato psíquico* a quedar exento de *toda* excitación. Si bien Freud construye un relato de la historia filogenética en el cual sostiene que se puede pensar el funcionamiento inicial de la *materia viva* al modo del arco reflejo –la *materia viva* tiende a descargar la totalidad de la energía que le llega proveniente del exterior- la complejidad que la misma fue adquiriendo hizo que este modo de comprensión fuera insuficiente. Por ello Freud sitúa junto a los estímulos externos, los estímulos pulsionales que provienen del interior de los cuales no se puede huir.

Para Freud el apremio de la vida –que en los humanos está desde el vamos- y la inscripción de las primeras vivencias de satisfacción hace que el psiquismo busque resolver los nuevos estímulos pulsionales intentando reproducir dicha vivencia a fin de lograr que cese el estímulo tensionante. Si bien Freud suponía una tendencia a la extinción de *toda* la excitación para la *materia viva* en los inicios de la historia filogenética, para el *psiquismo* construye una explicación en torno a la *tendencia a resolver los estímulos pulsionales* –que se constituyen en tales cuando se sobrepasa cierto umbral- y no una tendencia al cese de toda excitación (Freud, 1900) (Freud, 1915). Por ello desarrolla el principio de placer-displacer y postula la tendencia del *psiquismo* a la búsqueda de lo placentero y la evitación de lo displacentero, con lo cual cabe recordar que no sólo se tiende a reproducir lo placentero –vivencia de satisfacción- sino también a evitar lo displacentero, doloroso y terrorífico –vivencia de dolor-.

La explicación que postula sobre el funcionamiento psíquico si bien está relacionada con una supuesta tendencia de lo vivo a la reducción total de la excitación –sobre cuya investigación no avanza por exceder el área de competencia del psicoanálisis- lo está de manera muy laxa. La explicación que construye Freud y sostiene el psicoanálisis

concierno al funcionamiento de lo psíquico, en sus orígenes y después, y recibe el nombre de principio de placer-displacer. La concibe en “El proyecto de psicología”, la reformula en “La interpretación de los sueños” y la mantiene el resto de su obra.

Si se toman en cuenta los desarrollos posteriores a 1920 a fin de poder dilucidar como entender el principio de nirvana -tan poco desarrollado por Freud en “Más allá del principio de placer”- no sólo no se encuentran precisiones por parte de Freud sobre como entenderlo sino que se desvanece el lugar a otorgarle dentro de la teoría del funcionamiento psíquico, como se ha visto en el apartado anterior.

Freud no se detiene a reflexionar más sobre el principio de nirvana en el resto de su obra salvo en “El problema económico del masoquismo” y como se mencionó, *en 1924 Freud afirmó que no se puede establecer una relación directa entre el principio de placer -principio regulador del aparato psíquico que nunca perdió vigencia en la obra de Freud- con el principio de nirvana, ya que muchas veces lo que la clínica demuestra que se buscan tensiones placenteras por lo que la vida anímica no podría ser concebida esquemáticamente desde un punto de vista económico en donde la única variable sería la de la suba o la disminución de una cantidad.* El principio de placer no sería -como había intentado establecer cuatro años antes- una “expresión” de un principio más general tendiente a la reducción de la excitación.

Freud supuso en “Más allá del principio de placer” que esta vía de fundamentación (pulsión de muerte-principio de nirvana) podía otorgarle algún grado de solidez a su especulación sin embargo la escasa línea argumentativa no logra hacerlo y la única mención posterior a dicho principio cuestiona incluso la pertinencia de su mantenimiento como principio.

No caben dudas que esta tercera vía de fundamentación pensada por Freud para su especulación es la menos fundamentada de todas. Poco es lo argumentado por Freud a favor de ella y pocos años después de introducirla contraargumenta el nexo supuesto entre los principios de constancia y de nirvana y el principio del placer, principio princeps -este último- de la regulación psíquica del cual Freud no sólo admite tiene límites sino que reconoce más complejo de lo que lo pensaba.

¿Existe algún desarrollo psicoanalítico que haya retomado esta línea de fundamentación de la pulsión de muerte? En caso de ser así: ¿aportó evidencias de relación existentes entre el principio de placer, alguno de los principios antes mencionados y la pulsión de muerte postulada por Freud?

Algunas consideraciones en torno al principio de nirvana

Si bien no se ha encontrado en la bibliografía revisada desarrollos que retomen la vía de fundamentación referida al principio de constancia varios autores se han detenido a reflexionar sobre la vía de fundamentación ligada al principio de nirvana. Entre los autores se destacan las consideraciones de Jean Laplanche, Silvia Bleichmar, Eero Rechartt y P. Ikonen.

Silvia Bleichmar sostiene una posición crítica respecto a la importancia del principio de nirvana en la teoría psicoanalítica. Sostiene lo siguiente:

“(...) En mi opinión, el Nirvana sólo podría ser considerado del lado de lo autoconservativo y nunca de lo sexual. [Es decir la descarga a 0 sólo puede pensarse para el organismo biológico, lo que equivaldría a la muerte del organismo.] La descarga del aparato no podría ser nunca 0 una vez que están producidos los elementos de base en él que permitan que algo siga operando, generando energía psíquica interna o endógena. De manera que yo no comparto con muchos autores la idea de que el Principio de Nirvana sería un postulado máximo del Psicoanálisis sino que es efecto de la confusión arrastrada en el interior del psicoanálisis entre tendencias biológicas a la descarga y posibilidades de la descarga psíquica. (...) A partir de la vivencia de satisfacción es imposible la descarga a cero, porque algo queda inscripto y cada vez que haya un ingreso de energía al aparato serán recompuestas las relaciones o ligazones con aquellas vivencias inscriptas que forman un todo en la satisfacción.”
(Bleichmar, 2009, p.5)

Silvia Bleichmar es clara y ubica que resulta necesario discriminar los registros biológico y psíquico a fin de no confundirlos—como lo subrayaron otros tantos autores que han sido citados en el capítulo 2—. Bleichmar postula, y se puede acordar con ella, que la descarga *psíquica completa* a 0 es imposible mientras el sujeto viva ya que una vez producidas—determinadas—inscripciones—en el psiquismo—estas—tenderán a recatectizarse a partir de las vicisitudes libidinales inevitables en la vida de todo sujeto. Por otro lado uno puede ampliar el razonamiento propuesto por la autora y sostener que no sólo las inscripciones ligadas a las vivencias de satisfacción entrarán en asociación con los acontecimientos y vivencias actuales sino también las referidas a las vivencias

dolorosas y/o traumáticas inscriptas en el psiquismo. La clínica muestra como los sujetos humanos estamos atravesados por el constante retorno, por la inevitable insistencia de todo tipo de representaciones y vivencias que conllevan tanto placer como sufrimiento. Una vez producidas las inscripciones referidas a ambas vivencias éstas pervivirán y tenderán a recatectizarse una y otra vez a lo largo de la vida del individuo. Pero si bien se puede afirmar –siguiendo lo postulado por Silvia Bleichmar- que no existe posibilidad de descarga total del aparato psíquico –salvo que el individuo muera- cabe preguntarse sin embargo si existe alguna *tendencia* psíquica que tienda al 0 absoluto.

Para Jean Laplanche el principio de nirvana no es más que el principio de placer llevado al extremo. En “Vida y muerte en psicoanálisis”, publicado por primera vez en 1973, sostuvo lo siguiente:

“El principio del placer, radicalizado como principio de Nirvana, sólo ha sido descubierto y sólo es válido en el nivel de las representaciones, y no podría ser pura y simplemente considerado como un calco de principios aparentemente similares observados en ‘el orden vital’ sin que se suscitara en el campo del psicoanálisis una total confusión.” (Laplanche, 2001, p. 167)

Laplanche advierte respecto a la posibilidad de considerar el principio de nirvana como algo diferente del principio de placer y de esa forma entenderlo como un principio actuante más allá del terreno de lo psíquico, es decir, más allá del funcionamiento de las representaciones que forman parte del aparato psíquico. Para dicho autor entenderlo así no traería más que confusión al arrastrar dentro del psicoanálisis principios de la biología, ignorando las diferencias que existen entre el orden orgánico o vital y el orden psíquico, órdenes que no son homogéneos. Por ello insiste en ser rigurosos en la conceptualización de dicho principio. En ese punto remarca lo que tantos autores han señalado –como se ha visto en el capítulo 2- y Silvia Bleichmar retoma en las líneas antes citadas.

El principio de placer como principio de funcionamiento psíquico postulado por el psicoanálisis, incluso llevado hasta el extremo, es decir, pensado como principio de nirvana, remite para Laplanche siempre al terreno de lo psíquico, nunca al terreno de lo biológico como la pulsión de muerte propuesta por Freud sugiere. Laplanche se niega a interpretar al principio de nirvana como si fuera el temprano principio de inercia

neuronal pensado por Freud. Y discriminados los órdenes biológico y psíquico no encuentra otra forma de interpretarlo que como principio equivalente al principio de placer. Afirma el autor:

“El principio de la inercia neuronal, principio de evacuación absoluta de la energía, es ilustrado, en primer lugar, por lo que comúnmente se conoce con el nombre del *modelo del arco reflejo*: descarga, en la extremidad motriz, de la excitación recibida en la extremidad receptora, partiendo del postulado esencial de que la misma cantidad de la misma energía es suministrada en una de las extremidades para ser restituida, en forma de movimiento, en el otro extremo. Modelo ingenuo de una conducción a través del sistema nervioso de la energía mecánica recibida, como si se tratase de un sistema hidráulico de drenaje; modelo incompatible con los conocimientos fisiológicos, ya establecidos a fines del siglo XIX; modelo en el que Freud mismo introduce correcciones, indicando que lo que acontece en la extremidad motriz no es una simple transmisión de energía, sino una verdadera liberación de energía interna (...)” (Laplanche, 2001, p. 165)

Laplanche advierte a los lectores de Freud acerca de hacer una lectura simplista del principio del nirvana a partir del modelo ingenuo del principio de inercia neuronal e *invierte* la relación freudiana postulando que es la tendencia al cero la que debe ser considerada como supeditada a la tendencia a la homeostasis y no a la inversa.⁵² Laplanche considera que la metáfora homeostática resulta más adecuada que la metáfora hidráulica a la hora de concebir el funcionamiento psíquico.

Pero Laplanche no es el único que llama la atención sobre la necesidad de hacer una relectura del principio de nirvana si se lo quiere sostener como principio de funcionamiento psíquico. Por ello este autor menciona en su libro la opinión de Daniel Lagache, quien considerara que la tendencia a la reducción de tensiones puede ser aceptada:

“(...) con la condición de no llevarla hasta el absurdo, es decir, a su extremo, la reducción de *toda tensión*.” (Laplanche, 2001, p. 147)

⁵² Para Freud la tendencia a la constancia es una tendencia segunda, modificada, del principio de inercia neuronal y por ello tiende al mínimo al no ser posible la descarga total del sistema nervioso.

De esa forma para Lagache, el principio de nirvana de esa forma limitado, constituye uno de los polos de la actividad humana, frente a otro polo que consistiría en la tendencia a la realización de las posibilidades, dos principios de la vida psíquica que se irán combinando a lo largo de la vida. En cierto modo la interpretación de Laplanche sigue la de Lagache, al entender que habrá en el aparato psíquico una tendencia a reducir las tensiones –cuando estas tensiones se incrementen demasiado por arriba de determinado umbral- y una tendencia a elevar dicha tensión –cuando las tensiones se reduzcan considerablemente por debajo de determinado umbral-.

Las argumentaciones de Laplanche, que retoman tanto los desarrollos de Fechner como las reflexiones de Lagache, invitan a pensar que la tendencia al 0 o *el principio de nirvana no tendría que ser interpretado como una tendencia general e inespecífica a la descarga total del aparato psíquico sino más bien como una tendencia a la descarga de aquello que perturba la homeostasis del mismo*, es decir, como la tendencia a la eliminación de la tensión excedente así como también como una tendencia del psiquismo a recuperar la tensión libidinal habitual cuando ésta decae. Cabe mencionar que la forma que encontró Laplanche de tornar viable el principio de nirvana como principio de funcionamiento psíquico, es decir, el entenderlo como tendencia al cero en el sentido a que el alejamiento –para arriba o para abajo- del nivel de homeostasis sea igual a cero, no sólo no contribuye a la fundamentación de la pulsión de muerte sino que aleja dicha posibilidad al discriminar los órdenes psíquico y biológico y no confundir los principios que rigen un campo y el otro.

E. Rechartdt, a diferencia de muchos, considera a la pulsión de muerte un concepto teórico de suma importancia a la hora de pensar diferentes cuadros hechos clínicos. Se dedicó a investigar sobre el tema y en “Los destinos de la pulsión de muerte” presentó su posición sobre como “resolver” algunos puntos inconsistentes de la especulación freudiana. Sostiene el autor:

“(…) es preciso entender por pulsión de muerte la lucha activa, permanente y obstinada, por recuperar un estado de paz conocido anteriormente: esfuerzo por desembarazarse de lo que es vivido como perturbador y/o mantenedor de la inquietud. (...) El propósito central y rector de la pulsión de muerte, su objetivo, su meta, es precisamente la paz bajo una u otra forma, por uno u otro medio. No se trata, en el plano psicoanalítico, de un principio biológico demostrable sino, más bien, de una aspiración psíquica fundamental.” (Rechartdt, 1998, p. 51)

El autor admite que no se puede sostener desde el psicoanálisis la especulación tal cual se la había representado Freud, es decir, como un principio biológico. En eso acuerda con la opinión de la mayoría de los psicoanalistas. Pero tiene la firme convicción de que se debe retomar el planteo de Freud respecto a dicha pulsión y reinterpretarlo en términos psicoanalíticos. Por ello prosigue la investigación freudiana iniciada en 1920 haciendo hincapié en la temática referida a los principios de funcionamiento psíquicos así como otros privilegiaron el fenómeno de la agresividad o el de la compulsión de repetición de lo displacentero. Sostiene explícitamente:

“La teoría freudiana de la pulsión de muerte va a ser entonces reinterpretada de una manera ligeramente diferente. En el plano psicoanalítico, la pulsión de muerte es inherente al hombre: en una lucha obstinada, continua e inexorable que lo empuja a buscar paz y distensión por cualquier medio, bajo cualquier forma, y no simplemente una fuerza que tendería a transformar lo animado en inanimado. La pulsión de muerte es el nombre de un paradigma referido al funcionamiento psíquico.” (Rechardt, 1998, p. 53)

El punto en cuestión es que el desarrollo que hace el autor no remite a la pulsión de muerte tal cual la concebía Freud, sino que retoma una de las vías de fundamentación que Freud pretendía para su hipótesis y la sigue desarrollando, así como otros autores se dedicaron a la profundización de la investigación del fenómeno de la agresividad o de la compulsión de repetición de lo displacentero. Como se ha situado anteriormente son dos niveles de teorización que es importante no confundir. Lo que puede llevar a confusión es que el autor conserva el nombre que Freud le diera a su especulación aunque para referirse a algo diferente a lo postulado por Freud.

Rechardt sitúa la importancia de repensar los desarrollos freudianos propuestos en 1920 teniendo como principal referencia el principio de nirvana, principio que toma al igual que Freud de manera “equivalente” al principio de constancia:

“La pulsión de muerte busca eliminar lo que aumenta la tensión energética y apunta a reducir esta tensión, debido a la no ligazón, a su mínimo (principio de Nirvana) o al menos mantenerla protegida del menor cambio (principio de constancia). La principal dirección de esta lucha psíquica tiene por eje un estado de paz, al menos relativo, que ha precedido a la estimulación, fuente de

perturbación. (Rechartd, 1998, p.54)

El autor, al igual que hicieran Laplanche y Lagache, sitúa la necesidad de entender esta tendencia de funcionamiento psíquico de manera *relativa*. Si no cabe entenderla en términos absolutos ¿a qué estaría referida esta tendencia según Rechartd? Esta tendencia que caracteriza al funcionamiento psíquico *tendría como meta no la descarga total del aparato psíquico sino más bien la obtención de una paz relativa*, es decir, que dicha tendencia persigue el retorno a la paz previa a la perturbación padecida. Planteo similar al que propusiera Laplanche con su metáfora homeostática. El principio de nirvana no consistiría para el autor en una tendencia que apunta a la *paz absoluta* sino más bien consistiría en una tendencia que apunta a una *paz relativa*, así como para Laplanche el principio de nirvana no apunta al *cero absoluto* sino que apunta al *cero relativo* -supeditado al nivel de constancia perturbado-.

Como puede apreciarse sobre lo que teoriza Rechartd es sobre el funcionamiento psíquico, sobre como interpretar el principio de nirvana y/o el principio de constancia propuestos por Freud. Sus desarrollos sobre el funcionamiento psíquico no fundamentan la especulación freudiana tal cual Freud la había postulado. El salto argumentativo dado por Freud al postular la pulsión de muerte no es salvado por su investigación. Por el contrario *el autor parte de hacer a un lado la especulación ideada por Freud*, y luego de desarmar y descartar el “andamio” biológico propuesto por Freud continúa la investigación sobre el funcionamiento psíquico en los casos en que la libido libre, no ligada, perturba la capacidad de tramitación del aparato psíquico y el anegamiento libidinal es amenazante.

No sólo eso sino que luego de su presentación, en la mesa redonda en la que participó junto a Jean Laplanche, Hanna Segal, y André Green reconoce además que no le agrada el término instinto de muerte o pulsión de muerte por lo que prefiere utilizar Tánatos por ser un término mucho menos concreto. Es decir que termina reconociendo en la intimidad propiciada por el intercambio coloquial entre colegas no conservar ni siquiera el nombre propuesto por Freud.

Además de que los desarrollos de este autor no aportan argumentos para fundamentar la pulsión de muerte tal como Freud la concebía, la propuesta de E. Rechartd conlleva una paradoja. Proponer entender la pulsión de muerte como esfuerzo por desembarazarse de lo que es vivido como perturbador y como esfuerzo para recuperar un estado de paz conocido anteriormente implica pensarlo de manera equivalente al principio de placer-

displacer propuesto por Freud, sólo que en otros términos. En vez de sostener que el psiquismo tiende a evitar lo displacentero, doloroso y/o traumático se sostiene que tiende a evitar lo perturbante y en vez de afirmar que tiende a buscar lo placentero se afirma que tiende a buscar una paz perdida. Y plantear que la forma viable y libre de contradicciones de entender la hipótesis freudiana sobre la pulsión de muerte es entenderla como equivalente al principio de placer-displacer no se condice mucho con lo postulado por Freud. Así como anteriormente se ha señalado la paradoja de que la única forma que encontró J. Laplanche de interpretar la postulación freudiana es entendiéndola como lo que Freud designaba claramente como su opuesto -las pulsiones sexuales- en esta oportunidad uno no puede dejar de señalar la existencia de una situación similar. Cabe señalar que resulta paradójico que E. Retchardt entienda que la forma de poder seguir sosteniendo la postulación de la pulsión de muerte es entendiéndola como principio de placer-displacer cuando -vale recordarlo- Freud escribe "Más allá del principio de placer" y *postula la existencia de una pulsión de muerte* justamente por entender que es necesario reconocer un *límite a la regulación del psiquismo por parte del principio de placer-displacer*. La pulsión de muerte propuesta por Freud surge para dar cuenta de un funcionamiento *diferente* al del principio de placer, es decir, para dar lugar dentro de la teoría psicoanalítica a *otro* principio de funcionamiento psíquico además del de la búsqueda del placer y la evitación del displacer.

Por lo anteriormente expuesto estos desarrollos no sólo *no aportan* a la fundamentación de la pulsión de muerte propuesta por Freud sino que proponen una interpretación de la pulsión de muerte que dista mucho de lo que Freud postulaba.

Para finalizar

De las consideraciones antes expuestas acerca de los principios de funcionamiento psíquico se desprende lo siguiente:

-Que los principios de funcionamiento *psíquicos* postulados por Freud y nunca descartados por él fueron el principio de placer-displacer y el principio de realidad.

-Que los principios de funcionamiento psíquicos postulados en "Más allá del principio

del placer” a propósito de la revisión que Freud emprende en su teoría del funcionamiento psíquico son tres: la necesidad de tramitación de lo displacentero, doloroso y/o traumático –principio que no bautizó con un nombre-, el principio de constancia y el principio de nirvana. Como se vio en el capítulo 1 el principio que remite a la necesidad de tramitación de lo displacentero, doloroso y/o traumático se introdujo por necesidades teórico-clínicas, es decir, porque ciertos fenómenos no podían ser explicados desde la teoría tal como se había sostenido hasta ese momento. El principio de constancia y el principio de nirvana en cambio fueron postulados a fin de fundamentar una especulación: la incierta pulsión de muerte.

-Freud no pudo establecer una relación entre la tendencia a la constancia de la energía psíquica y la tendencia de lo vivo a retornar al estado inorgánico, es decir, entre el principio de constancia y la pulsión de muerte, y no hubieron autores que lo hicieran después.

-El lugar a otorgarle al principio de constancia dentro de la teoría psicoanalítica del funcionamiento psíquico es incierto. Si bien Freud introduce dicho principio en 1920 y postula una equivalencia entre dicho principio y el principio de placer, cuatro años más tarde cambia de parecer y no retoma dicho principio en los años posteriores como si sucede con el principio de placer.

-Por lo anteriormente mencionado el principio de constancia no sólo no aporta fundamentos a la pulsión de muerte sino que en sí mismo es un principio de funcionamiento psíquico cuestionable -a diferencia de lo que sucede con la necesidad de tramitación de lo displacentero-.

-El principio de nirvana es un principio poco desarrollado por Freud -casi no lo retoma luego de 1920- y muy cuestionado como principio de funcionamiento *psíquico*. Los desarrollos de los autores que se refirieron al tema proponen pensar al principio de nirvana de forma relativa o limitada y no como tendencia a la descarga de la totalidad de la energía psíquica. Esto aboga por interpretar al principio de nirvana de manera equivalente al principio de placer, lo que cuestionaría entonces la pertinencia de su introducción como un nuevo principio de funcionamiento psíquico.

-De lo anteriormente expuesto se desprende que no se han hallado evidencias en torno a los principios de funcionamiento *psíquicos* que ayuden a la fundamentación de la hipótesis de la pulsión de muerte.

CONCLUSIONES

Como se ha situado en la introducción, la postulación freudiana de una pulsión de muerte es una postulación que *carece de una fundamentación sólida* y se caracteriza no sólo por ser *inconsistente* sino también por ser *contradictoria* con otros desarrollos de la teoría psicoanalítica ampliamente aceptados por la comunidad psicoanalítica. Esta tesis ha pretendido hacer una profunda revisión sobre dicha problemática y ha tenido como objeto de investigación, tanto las inconsistencias o contradicciones internas a la teoría freudiana que surgieron en la teoría libidinal con la incorporación de la hipótesis de la pulsión de muerte, como el rastreo de las soluciones que pudieran haber encontrado los psicoanalistas pos-freudianos a las mismas. Por ello los objetivos generales que ha tenido la presente investigación han sido:

. Describir las posibles *inconsistencias o contradicciones* surgidas en la teoría psicoanalítica freudiana a partir de la introducción de la hipótesis de la pulsión de muerte, en la reformulación de la teoría de la libido realizada por Freud en 1920.

. Establecer las posibles *soluciones a las inconsistencias o contradicciones* que aparecen en la teoría psicoanalítica freudiana a partir de la introducción la hipótesis de la pulsión de muerte, tomando como eje de análisis las postulaciones de psicoanalistas posfreudianos.

Se ha precisado que Freud reformula su teoría libidinal en 1920 con la introducción de dos pulsiones nuevas: la pulsión de muerte y las pulsiones de vida. Y que conceptualiza a la pulsión de muerte –objeto de estudio de la presente tesis- como la tendencia de la materia viva a volver a reproducir el estado inorgánico. La conceptualización de la última dualidad pulsional en los términos que Freud utiliza conlleva un cambio importante en la forma previa que tenía de conceptualizar a la pulsión. Tanto porque reintroduce lo pulsional en el terreno de lo instintivo y lo orgánico –luego del esfuerzo que hiciera Freud en “Tres ensayos de pulsión sexual” por diferenciar ambos terrenos- como porque la categoría de lo pulsional pierde la rigurosidad conceptual que había tenido hasta ese momento y pasa a ser una categoría laxa y poco precisa.

Se ha situado que Freud postuló la pulsión de muerte y reformuló su teoría libidinal sin

tener fundamentos que avalaran su proceder. Freud postula la existencia de Eros *a pesar* de sus propias argumentaciones -que le impedían postular la existencia de una pulsión de perfeccionamiento- y junto a Eros postula la existencia de una enigmática pulsión de muerte de la cual no consigue tener evidencias. Se ha visto a lo largo del capítulo 1 como Freud postula la última dualidad pulsional sin poder construir una fundamentación sólida que lo respaldara.

Por otro lado se han señalado, entre otros, los puntos de mayor inconsistencia de la pulsión de muerte: el *biologismo* de la especulación freudiana y la *falta de evidencias* de la existencia de dicha pulsión. Freud pretendió -sin éxito- fundamentar su especulación en los fenómenos de la compulsión de repetición de lo displacentero y la agresividad humana y las también novedosas postulaciones de los principios de nirvana y de constancia -principios que no utilizó posteriormente-.

El hecho de que Freud conceptualizara las nuevas pulsiones -de vida y de muerte- como “pulsiones orgánicas” y aludiera en su postulación a fenómenos que escaparan totalmente de la órbita de estudio del psicoanálisis, ha sido ampliamente cuestionado y señalado por muchos como un retroceso en la teoría de las pulsiones a bases de sustentación de las cuales el psicoanálisis eligió prescindir en su desarrollo como campo de saber autónomo. Existe un amplio consenso en la comunidad psicoanalítica actual en sostener que el psicoanálisis tiene que dar respuestas de orden psíquico a los fenómenos que estudia. Como se ha mostrado en el capítulo 2, la solución brindada por muchos -J. Lacan, J. Laplanche, H. Segal, A. Green y E. Rechart entre otros- a este “*extravío biologizante*” ha sido la de deslindar de la postulación freudiana lo que es del orden de lo biológico a fin de dejarlo de lado y mantener únicamente las explicaciones de orden psicoanalítico. “Solución” imposible de llevar adelante, ya que la pulsión de muerte freudiana está íntegramente pensada en términos biológicos o -como muchos sostienen- en términos metabiológicos y metafísicos, cuando la introduce (1920), en los años posteriores (1923) (1924) (1933) así como hacia el final de su obra (1940). Freud es explícito cada vez que se refiere a la pulsión de muerte y lo repite una y otra vez a lo largo de los años: la concibe como tendencia de la materia viva a retornar a lo inorgánico.

Por otro lado cabe recordar que Freud *no confundía la pulsión de muerte con las posibles vías de fundamentación* que imaginaba para su hipótesis: los fenómenos clínicos de la agresividad y la compulsión de repetición de lo displacentero y los desarrollos teóricos referidos a los principios de nirvana y constancia. Por ello hacer

equivaler la pulsión de muerte freudiana –como hacen muchos- con cualquiera de estas vías de fundamentación es desconocer, en primer lugar, como definía Freud a la pulsión de muerte y, en segundo lugar, la diferenciación que el mismo Freud hacía entre dicha hipótesis –de un máximo nivel de abstracción- y sus posibles bases de sustentación.

Con respecto a la *falta de evidencias* de relación entre la hipótesis de la pulsión de muerte y el fenómeno de la *compulsión de repetición de lo displacentero*, en el capítulo 3 se ha hecho un recorrido por diversos desarrollos que han intentado echar luz sobre dicho punto. Se han presentado diversas dilucidaciones, entre ellas las de J. Lacan, J. Laplanche, J. Szpilka, T. Gioia, A. Lichtman y H. Bleichmar además de las del propio S. Freud. Se concluyó que *la compulsión de repetición tanto de lo placentero como de lo displacentero no está biológicamente, o en términos más actuales, genéticamente determinada, sino que su determinación es histórica y remite a la historia del individuo.*

La *compulsión de repetición de lo displacentero* –primer vía de fundamentación de la pulsión de muerte- no daría cuenta de una tendencia a la regresión filogenética sino de una tendencia a la regresión a los puntos de *fijación* de situaciones displacenteras, dolorosas y/o traumáticas de la *historia vivencial* del individuo. En otros términos, si de algo da cuenta la compulsión de repetición de lo displacentero es del retorno de ciertas inscripciones, inscripciones que remiten a momentos displacenteros, dolorosos y/o traumáticos de la historia vivencial del sujeto. El *carácter conservador* del cual da cuenta la compulsión de repetición de lo displacentero remite a la conservación de dichas *inscripciones* y a su actualización a pesar del paso del tiempo. Son dichas inscripciones las que se conservan y actualizan y no la historia de un pasado inorgánico. Por ello se puede afirmar que *no hay evidencias relacionadas al fenómeno clínico de la compulsión de repetición de lo displacentero que ayuden a la fundamentación de la hipótesis de la pulsión de muerte.* De lo que hay evidencias es que el psiquismo se encuentra regulado por dos principios: el principio de placer-displacer y el principio de tramitación de lo displacentero/doloroso/traumático.

En relación a la *falta de evidencias* de relación entre la hipótesis de la pulsión de muerte y el fenómeno de la *agresividad*, en el capítulo 4 se analizaron numerosos abordajes respecto a los puntos de mayor inconsistencia de la postulación freudiana. Entre otros los desarrollos de A. Green, J. Laplanche, A. Garma, S. Bleichmar, S. Nacht, H. Bleichmar y E. Rechart. Dicho análisis ha permitido concluir que el fenómeno de la agresividad es un hecho clínico del cual dan cuenta los desarrollos freudianos y postfreudianos en torno al narcisismo, desarrollos que entienden a la agresividad humana

como la *investidura de las mociones hostiles yoicas por parte de la libido narcisista*. De ello se desprende que *no resulta necesaria para la explicación de la agresividad humana la postulación de la pulsión de muerte* –como por otra parte tanto se insiste, aunque sin fundamentos-. Por ende la nominación “pulsión de agresión” debe tomarse en un sentido laxo y poco riguroso, ya que no pareciera que el estatuto de la agresividad sea pulsional sino más bien narcisista. En ese sentido ningún autor posfreudiano ha logrado enlazar el fenómeno de la agresividad –segunda vía de fundamentación de la hipótesis freudiana– con la pulsión de muerte y conseguir la ansiada fundamentación.

Además no hay evidencias de la existencia de un dualismo pulsional, en otros términos no se han encontrado evidencias de la existencia de una pulsión distinta a la sexual. A casi cien años de la postulación freudiana no se han hallado evidencias de la existencia de una energía propia de la hipotética pulsión de muerte. De lo que se tienen sobradas evidencias es de la dualidad amor-odio, dualidad afectiva yoica que el mismo Freud situara y que sigue siendo reconocida ampliamente por la comunidad psicoanalítica actual.

Con respecto a las elucidaciones en torno al *masoquismo primario* –entendido éste tanto como masoquismo sexual o como autoagresividad- los desarrollos existentes hacen pensar que dicho masoquismo es *secundario* a la vuelta sobre sí de las mociones agresivas, las cuales tenderían inicialmente a volcarse hacia fuera y sólo en un segundo momento –incidencia de la cultura mediante- pasarían a volcarse sobre la propia persona. Por otro lado algunos desarrollos sugieren que la naturaleza masoquista se constituye en un tiempo segundo al primero que implica el padecimiento por parte del niño de los maltratos y agresiones de quien lo cría, quien termina internalizando dicho vínculo de impronta agresiva. Ninguno de los desarrollos relevados permite fundamentar la postulación freudiana del masoquismo primario como tampoco logra contribuir a la fundamentación de la especulativa pulsión de muerte.

En referencia a la tercer vía de fundamentación de la pulsión de muerte freudiana, la relacionada con los principios de nirvana y de constancia, se señalado que esta vía es la menos fundamentada de todas y que los principios de nirvana y de constancia fueron dos principios de funcionamiento psíquicos postulados con un solo fin: fundamentar la incierta pulsión de muerte. Freud no los desarrolló luego de postularlos en 1920 y prácticamente no los utilizó posteriormente, a diferencia de los principios de placer y de realidad vigentes antes y después de ese año, principios a los cuales no apeló para fundamentar su hipótesis porque claramente no le aportaban los argumentos necesarios.

Con respecto a la fundamentación pretendida en torno al *principio de constancia* se situó no sólo que es *incierto* el lugar a otorgarle a dicho principio en la teoría psicoanalítica del funcionamiento psíquico, sino que Freud *no logró establecer cual sería el nexo* entre la supuesta tendencia psíquica a la constancia energética y la hipotética tendencia a retornar a lo inorgánico. Es decir que no logró construir una argumentación en la cual se mostrara de que forma el principio de constancia daría cuenta de la pulsión de muerte.

En relación a la fundamentación pretendida en torno al *principio de nirvana* se señaló que además de ser un principio poco desarrollado por Freud existen fuertes cuestionamientos a concebirlo como principio de funcionamiento *psíquico*. Hay acuerdo entre los autores que se refirieron sobre este punto controversial, J. Laplanche, D. Lagache, S. Bleichmar, E. Rechartd y P. Ikonen que no es sostenible para el psicoanálisis postular la existencia de una tendencia a la descarga total de la energía del *organismo* —con lo que se reintroduciría el temprano principio de inercia neuronal sólo que con otro nombre— como tampoco postular la existencia a una tendencia a la descarga total del aparato *psíquico*. Algunos de los autores antes mencionados proponen reinterpretar el principio de nirvana para concebirlo como una tendencia limitada: tendiente a la recuperación de la homeostasis perdida (Laplanche) o a la evitación de lo perturbante y a la búsqueda de la paz psíquica perdida (Rechartd) Ninguno de estos desarrollos avalan el principio de nirvana en los términos en los cuales Freud lo postuló como tampoco aportan argumentaciones que contribuyan a la fundamentación de la hipótesis freudiana de una pulsión de muerte.

A modo de conclusión, *ninguno de los desarrollos mencionados a lo largo de la tesis referidos al fenómeno de la compulsión de repetición de lo displacentero, al fenómeno de la agresividad o a los principios de nirvana y de constancia ha logrado aportar —a pesar de que muchos lo tuvieron como objetivo— una fundamentación sólida a la pulsión de muerte postulada por Freud. Por el contrario hay fuertes razones y argumentos para pensar que la misma no es más que una simple especulación. Especulación que en caso de ser desechada no deja ningún vacío de conocimiento ya que como se ha situado reiteradamente dicha especulación no explica ni el fenómeno de la agresividad y destructividad no eróticas ni el fenómeno de la compulsión de repetición de lo displacentero.*

Pero antes de concluir resultan pertinentes unas últimas reflexiones a propósito de la dificultad de reconocer la no adhesión a la pulsión de muerte como hipótesis válida. Así

como muchos psicoanalistas no han reparado en que la postulación freudiana analizada en la presente tesis es una postulación inconsistente, muchos otros si lo han hecho. Pero no es tarea fácil reconocer que la hipótesis freudiana es una hipótesis imposible de integrar al corpus psicoanalítico y -alejada del modo que está de los desarrollos psicoanalíticos- poco útil para dar cuenta de los fenómenos que el psicoanálisis estudia. Algunos no tuvieron dificultad de reconocerlo, como es el ejemplo de T. Gioia y H. Bleichmar, autores que se han citado en la presente tesis. Otros mostraron en cambio una actitud ambivalente como André Green, quien propuso dejar de recurrir a esa hipótesis, dejar de utilizarla por las resonancias especulativas de ese "biologicismo mítico" (2001) pero, a pesar de ello, siguió utilizándola años después (2008)(2010). La mayoría de los psicoanalistas que no adhieren a dicha hipótesis como hipótesis válida prefieren abstenerse de reconocerlo abiertamente a fin de evitar ser cuestionados, criticados y excluidos por la comunidad psicoanalítica de la cual forman parte. Baste como ejemplo las "confesiones" vertidas por Jean Laplanche en la mesa redonda del Simposio de Marsella luego de haber propuesto pensar a la pulsión de muerte como sexualidad no ligada. Reconoce el autor:

"(...) muchos lectores, después de haber tomado conocimiento de *Vida y muerte en psicoanálisis* me dicen que yo no admito la pulsión de muerte, y, en efecto, en cierto modo, debo reconocer que formulo la teoría de las pulsiones de una manera nueva y en términos que podrían prescindir del de muerte." (Laplanche, 1998, p. 113)

Un poco después, tal vez reconsiderando sus palabras, menciona:

"Me expuse voluntariamente hace un momento al confesar lo que se podría llamar un punto débil, a saber, que yo no conservo en tanto tal, necesariamente, el término de pulsión de muerte. [Pareciera que el autor siente como un *punto débil* el no seguir a Freud en su teorización de la pulsión de muerte.] Si lo conservo es para estar cerca de Freud y para mostrar que mi posición es cercana a la de él, porque estoy convencido de que lo que yo intenté exponer se sitúa en continuidad con el pensamiento de Freud. (Laplanche, 1998, p.114)

Resulta evidente como los rigurosos y exhaustivos análisis de Laplanche –muchos de

ellos presentados en la presente tesis- lo llevaron a una conclusión difícil de admitir frente a la comunidad psicoanalítica, *comunidad que muchas veces opera como fuerza conservadora de lo establecido e inhibidora de cualquier intento de aproximación crítica al legado freudiano.*

Siete años después del Simposio de 1984, J. Laplanche se detiene a hacer un análisis pormenorizado de los “extravíos” freudianos en relación a los desarrollos sobre la pulsión y denomina “tentación biologizante” a la tentación freudiana de volver al biologicismo endógeno que según el autor encuentra su máxima expresión en la postulación de Eros y la pulsión de muerte-. El curso pronunciado en la Universidad de París se publica en 1993 bajo el título “El extravío biologizante de la sexualidad en Freud”. Laplanche ya no tiene problemas de admitir que para él la postulación de la última dualidad pulsional de la que forma parte la postulación de la pulsión de muerte es el “peor momento” respecto de los desarrollos en torno a lo pulsional, en donde la pulsión se extravía en la falsa vía que lleva nuevamente al instinto, a la instintualización de lo pulsional y en donde sostiene abiertamente que la pulsión de muerte es “una noción superflua” cuyo peso significativo opera como un “verdadero inhibidor del pensamiento”. Empieza el libro respondiendo las críticas recibidas en los años anteriores:

“Se ha dicho que pongo en peligro *el equilibrio* del pensamiento freudiano, lo que interroga de inmediato el tipo de equilibrio en cuestión; equilibrio de un pensamiento en general, pero especialmente de este. ¿Se trataría de un edificio, de un bello edificio, al cual no habría que quitar ningún ala, ninguna parte? ¿Es entonces necesario aceptarlo en bloque –sin lo cual uno sería desviacionista– como se ha aceptado durante siglos el pensamiento aristotélico, y como se sigue, en ciertos círculos, actuando respecto de los textos sagrados? ¿Se trataría de ser talmudista? ¿Es el pensamiento freudiano un bello edificio? ¿Hay que aceptarlo en bloque o es necesario elegir? Desde luego, ni lo uno ni lo otro. Yo diría: hay que conocerlo en su conjunto, pero también es necesario ser capaz, justamente, conociendo este conjunto, de descubrir en él los falsos equilibrios, los equilibrios inestables, los desniveles, e intentar hundir el pico o el cuchillo en las fallas” (Laplanche, 1998, p. 11-12)

Palabras contundentes que conmueven e invitan a pensar y repensar los *falsos*

equilibrios freudianos -de los cuales la última dualidad pulsional es un claro ejemplo- y que estimulan el pensamiento crítico. Palabras de un gran lector de Freud que incitan a sobreponerse a la tendencia de muchos sectores del psicoanálisis de transformar la palabra freudiana en un texto sagrado, que promueven la capacidad reflexiva y contribuyen a que el psicoanálisis se mantenga vivo.

BIBLIOGRAFÍA

Aslan, C. (2001) La pulsión de vida y la pulsión de muerte. En *Revista de Psicoanálisis*. Tomo LVIII N° 1 Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Anfusso, A.; Indart, V. (2009) ¿Monismo o dualismo?: reflexiones sobre el origen de la agresividad en Winnicott, Klein y Freud. En *¿De qué hablamos cuando hablamos de Winnicott?* Montevideo. Psicolibros.

Aguirre, L. (1991) Lecturas lacanianas: pulsión de muerte, su implicancia en la clínica psicoanalítica. En *Pulsión de muerte: sus implicancias en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires. Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados.

Aulagnier, P. (1994) Condenado a investir. En *Un intérprete en busca de sentido*. México. Siglo XXI.

Bleichmar, S. (2000) Sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre. Una propuesta respecto al futuro del psicoanálisis. En *Aperturas psicoanalíticas revista internacional de psicoanálisis*. [On line], 6. Disponible en: <http://www.aperturas.org>

Bleichmar, S. (2009) La pulsión de muerte. En *Revista Psicoanálisis: ayer y hoy*. N°6. Buenos Aires. Asociación Escuela de Psicoterapia para Graduados.

Bleichmar, S. (2009) *Inteligencia y simbolización. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires. Paidós.

Bleichmar, H. (1986) Doble regulación del inconciente: principio del placer y compulsión a la repetición. En *Angustia y fantasma: matrices inconcientes en el más allá del principio del placer*. Madrid. Adotraf.

Bleichmar, H. (2008) *Avances en psicoterapia psicoanalítica*. Buenos Aires. Paidós.

Brainsky, S. (1998) Principio del placer-realidad, compulsión a la repetición, vacío y

simetría; Notas sobre "Blanco" de Krzysztof Kieslowski. En *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis*. Bogotá. Sociedad Colombiana de Psicoanálisis.

Caruso, I. (1974) Contribución al estudio de los conceptos de pulsión de muerte de agresividad en Freud. En *Psicoanálisis, marxismo y utopía*. México. Siglo Veintiuno.

Cifali, M. (2006) Error del instinto. En *La pulsión de muerte: entre psicoanálisis y filosofía*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Cruz Roche, R. (2006) Una definición de la pulsión de muerte. En *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*. Madrid. Asociación Psicoanalítica de Madrid

Davidovich, G. (2001) Pulsión de muerte: reflexiones desde la teoría a la actualidad. En *Más allá del principio del placer: sobre el masoquismo, el desinvertimiento y la destructividad*. Barcelona. Gradiva: Associació d'Estudis Psicoanalitics.

Derreza S. (1991) Pulsión de muerte y ética del psicoanálisis. En *Tramas: Subjetividad y procesos sociales. Eros y Tánatos*. Nº 3. México. Universidad Autónoma Metropolitana- Unidad Xochimilco.

Dolto, F. (1984) El insomnio o la lucha entre el narcisismo primario y las pulsiones de muerte. En *Seminario de psicoanálisis de niños (I)*. México. Siglo Veintiuno

Dolto, F. (1984) Las pulsiones de muerte que operan en la anorexia. En *Seminario de psicoanálisis de niños (II)*. México. Siglo Veintiuno.

Dolto, F. (1984) Las pulsiones de muerte son el resurgimiento de las pulsiones de vida. En *Seminario de psicoanálisis de niños (II)*. México. Siglo Veintiuno.

Dolto, F. (1986) Imagen del cuerpo: Pulsiones de vida y de muerte. En *La imagen inconsciente del cuerpo*. Barcelona. Paidós.

Fernández Soriano, J. (2006) La reelaboración: convergencia de escuelas

psicoanalíticas. Madrid. Asociación Psicoanalítica de Madrid.

Ferradás, E. (1991) Pulsión de muerte en la clínica psicoanalítica. En *Pulsión de muerte: sus implicancias en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires. Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados.

Freud, S. (1950 [1895]) *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1900 [1899]) *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1905) *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1909) *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1911) *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1914) *Introducción del narcisismo*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1915) *Pulsiones y destinos de pulsión*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1920) *Mas allá del principio de placer*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1923) *El yo y el ello*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1924 [1923]) *Neurosis y psicosis*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1924) *El problema económico del masoquismo*. Buenos Aires. Amorrortu

editores.

Freud, S. (1925) *La negación*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1930 [1929]) *El malestar en la cultura*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1933 [1932]) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 32ª conferencia. Angustia y vida pulsional*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1933 [1932]) *¿Por qué la guerra?* Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1937) *Análisis terminable e interminable*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Freud, S. (1940 [1938]) *Esquema del psicoanálisis*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Galli, V y otros. (1978) Pulsión de muerte (metapsicología y clínica). En *Revista de psicoanálisis*. Tomo XXXV, N° 6. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

García Arzeno. M (1991) El odio y su relación con la pulsión de muerte y la libidinal. En *Pulsión de muerte: sus implicancias en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires. Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados.

Garma, A. (2001) En los dominios del instinto de muerte. En *Revista de Psicoanálisis*. Tomo LVIII N° 1 Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Gioia, T. B. (1977) Ensayo crítico acerca de la hipótesis psicoanalítica del instinto de muerte. En *Revista de Psicoanálisis*. Vol. 34, N° 2. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Gioia, T. B. (1981) El concepto del instinto de muerte. Reflexiones críticas sobre sus fundamentos biológicos. En *Psicoanálisis*. Vol. 3, N° 2-3. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

Gioia, T. B. (1983) Consideraciones acerca de la hipótesis del instinto de muerte; desde

un punto de vista epistemológico. En *Psicoanálisis*. Vol. 5, no. 1. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

Green, A. (1989) *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu.

Green, A. (1998) Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante. En *La pulsión de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu.

Green, A. (2001) *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Green, A. (2001) La muerte en la vida: algunos puntos de referencia para la pulsión de muerte. En *Revista de Psicoanálisis*. Vol. 58, nº 2. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Green, A. (2005) *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Green, A. (2008) Actualización de la pulsión de muerte. En *Docta: Revista de psicoanálisis*. Año 6, nº 4. Córdoba (Argentina). Asociación psicoanalítica de Córdoba.

Gutiérrez Terrazas, J. (1996) La agresividad, una cuestión controvertida. En *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*. Madrid. Asociación Psicoanalítica de Madrid.

Horstein, L. (1999) La trama pulsional. En *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Psicoanálisis

Imbriano, A. (2006) Los nombres de la muerte. En *La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización*. Buenos Aires. Letra Viva

Jáuregui, E. (1985) La pulsión agresiva y el narcisismo. En *Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 24, Congreso Interno, 14*. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

Jiménez, JP. (2004) Validez y validación del método psicoanalítico. Alegato sobre la necesidad del pluralismo metodológico y pragmático en psicoanálisis. En *Aperturas psicoanalíticas revista internacional de psicoanálisis*. [On line], 18. Disponible en: <http://www.aperturas.org>

Kernberg, O. (2001) Comentarios al trabajo de Ángel Garma: “En los dominios del instinto de muerte”. En *Revista de Psicoanálisis*. Tomo LVIII N° 1. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Kernberg, O. (2010) El concepto de pulsión de muerte: una perspectiva clínica. En *Libro Anual de Psicoanálisis*. XXV. Sao Paulo. Escuta.

Kristeva, J. (1997) La pulsión de muerte como inscripción primaria de la discontinuidad (trauma o pérdida) En *Sol negro. Depresión y melancolía*. Caracas. Monte Avila Editores Latinoamericana.

Kristeva, J. (2001) ¿La angustia o el deseo?: en el comienzo era la pulsión de muerte. En *El genio femenino: la vida, la locura, las palabras: 2. Melanie Klein*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (1988) La agresividad en psicoanálisis. En *Escritos I*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno.

Lacan, J. (1995) *El seminario de Jacques Lacan Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica 1954-1955*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (1997) *El seminario de Jacques Lacan Libro 7: La ética del psicoanálisis 1959-1960*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (1995) *El seminario de Jacques Lacan Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*. Buenos Aires. Paidós.

Laplanche y Pontalis. (1993) *Diccionario de psicoanálisis*. España. Editorial Labor.

- Laplanche, J. (1998) La pulsión de muerte en la teoría de la pulsión sexual. En *La pulsión de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Laplanche, J. (1998) *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Laplanche, J. (2001) *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Leclair, S. (1977) Teresa, o sobre la pulsión de muerte. En *Matan a un niño: ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Lemérer, B. (2006) La pulsión de muerte: una "especulación psicoanalítica". En *La pulsión de muerte: entre psicoanálisis y filosofía*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Lichtmann, A (1987) Narcisismo, pulsión de muerte y reacción terapéutica negativa. En *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XLVI, No 2. Buenos Aires. APA
- Lichtmann, A (1989) Del narcisismo a la pulsión de muerte. Incidencia en la concepción del funcionamiento del aparato psíquico. En *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XLVI, No 2/3. Buenos Aires. APA.
- Lichtmann, A (1996) Pulsión de muerte y masoquismo: la erotización de la destructividad. Implicancia en el trabajo elaborativo. En *Revista de Psicoanálisis*. Volumen 53, No 4. Buenos Aires. APA.
- Lichtmann, A (2000) Trauma, compulsión a repetir y significación. En *Revista de Psicoanálisis*. Tomo LVII, No 1. Buenos Aires. APA.
- López Arranz, Z. (2008) *Fenómeno psicósomático: un nombre para la pulsión de muerte inscripta de modo directo sobre el organismo viviente*. Universidad Argentina J.F. Kennedy.
- Loustau, R. (1975) El dualismo pulsional en Freud. En *Acta Psiquiátrica y Psicológica*

de América Latina: Publicación de Acta, Fondo para la Salud Mental. Buenos Aires. Sinapsis.

Marucco, Norberto Carlos (1999) La identidad del Edipo: acerca de la escisión del yo, de la compulsión a la repetición y de la pulsión de muerte. En *Cura analítica y transferencia: de la represión a la desmentida.* Buenos Aires. Amorrortu.

Medina, J. (2008) Nuevos desarrollos en el enfoque neurocientífico de la memoria. En *Aperturas psicoanalíticas revista internacional de psicoanálisis.* [On line], 28. Disponible en: <http://www.aperturas.org>

Milmaniene, J. E. (1995) *El goce y la ley.* Buenos Aires. Paidós.

Milmaniene, J. E. (2005) *El tiempo del sujeto.* Buenos Aires. Editorial Biblos.

Millonschik de Sinay, C. (1984) Sobre el mito y el símbolo como sitios de encuentro y articulación entre la biología y la cultura. En *Psicoanálisis.* Vol. 6, no. 2-3. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

Millonschik de Sinay, C. (1985) En torno al concepto de pulsión de muerte. En *La agresión.* Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 24, Congreso Interno, 14. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Millot, C. (1982) La pulsión de muerte y lo real. En *Freud anti-pedagogo.* Barcelona. Paidós.

Morato de Neme, R. (1995) Narcisismo, pulsión de muerte y agresividad. En *Lo arcaico, temporalidad e historización.* Montevideo. Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Moreno Orue, E. (1996) La agresión: paradoja de vida y muerte. En *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.* Madrid. Asociación Psicoanalítica de Madrid.

Nacht, S. (1967) ¿Instinto de muerte o instinto de vida? En *La presencia del psicoanalista*. Buenos Aires. Proteo.

Orozco, E. (1994) La pulsión de muerte, ¿una revolución aparente? En *Revista de Psicoanálisis de Madrid*. No 19. Madrid. Cedesá.

Orozco, E. (1994) La pulsión de muerte, ¿una revolución aparente? En *Revista de psicoanálisis de Madrid*. N° 19. Madrid. Asociación psicoanalítica de Madrid.

Pereira Barbosa, MN. (2000) *El concepto de pulsión en la obra de Freud*. [On line]. Disponible: <http://eprints.ucm.es>

Peskin, L. (1991) Repetición, nombre que atribuye muerte a la pulsión. En *Revista de Psicoanálisis*. Volumen 48, No 3. Buenos Aires. APA.

Peskin, L. (2001) Actualización del artículo de Ángel Garma: “En los dominios del instinto de muerte”. En *Revista de Psicoanálisis*. Tomo LVIII N° 1. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Peskin, L. (2004) Algunas consideraciones sobre la maldad y el psicoanálisis. En *La peste de Tebas*. Año 8, no. 29. Buenos Aires. La peste.

Plon, M. (2006) “Moda” y “significación” de la pulsión de muerte. En *La pulsión de muerte: entre psicoanálisis y filosofía*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Poissonnier, D. (1999) *La pulsión de muerte de Freud a Lacan*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Rechardt, E.; Ikonen P. (1998) A propósito de la interpretación de la pulsión de muerte. En *La pulsión de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Rechardt, E. (1998) Los destinos de la pulsión de muerte. En *La pulsión de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Renault D'Allonnes, M. (2006) Pulsiones de muerte e intratable socialidad. En *La pulsión de muerte: entre psicoanálisis y filosofía*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Ricoeur, P. (1970) Las pulsiones de muerte: especulación e interpretación. En *Freud: una interpretación de la cultura*. México. Siglo Veintiuno.

Ricoeur, P. (1970) Eros, Tánatos y Ananké. En *Freud: una interpretación de la cultura*. México. Siglo Veintiuno.

Ricoeur, P. (1970) Interrogaciones. En *Freud: una interpretación de la cultura*. México. Siglo Veintiuno.

Rosenberg, B. (1995) Pulsión de muerte e intrincación pulsional. En *Masoquismo mortífero y masoquismo guardián de la vida*. Valencia. Promolibro.

Rosolato, G. (1981) La pulsión de muerte, el Ello, la interiorización. En *La relación de desconocido*. Barcelona. Petrel.

Rosolato, G. (2004) Destruir. En *El sacrificio*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Safouan, M. (1982) El principio de realidad: o el principio del menos placer. En *El ser y el placer*. Barcelona. Petrel.

Sales, L. (2001) Entre la culpa, el goce y la violencia: enigmas del superyó. En *Más allá del principio del placer: sobre el masoquismo, el desinvertimiento y la destructividad*. Barcelona. Gradiva: Associació d'Estudis Psicoanalitics.

Scarfone, D. (2005) *Las pulsiones*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Segal, H. (1998) Acerca de la utilidad clínica del concepto de pulsión de muerte. En *La pulsión de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Sinay Millonschik, C. (2001) La pulsión de muerte. En *Revista de Psicoanálisis*. Tomo LVIII N° 1 Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

- Szpilka, J. (1992) Apuntes sobre la pulsión de muerte. En *Revista de Psicoanálisis*. Vol. 49, n° 2. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Szpilka, J. (1997) Reflexiones en torno a Mas allá del principio de placer. En *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*. Vol. 26. Madrid. Asociación Psicoanalítica de Madrid.
- Szpilka, J. (2001) La pulsión de muerte y el malestar en la cultura. En *Revista de psicoanálisis*. Vol. 58, n° 1. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Szpilka, J. (2002) La pulsión de muerte. En *Creer en el inconciente*. Madrid. Síntesis.
- Szpilka, J. (2006) Sobre la compulsión a la repetición: ¿La pulsión de muerte, una de las figuras del incesto? En *La Peste de Tebas*. N° 36. Buenos Aires. Editorial La peste SRL.
- Szpilka, J.; Giménez Noble, F. (2007) Correspondiendo. En *La Peste de Tebas*. N° 37. Buenos Aires. Editorial La peste SRL.
- Sopena, C. (1996) Algunas consideraciones sobre la pulsión de muerte. En *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*. Madrid. Asociación Psicoanalítica de Madrid.
- Thompson, C. (1951) *El psicoanálisis*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Vegh, I. (1998) Vida y muerte. En *Hacia una clínica de lo real*. Buenos Aires. Paidós.
- Vegh, I. (1998) Pulsiones de vida, pulsión de muerte, Nietzsche, Freud, Lacan. En *Hacia una clínica de lo real*. Buenos Aires. Paidós.
- Weiss, E. (1990) Masoquismo y pulsión de muerte. En *Melancolía*. Buenos Aires. Letra Viva.
- Vives y Axelrod. (1998-1999) La muerte y la pulsión de muerte. Sus formas de inscripción en el psiquismo. En *Revista de Psicoanálisis*. No 6. Buenos Aires.

Asociación Psicoanalítica Argentina.

Vives Rocabert, J. (2005) El instinto de muerte. En *Caminos del desarrollo psicológico: la muerte*. México. Plaza y Valdés.

Widlöcher, D. (1998) Mesa redonda. En *La pulsión de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Zelaya, CR. (2003) *La Depresión Post-parto desde la Pulsión de Muerte*. [On line].
Disponible: <http://tesis.pucp.edu.pe>